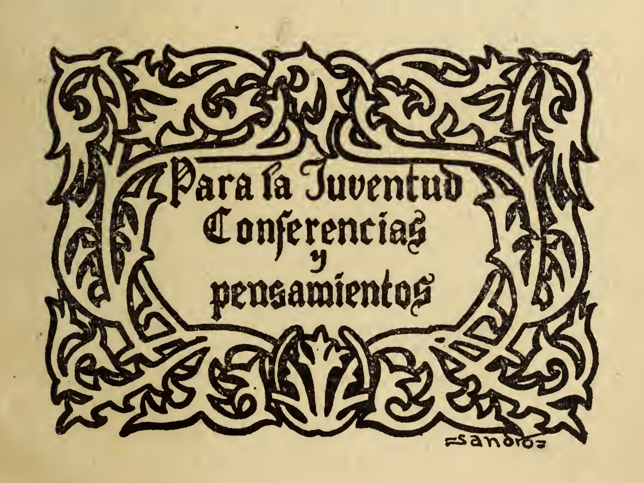



a 00001 30703 5

Gonzalo Mota.

Tampico, Tamps., 29 de junio de 1924.



OBRAS PEDAGÓGICAS E HISTÓRICAS DEL AUTOR

La Universidad y el patriotismo. Un folleto. Agotado.
Pensiones y Asociaciones escolares. Un folleto. No se vende.
Cuestiones obreras. Un volumen.
Problemas urgentes de la enseñanza primaria en España. Un volumen. 2.ª edición. No se vende.
Memoria de los trabajos realizados por la Dirección General de primera enseñanza en el año de 1911.—Idem Idem, en el año de 1912. Dos folletos. Publicaciones oficiales.
Conferencia sobre Pedagogía. Un folleto.
Exigencias de la propaganda pedagógica. Un folleto.
Mi política pedagógica en la Dirección General de primera enseñanza. Un volumen. En prensa
FICHTE. *Discursos a la Nación alemana.* Traducción, prólogo y notas.
La enseñanza de la Historia. Un volumen. 2.ª edición.

Historia de la propiedad comunal. Un volumen.
De Historia y Arte. Un volumen.
Historia de España y de la civilización española. 3.ª edición. 4 volúmenes.
Historia de la civilización española. Un volumen.
Historia del Derecho español. Cuestiones preliminares. Un volumen.
Cuestiones de Historia del Derecho y de Legislación comparada. Un vol.
Derecho consuetudinario y Economía popular de la provincia de Alicante. Memoria premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Un volumen.
Les lacunes de l' Histoire du droit romain en Espagne (Mélanges Fitting, I.)
Etat actuel des études dur l'histoire du droit espagnol et de l'enseignement de cette science en Espagne. Un folleto. Agotado.
Das Römische Recht in Spanien. Un folleto.
Spain. (Compendio de historia del Derecho español en el tomo I de *The Continental Legal History* publicada por la Association of American Law Schools.)
Le problème de l'homme de génie et la collectivité en histoire. Un folleto.
Cuestiones modernas de Historia. Un volumen.
Spain. 1814 y 1845. (*Cambridge Modern History,* volumen X).
Aspecto general e histórico de la obra de Costa. Un folleto.
Spain under the Visigoths. (Cambridge Medieval History, volumen II).
The work of historical Societies in Spain. Un folleto.

Cuestiones hispano-americanas. Un volumen.
España en América. Un volumen.
Organización práctica de las relaciones intelectuales entre España y América. Un folleto.
Mi viaje a América. Un volumen.



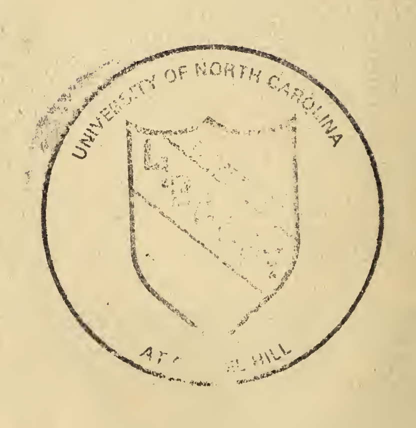
RAFAEL ALTAMIRA Y CREVEA

:: PARA LA JUVENTUD

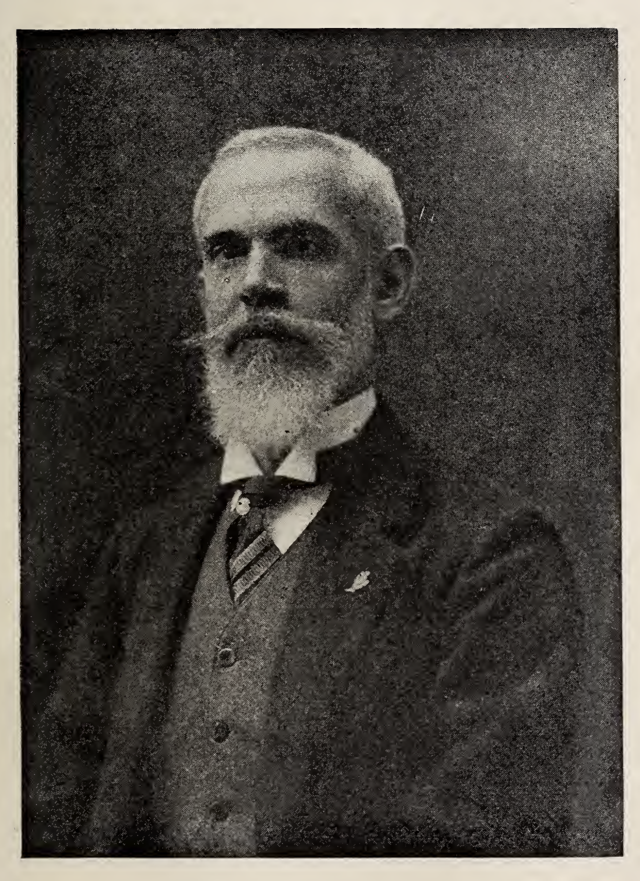
CONFERENCIAS Y PENSAMIENTOS

ILUSTRACIONES DE
ALEJANDRO RIQUER, HIJO

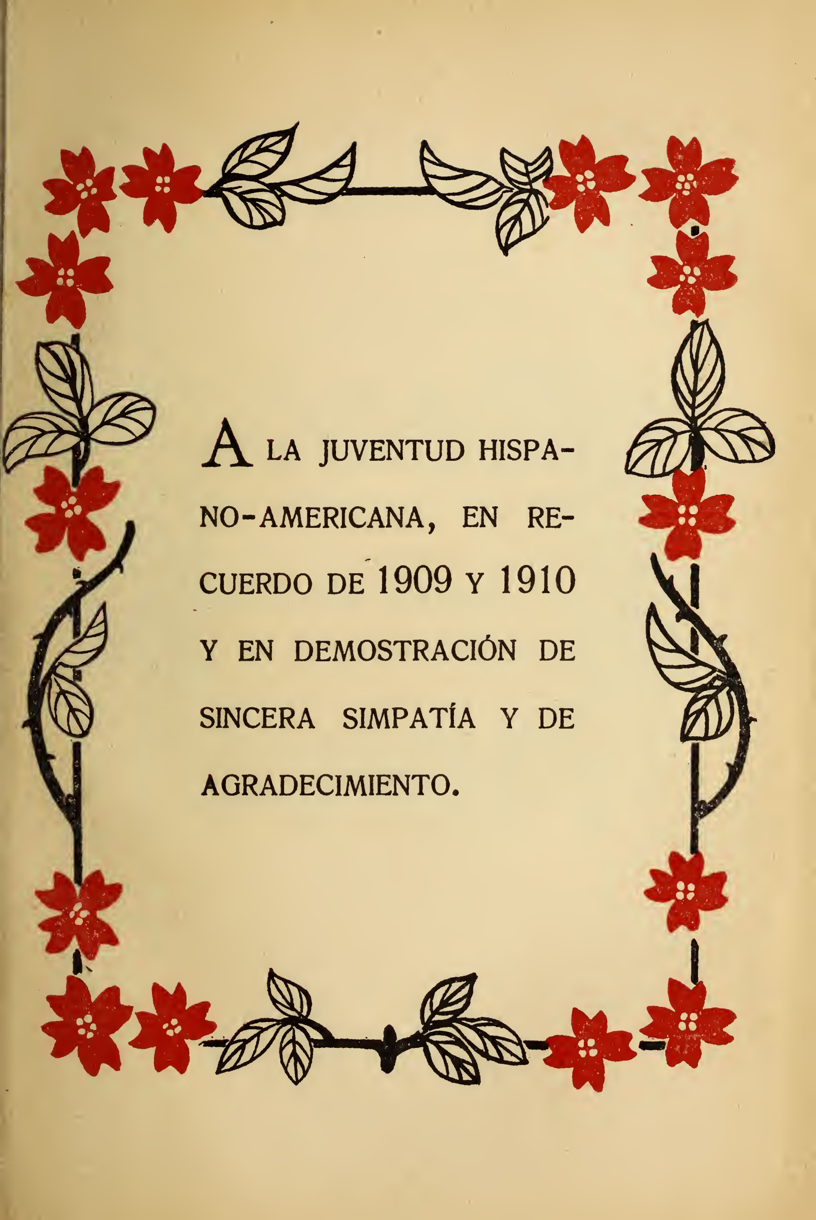
UNIÓN EDITORIAL HISPANO-AMERICANA
BARCELONA - BUENOS AIRES



Talleres tipolitográficos AUBER Y PLA Pallars, 20 - BARCELONA



Rafael Altamira y Crevea

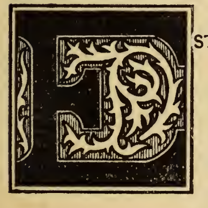


A LA JUVENTUD HISPANO-AMERICANA, EN RECUERDO DE 1909 Y 1910 Y EN DEMOSTRACIÓN DE SINCERA SIMPATÍA Y DE AGRADECIMIENTO.



PRÓLOGO





STE libro debió publicarse a mi regreso de América, en 1910. Para entonces tenía yo preparada su publicación, considerándola como una segunda parte del *Viaje* ([1]), puesto que casi todo el presente volumen, como el lector verá, está compuesto por conferencias dadas en países hispano-americanos. Duéleme no poder unir a las que ahora se imprimen, otras de las que no conservo transcripción taquigráfica, ni siquiera notas o resúmenes de periódicos que me permitan rehacerlas. Tales las que dediqué, en Méjico, a los alumnos de la Universidad, a los de la Escuela Nacional Preparatoria, y a los de la Escuela o Academia militar de Chapultepec, así como la

(1) *Mi viaje a América.* Madrid, Suárez, 1910.

que pronuncié en el Centro de Estudiantes Chilenos, en Santiago (1).

A pesar del tiempo transcurrido, no creo que ninguna de ellas ha perdido oportunidad, porque los asuntos de que tratan son, por su índole, perdurables y a todas las generaciones cabe aplicarlos. Aparte las cuestiones singulares, de índole nacional, que cada juventud tiene, todas ellas, cualesquiera que sea el país donde hayan nacido, se mueven en una atmósfera común de preocupaciones, de anhelos, de problemas humanos. Esa comunidad espiritual es aún más apretada entre las juventudes que proceden de un mismo tronco civilizador y hablan un mismo idioma. Díganlo por mí los Congresos internacionales de Estudiantes Americanos. Por eso he creído que no desentonaban, al lado de las conferencias a éstos dirigidas, algunas notas dedicadas a estudiantes o escritores jóvenes españoles, y en parte escritas especialmente para este libro. También creo firmemente que para los nuestros no puede ser extraño nada de lo que a sus hermanos de América se refiere.

Aunque la dedicatoria de este libro corresponde, pues, de derecho, a la juventud hispanoamericana (y unifico de propósito, en este singular, la pluralidad de las naciones que en América hablan castellano) entiendo que puede servir para la española igualmente. Juntas iban en mi pensamiento cuando hablaba allí de problemas univer-

(1) He añadido, en cambio, dos conferencias sobre cultura hispano-americana, dadas en Madrid después de mi regreso y en que repetidamente hablo de los estudiantes de aquellos países.

sitarios, y en mis palabras más de una vez se reflejó esa mezcla de sujetos, por tantas razones a mis ojos unidos y necesitados de conocerse y relacionarse.

Y el momento para repetir lo que en 1909 y en 1910 decía yo a los jóvenes hispano-americanos, me parece oportuno. Los Congresos de Estudiantes a que aludí líneas atrás, prueban que en el alma de aquella juventud vibran todos los problemas hondos de la cultura, de la enseñanza y de la solidaridad que la «raza» impone, y ello permite creer que las cuestiones en este libro tratadas han de seguir interesándole.

En nuestra juventud peninsular hay también circunstancias que no hacen para ella inoportunos el consejo y la excitación de un hombre que sinceramente ha entregado su vida a la enseñanza y que por eso, y por patriotismo, no ve nada tan merecedor de preocupar a sus compatriotas como la formación espiritual de las generaciones en cuyas manos ha de caer pronto la dirección de la vida española.

Nuestra juventud tiene, hoy, dos grandes peligros, que ya en parte ejercen influjo sobre ella. El uno es de excepticismo, de desconfianza en el esfuerzo y en el medio ambiente.

Uno de los más originales escritores de esa juventud, me escribía no hace mucho, refiriéndose a sucesos recientes, estas líneas: «¡Que no se quejen los hombres que tienen fortaleza y sabiduría, del excepticismo de la juventud española! ¿Acaso no la justifican esos hechos que motivan mi carta?» Tal vez puedan decir cosas análogas los jóvenes de otros países. Pero contra

ese excepticismo hay que reaccionar, porque los grandes ideales no tienen culpa de que los traicionen o de ellos se burlen algunos hombres. Siempre ha habido una esfera de vida social en que han triunfado los atrevidos, los desaprensivos, los que se ríen de las ideas en nombre del «sentido práctico», que quiere decir el provecho propio, el éxito de las ambiciones. Pero lo razonable no es abominar de las ideas, perder fe en ellas o abandonar la lucha que su triunfo exige, porque haya hombres así; lo razonable es apartarse de esos hombres, negarles concurso y dirigir los pasos en otro sentido. Esta distinción, sin embargo, no es frecuente. La impresionabilidad y el sentimentalismo de nuestra «raza» (o de nuestro estado psicológico actual), hace que los desengaños recibidos en el choque con tales o cuales personas, se traduzcan en un desaliento total respecto de las cosas. Y por eso, el llamamiento al ideal es más necesario, constituye un mayor deber en aquellos que no lo abandonan y saben que, al fin, pese a todas las cuquerías del mundo, él es quien vence y se impone.

El otro peligro está formado por varios elementos afines: el llamado «arrivismo», el sacrificio de la vida espiritual entera en aras de un provecho material o de una vanidad, y el egoismo que se disfraza con cualquiera de esos virtuosísimos en cuyo fondo no hay más que la adoración a la personalidad propia.

No hace mucho me decía un escritor español, como resumen de su protesta por un nombramiento académico en que había triunfado el caciquismo político:

— ¡«Hay que gritar muy alto que quien debe mandar es la inteligencia». Si por inteligencia se entiende, en cada caso concreto, no la posesión de facultades naturales, incultas o barnizadas de cultura, sino la preparación especial en los problemas particulares de cada cargo, la pretensión es archijusta y razonable. Nadie más que el especialista tiene derecho a dirigir su campo de acción o a representar su orden de estudios. Pero la inteligencia no basta, y aún diré que ella sola es nociva. Si no la acompaña un fondo ético solidísimo (que va desde la más escrupulosa dignidad e independencia en las ideas, hasta la «honradez» científica que no consiente cambiar la verdad por la hipótesis, ni la adulación por el juicio sincero), todo lo que sobre ella se edifique será sospechoso. Por eso me entristezco cuando veo el entusiasmo de personas de autoridad y de buena fe, hacia gentes que, si pueden ostentar una obra literaria o científica más o menos considerable, más o menos original, carecen de aquel sentido ético, único que distingue al hombre *nuevo* (el creador de la humanidad futura) del viejo, y única base, también, en que cabe fundar la regeneración de un país. Me entristezco, porque irresistiblemente me asalta el temor de que esas personas, o no son sinceras, o están completamente equivocadas, si creen que el futuro mejor con que soñamos y por el que peleamos, puede tranquilamente confiarse, v. gr. a quien vendió la primogenitura de sus ideas por un acta de diputado cunero; a quien deja correr su pluma diariamente por impulsos de pasión o de adulación que busca un premio inmediato; a quien todo lo

subordina a su éxito personal, caiga quien caiga, perezca lo que perezca; a quien pone por delante de todo el pasar plaza de original aunque esto le convierta en manzana de la discordia allá donde penetre; a quien es incapaz de sentir el fondo «social» de toda obra y de encaminar su labor pensando siempre en los demás, en el efecto sobre su pueblo, no sobre sí mismo; en quien huye de acercarse a los inferiores y a los desvalidos, porque nada pueden dar y aún es de «mal gusto» mezclarse con ellos, y se encastilla en una aristocracia intelectual infecunda... Quizá las personas a quienes aludo no creen, en efecto, que con los atacados de cualquiera de estos males puede edificarse la patria futura; pero es indudable que estiman fácil el perdón de todo ello, como detalle sin importancia ante el brillo del talento, ante el poder de la inteligencia pura. Por eso acuden a mi memoria las siguientes palabras de Camilo Mauclair, que son todo un diagnóstico: «Por muy adornada de cualidades que esté una inteligencia, será vana sin la elevación paralela de las cualidades del corazón, del mejoramiento incesante del hombre privado... La bastardía del carácter es universal; casi siempre envenena desde el principio nuestras amistades. ¿Quién es el hombre moderno que puede, al acostarse una noche, decir que no ha mentido durante el día, o, por lo menos, que no ha faltado a la dignidad personal?... Lo esencial es que consideréis como el objeto preferente de vuestros cuidados, vuestra misma *persona moral* y su enriquecimiento. Los libros vendrán luego; lo que mata a la generación presente, es que todo lo refiere al

Gonzalo Mota.

libro. Un libro no es más que la muestra de un perfeccionamiento interior; pero ¿qué decir de un hombre que sólo se ocupa de perfeccionar un libro? Toma el signo por la causa misma, que es él; se inmola a un fetichismo... No es talento lo que falta en estos instantes. El talento rebosa por todos lados. Falta carácter, que es la sal del hombre... Vivid mucho por la sinceridad del corazón, y entonces sabréis hallar lo que es preciso hacer... Hablad a nuestros «refinados» de sociología, de moral, de psicología de las masas; llamadles la atención hacia una idea general, uno de esos resortes que dan la vida o matan a las naciones modernas; dirigid vuestra conversación hacia el pauperismo, el peligro mongólico, la agonía de la Europa Central y de las razas latinas, o cualquiera otro de esos temas que son el pan de la vida, de la inteligencia para todo hombre de nuestro tiempo, y os responderán: — «Eso no nos concierne; nosotros somos artistas.» Os preguntaréis qué cosa dan con su arte... Yo no he visto en ellos más que un movimiento de forma, un repertorio de procedimientos, pero ningún fuego en que calentar un alma desasosegada. ¿Ser artista así? ¡Pero si lo que yo quiero es ser hombre! Y esto, ellos no me lo pueden enseñar».

Mauclair escribía esto en 1897, refiriéndose a los literatos, a los «intelectuales» franceses de aquel tiempo; y aunque el cuadro, como es natural dada la diferencia de tiempos, no convenga línea por línea a la situación presente, es indudable que abraza no pocos de los vicios reales que la agobian, de los peligros considerables que

amenazan a la juventud moderna y la hacen su víctima, a menudo. El sacrificio al libro, que decía Mauclair, quizá tiene hoy pocos devotos; pero son muchos los que venden su primogenitura por una posición política, a veces desairada, por un provecho económico, por una satisfacción de vanidad, y llaman «lata» a toda preocupación por los problemas sociales de mayor importancia; como también son muchos los que han perdido la facultad de indignarse ante las injusticias del mundo y el valor cívico de protestar contra ellas.

Pero al lado de todas esas lacerías — excepticismo por confusión de hombres e ideas, generoso en el fondo; egoismo y falta de carácter — el oído atento al mover de las almas percibe claramente el hervor de algo que sacude los espíritus de muchos jóvenes y los dirige, con más o menos claridad de visión en punto al camino, hacia el ideal de una patria nueva. Ese hervor que acusa la gestación de algo digno de alimentar esperanzas en el mañana, quizá no resuena tanto en los círculos visibles de la vida nacional, como en los rincones modestos de los que aún no se han revelado; pero existe, y sobre él podemos fundar la fe en el porvenir. Para los jóvenes que lo sienten en el fondo de sus almas, este libro puede ser un compañero de lucha, una mano que se tiende con gesto de amistad y de cooperación animadora. Otras pretensiones no tiene; ésta, cree poder declararla sin que se califique de vanidosa.

Quiero terminar con unos párrafos que escribí en 1898 y que, por referirse a una situación pareja con la presente, considero aplicables a esos jóvenes creyentes en el ideal y ansiosos de cum-

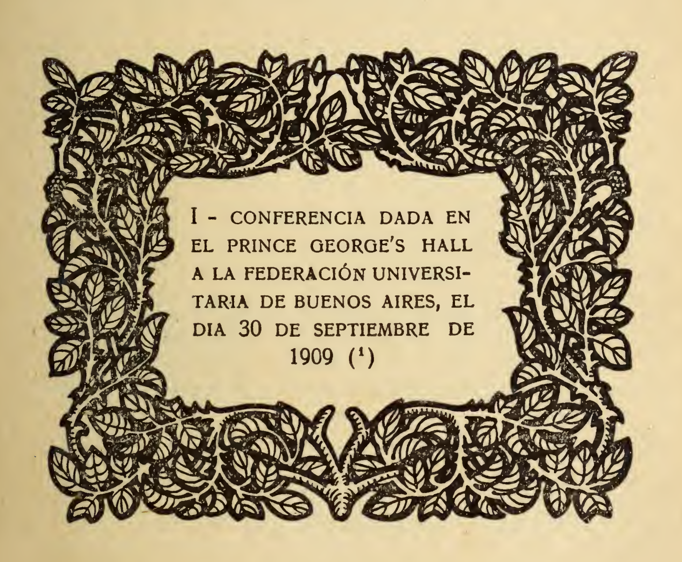
plirlo. La opinión liberal — dije entonces [1] — cometería una falta gravísima despreciando esos impulsos de la juventud, prejuzgando su dirección y resultados, desconociendo lo mucho que tienen de armónico y paralelo con la marcha de la civilización moderna. No; están muy lejos de ser todos (ni siquiera la mayoría) de los jóvenes que militan en el renacimiento ideal, neuróticos, desequilibrados, literatos bromistas, periodistas *blageurs*, ultramontanos disfrazados... Hay muchos, muchísimos, que, dentro del espíritu liberal de la época, de la tradición «progresista» del siglo, soñando con todo menos con un retroceso o con una transacción que le equivalga, sienten, no obstante, los anhelos de una restauración moral, de una elevación de la inteligencia y de los corazones; y niegan, con razón, que el porvenir esté indefectiblemente ligado a las afirmaciones positivistas, a los desplantes del materialismo vulgar (el de los grandes maestros es muy otro), o al credo cerrado de una doctrina democrática tal y como la han entendido y aplicado hasta aquí los infecundos creadores del más infecundo parlamentarismo moderno. Si como conclusión práctica del «nuevo espíritu» aspiran los jóvenes a «romper los moldes» antiguos, no es para volver atrás, sino para seguir adelante con mayor elevación, con más nobles y abiertos propósitos que los seguidos hasta ahora.

El presente libro, señala algunos de los principios de conducta que para ese fin conviene seguir.

RAFAEL ALTAMIRA

Madrid, Octubre, 1914.

(1) *Sobre el espíritu actual de la juventud.*



I - CONFERENCIA DADA EN EL PRINCE GEORGE'S HALL A LA FEDERACIÓN UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES, EL DIA 30 DE SEPTIEMBRE DE 1909 [1]

(1) El texto que sigue es tan sólo un resumen hecho sobre las notas taquigráficas, en que se ha prescindido de lo que no resultaba inteligible.





AMIGOS míos: No quiero sentarme detrás de la mesa, porque eso daría a esta charla un aire de conferencia profesoral, y yo no quiero daros una conferencia; quiero un rato de expansión de espíritu con vosotros.

En ese rato voy a pensar en voz alta delante de mis compañeros de trabajo, delante de mis estudiantes. Voy a ir diciendo lo que brote, quizá de una manera incoherente, de mi espíritu; pero tened la seguridad de que aún cuando esta conversación sea inferior en método a las conferencias que la han precedido, les será superior en la espontaneidad e intimidad de los conceptos que en ella vierta.

Cuando llegué a Buenos Aires, cuando el vapor tocó en vuestro muelle, cuando se tendió la escala y comenzaron a subir los que esperaban a los viajeros, se hizo una irrupción de caras desconocidas para mí. Yo luchaba en mi espíritu entre el desasosiego que produce siempre la llegada a un país extraño (que es, por mucho que uno haya leído respecto de él, una incógnita, un interrogante psicológico) y el deseo de que terminase de una vez el viaje y de encontrarme en el terreno de la acción para que me enviaba la Universidad de Oviedo; y en aquella incertidumbre, en aquella lucha de sentimientos — un poco de temor de un lado, un poco de anhelo de comenzar, por otro — me vi de repente trasladado a la tierra asturiana. El milagro se había operado por una circunstancia feliz. A mi lado, de pronto, se habían congregado seis estudiantes de la Universidad ovetense; seis antiguos alumnos míos; seis muchachos en los cuales yo había puesto algo de mi espíritu — con el afán con que así lo hago en mi cátedra—y que, encontrándose por muy varias circunstancias, en tierra argentina, venían a saludar a su antiguo maestro.

Me pareció que, de repente, el *Avon*, el Puerto de Buenos Aires, el grandioso espectáculo de esta Ciudad inmensa que se abría ante mis ojos, desaparecían, y volvían otra vez el tenue gris de la tierra asturiana y la

silueta de la alta torre gótica de la Catedral que casi sombrea el edificio de la Universidad ovetense.

¿Porqué venían aquellos muchachos a recibirme? ¿Porqué me rodeaban? ¿Porqué me producían, en el mismo momento en que entraba yo en tierra extraña, la ilusión de que se unían mi cuerpo y mi espíritu con la tierra que acababa de dejar?

Venían, porque a pesar de haber salido de la Universidad, entre ellos y yo quedaba un lazo. Ese lazo, era un lazo de afecto. Ellos me querían, y me querían como quieren a todos mis compañeros ovetenses. Nos quieren por la forma especial de vida que hacemos allí.

En primer término, porque ellos saben que nosotros tenemos como principal interés el de la enseñanza, el de su propio aprovechamiento; que preside a todos nuestros actos el deseo, por lo menos, de la más absoluta justicia, y que aún en ese trance desagradable del examen — que yo considero como la falla de la carrera del profesor, — en ese trance que suele separar a los alumnos de los maestros, que suele suscitar rencillas y animosidades, a veces duraderas por toda la vida y que se cobran en el momento propicio; — aún en ese trance repito, la relación de afecto no se rompe entre ellos y nosotros, porque saben bien que podremos engañarnos, pero que jamás cometemos a sabiendas una injusti-

cia. Y de aquí el fenómeno curioso de que los estudiantes de Oviedo sean siempre los mejores amigos de los profesores de quienes han recibido, o no, molestias de la clase a que aludo.

Saben también que allí no perseguimos el fin pedantesco y pueril de algunos profesores que he conocido andando por el mundo y que tienen, como lema de sus relaciones con los discípulos, en este particular, la de perjudicarlos todo lo posible. Allí por el contrario, experimentamos un sentimiento profundo cuando alguna vez tenemos que decirle a algún muchacho: «usted no puede continuar». Os lo digo sinceramente: eso nos suele causar un disgusto mayor que el que experimenta el alumno al recibir la noticia...

Por otra parte, nosotros hacemos una vida muy familiar con ellos. Vida familiar en la cátedra, donde trabajamos juntamente con nuestros discípulos, donde los agregamos a nuestra labor. Oviedo es una ciudad pequeña, provinciana, familiar, donde nos conocemos todos, donde nos encontramos a cada momento, y donde paseamos más de una vez en grupos que forman conjuntamente profesores y alumnos, sin distinción de ningún género, como buenos compañeros, como buenos amigos que, en los instantes de descanso de la vida de academia, charlan sobre la multitud de cosas que preocupan a los hombres y que no pueden tratarse den-

tro de las horas de trabajo universitario.

Y luego, de cuando en cuando, salimos al campo, visitamos monumentos, admiramos paisajes; y a todo ello vamos juntos maestros y discípulos como camaradas, con nuestra merienda en los bolsillos, dispuestos a regodearnos en plena naturaleza, a sentarnos sobre la yerba fresca de los prados asturianos y dispuestos a gozar, en una charla familiar, íntima, de las delicias del paisaje y del placer, del solaz espiritual que el cambio de ideas produce...

Y todavía más, porque tenemos un día especial de fiesta, de asueto, en que profesores y alumnos, los grupos de cada año universitario con sus correspondientes profesores, hacen una excursión un poco más larga, pero con la misma intimidad, en las mismas condiciones de vida familiar que las referidas; y tened en cuenta que eso se hace pocos días antes de los exámenes, y puedo aseguraros que jamás atravesó por la imaginación de nadie la preocupación de que horas después aquellos compañeros van a convertirse, los unos en reos y los otros en jueces, ni cupo jamás en la mente de un estudiante de Oviedo que por aquella comunicación familiar hubiésemos de faltar a los principios fundamentales de nuestro ministerio.

Pero todavía creo que nos acerca mucho más que estas cosas, otra que tiene influencia grandísima en la vida docente; y es, que si

tratamos a los alumnos como compañeros en todas las manifestaciones del vivir, también nos descubrimos a ellos con entera franqueza; y así, están habituados a vernos, no con la autoridad del «dómine» que mantiene siempre la superioridad sobre el discípulo y que guarda secreta la cuchillada del maestro, sino como hombres que sinceramente, si hay lugar a ello, declaran que algunas cosas de la ciencia que cultivan, no las saben; que respecto de otra porción de cosas, dudan; y que se consideran siempre en situación de ser rectificados o de ser superados por un estudiante que, con penetración verdadera, especializa en el mismo campo en que ellos trabajan.

Y esa sinceridad con que nos mostramos a ellos; esa manera natural con que deponemos en absoluto la vanidad del profesor (que suele ser la valla más honda de separación entre el maestro y sus discípulos), creo yo que es lo que más nos acerca, dejándonos ver así de una manera sencilla al igual de ellos, como hombres que no tienen más superioridad que la de haber empezado más temprano el camino y haber podido, por tanto, trabajar y cosechar más espiritualmente.

Es así como nosotros fortalecemos el lazo que nos une; y los estudiantes, después de haber transcurrido muchos años de vida universitaria, conservan el mismo calor, la misma frescura de sentimientos para con sus maestros.

Pero, con respecto a vosotros, yo me encontraba en la incertidumbre sincera que tengo siempre respecto de mi trabajo, en la duda que me acomete a cada momento con relación a todo aquello en que pongo la mano. Yo me decía: —¿Qué habrán visto en mí los estudiantes para pedir esta conferencia especial? Ellos que están cansados de cátedras, de conferencias! Una cátedra más, una serie de lecciones ¿qué habría de importarles? Antes, lo natural sería que les cansase; y en vez de eso, me encuentro con el fenómeno extraño, inusitado, de que ellos expresen hacia mí una corriente de simpatía que, por la franqueza de sus manifestaciones, no puede de ninguna manera colocarse en el campo de las que pertenecen a la pura cortesía civil. Y pensando en cómo podría haberse esto verificado, no habiéndose producido el contacto espiritual con ellos como lo tuve con mis discípulos de Oviedo, pensando en esto, cayó en mis manos un número de cierto periódico de Buenos Aires, que relataba una interview con uno de vuestros presidentes; y en ella, hablando de la Federación Universitaria, de sus anhelos, de los fines que perseguía, encontré esta nota: «Nosotros, una de las cosas que queremos es llegar a propiciar la intimidad con los profesores, viviendo con ellos en un pie de familiaridad, de compañerismo en el trabajo, haciéndonos verdaderos colaboradores y fun-

diéndonos en un mismo espíritu dentro de la obra universitaria». Y dije: Aquí está la explicación del enigma. Esto, que es una aspiración de los estudiantes de Buenos Aires; esto que es una aspiración de la Federación Universitaria; esto que ellos quieren convertir en la ley de la vida de su Casa, esto lo han visto en mí como representante de la Universidad de Oviedo. Saben que allí vivimos formando un solo cuerpo los unos y los otros, y el fenómeno que se ha producido es sencillamente este: aquel pequeño grupo de 6 ó 7 alumnos de la Universidad de Oviedo, que me rodeaban en el vapor *Avon,* se ha extendido, se ha ampliado y comprende toda la Federación Universitaria.

Y ahora os diré por qué me interesan a mí los estudiantes.

Me interesan por tres cosas. En primer lugar, desde el punto de vista de la obra de la enseñanza, porque considero que ellos son el verdadero factor activo dentro de ella; el factor con que es preciso contar en primer término para que la enseñanza sea lo que debe ser, puesto que si él no muestra verdadero afán, si él no pone lo mejor de su espíritu en esa obra, será perfectamente inútil todo esfuerzo que el profesor haga. En segundo lugar, me interesan porque yo veo en ellos almas que comienzan a abrirse, espíritus que inician su contacto con la realidad, todos llenos de ansias, todos llenos de espe-

ranzas, cada uno con sus cualidades — las unas buenas, las otras malas, como cada hijo de vecino; y siento por ellos la inquietud que se siente por algo que, pudiendo llegar a ser un fruto saneado, un fruto que rinda consecuencias excelentes para su patria, puede, por concatenaciones difíciles de evitar en la vida, malograrse y convertirse en algo inútil para la patria e inútil para sí mismo. Y esa misma inquietud que sentían antiguamente los teólogos y los moralistas por la salvación del alma, desde el punto de vista religioso; esa inquietud siento yo por cada espíritu joven, por su salvación en la vida terrena. Siento el temor de que todas aquellas cosas buenas que comienzan a florecer en él, que todos los ideales puros, que toda aquella posibilidad de entusiasmos grandes por las grandes cosas de la vida, se malogren y se agosten al contacto del egoismo, de las pequeñeces, de la ruindad del medio ambiente. Y acudo solícito, en todo lo que me es posible, a evitar todo error, a evitar todo extravío en el camino, a salvar un espíritu más, en aquella medida en que un espíritu puede influir sobre otro; sabiendo ya de antemano que, aun siendo muy grande el esfuerzo que uno realice sobre otra alma, siempre habrá un elemento, absolutamente imposible de preveer muchas veces, que tendrá en ella actuación tal vez mayor... Y como he visto fracasar tantos espíritus; como he visto tantos jóvenes des-

tinados a ser grandes lumbreras en su país, a ser un exponente de progreso en su patria, malograrse y extraviarse por completo y ser inútiles para sí propios y también para el mundo entero, ¡considerad con cuanto temor, y al mismo tiempo con cuanta solicitud, he de seguir paso a paso ese movimiento del alma juvenil presente a mis ojos, que va poco a poco mostrando el reflejo de todas las impresiones que recibe, y que muchas veces se hunde sencillamente porque no tiene una mano que se le tienda a tiempo y que la salve del abismo!

Y por último, amigos míos, hay otra cosa por la cual me interesáis también. Esa ya no se refiere a vosotros mismos. Se refiere a algo que está por encima de vosotros. Se refiere al porvenir de la patria y de la humanidad. Él está en vuestras manos. Vosotros sois nuestros herederos naturales. Lo que la patria tenga que ser, lo será por obra vuestra. Así, vuestro acierto en la vida lleva consigo, no el porvenir y la felicidad de un individuo, sino el porvenir de un mundo entero y, en fin de cuentas, el de la humanidad; y ésta es cosa demasiado seria para que un profesor, que en cierto modo es un parteador de espíritus, un padre de almas, mire con indiferencia la acción que puede ejercer sobre aquellas que se abren a la nueva vida, y considere que cumple perfectamente su misión invirtiendo una hora detrás de una mesa en

explicar cosas que están dichas, la mayor parte de las veces, en un libro...

De ahí que mi relación con los estudiantes procure siempre salir de los límites propiamente docentes. Yo aspiro a ser para ellos algo así como un confesor, como un hombre que, dotado de la experiencia que los años cargan sobre nosotros — queramos o no queramos — cree que uno de los deberes de su vida consiste en comunicar esa experiencia y ponerla al servicio de los que comienzan la vida.

Y usando de ella, usando de esta fuerza que en mí hay por razón de la diferencia de edades entre vosotros y yo, quiero deciros algunas cosas que se refieren a vuestros pro pios problemas.

Uno de ellos es este: Váis a tener vuestra casa. Váis a poseer un centro material de cohesión. Váis a tener hogar. El hogar acerca siempre; el hogar une; el hogar crea costumbres en la vida. Allí se vinculan y se estrechan los hombres, y de esa manera matan muchos prejuicios, muchas antipatías puramente sentimentales; los espíritus aprenden allí a conocerse, que es como aprender a amarse.

Pues bien. Yo os digo que cultivéis vuestra casa, no sólo con ánimo de ostentación, no sólo como lugar donde os reunáis para las fiestas extraordinarias, sino como sitio en que os encontréis a diario; como sitio en que con-

viváis verdaderamente para todas las cosas que pueden y deben importaros en la vida estudiantil y en la vida humana, a que pertenecéis también. Cultivad la sociabilidad. Ella es planta un poco rara y difícil de vivir en tierra de raza latina. Tenemos un exceso grande de individualismo; ya nos lo han visto los psicólogos. Ese individualismo ha sido creador de grandes obras; pero ha sido, también, creador de grandes desdichas. Corregidlo, infundiendo en el alma latina, a la cual pertenecemos vosotros y nosotros, esa firmeza que han sabido crear y mantener de una manera alta los pueblos sajones. Hacedlo de manera que cuando forméis vuestra sociabilidad y os separéis, el hogar en que habéis vivido la vida estudiantil y el de la universidad, operen de tal manera que el lazo con ellos no se rompa, sino que os acompañe en todas las acciones futuras, a tal punto, que por encima de las diferencias de edad o de intereses, reconozcáis siempre al hermano de la Universidad y le tendáis la mano; que tengáis ese gesto generoso de tenderle la mano a pesar de todas las cosas contrarias que puedan haber surgido entre vosotros.

Además de esto, amigos míos (permitidme lo delicado del consejo), no seáis pedantes. Esa es una enfermedad de la juventud. Como yo la he pasado, no tengo reparo ninguno en hablar de ella... Sólo que es una enfermedad que en algunos pasa y que

en otros dura toda la vida! Debéis procurar que no dure en vosotros, si la padecéis, más que algunos años, esos años en que la pedantería es como la excrecencia de la afirmación de la propia personalidad, que asegura su potencia creadora frente al mundo y la diputa capaz de grandes obras. Eso, es una fuerza. Pero cuando esta fuerza perdura en momentos en que es preciso sumar y no restar; en que es preciso hacer obra colectiva y no individual, separada, entonces se convierte en un mal; se convierte sencillamente en el egoísmo, en la afirmación de que *yo*, no sólo soy lo que valgo más en el mundo, sino que el mundo entero tiene que estar contemplándome.

Si vosotros queréis seguir por el camino de la ciencia, la pedantería será un pesadísimo bagaje, porque estará poniendo un obstáculo constante en el camino de la verdad, si esa verdad la ha de descubrir otro. Ahora bien. Los grandes sabios han sido siempre los hombres que no han tenido dificultad ninguna en reconocer la obra que otros han aportado. Hay una vanidad que se puede conceder al científico: es la vanidad de hacer lo que realmente ha hecho en el campo de sus estudios; pero la vanidad comparativa, que consiste en creerse *más* que el resto de los trabajadores y negar la obra de éstos, está completamente reñida con toda acción fecunda.

Vosotros tendréis que hacer obra seria en todos los órdenes de la actividad. La haréis en las artes, en la política, en las letras, etc.; la tendréis que hacer todos los días y, alguna vez, resolviendo graves problemas. No os cuidéis sólo de los vuestros, y resolvedlos en bien de la humanidad.

Por último, amigos míos, os diré otra cosa. No tengáis prisa, no tengáis afán inmoderado por llegar. Llega el que quiere, — todavía más que el que puede.

Pero el querer, en este caso, consiste en hacer labor serena, solícita; en difundir la propia originalidad sobre la base del trabajo; en tener derecho a que el mundo se fije en uno y lo llame. Cuando es el mundo quien llama, se tiene la seguridad de ocupar un puesto dignificado y realizar una obra seria. Cuando se fuerza la opinión y se precipita uno en el terreno que todavía no tiene derecho a ocupar, el fracaso es seguro. Porque aún cuando no venga el fracaso, surge otra cosa, surge la usurpación... Y en los momentos de honda meditación con nosotros mismos, en los momentos de examen de conciencia, que el que no es puramente frívolo — y el que lo sea, no nos importa — tiene más de una vez en su vida, nos habremos de acusar de las cosas que en el mundo hacemos sin derecho bastante, y de las que injustamente obligamos a los demás a que hagan para nosotros.

Tiene Leopardi entre sus hermosas poesías, una que concluye de este admirable modo: (Está hablando del sábado, víspera de descanso y fiesta, tras el cual volverá de nuevo, — los estudiantes lo saben mejor que nadie — la tristeza del día de trabajo.)

Questo di sette é il piú gradito giorno,
Pien di speme e di gioia:
Diman, tristezza e noia
Recheran l'ore, ed al travaglio usato
Ciascuno in suo pensier farà ritorno.

Este es el día del sábado, antecesor del domingo, en cuya tarde verdaderamente triste reaparecerán las preocupaciones de la vida ordinaria. Va a empezar el mañana, volverá el fastidio de la cotidiana labor, y todo el mundo traerá sobre sí el peso del trabajo, de las miserias y dificultades del vivir, que entristecen al poeta.

Y sigue, dirigiéndose al muchacho a quien describe la fiesta:

Garzoncello scherzoso,
Cotesta etá fiorita
E come un giorno d'allegrezza pieno
Giorno chiaro, sereno,
Che precorre alla festa di tua vita.

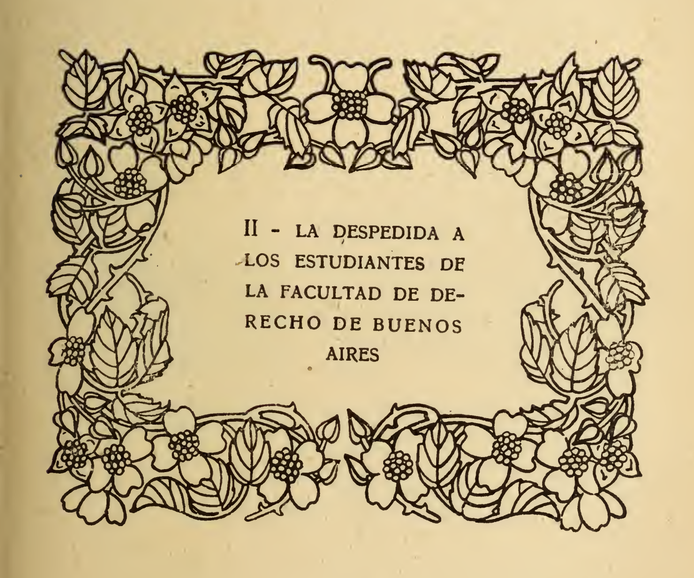
Godi, fanciullo mio; stato soave,
Stagion lieta è cotesta.

Altro dirti non vo'; ma la tua festa
Ch'anco tardi a venir, non ti sia grave.

Seguid el consejo de Leopardi. No os preocupe que vuestro día de fiesta tarde algo. El vendrá cuando sea sazón.

. . . .
. . . .





II - LA DESPEDIDA A LOS ESTUDIANTES DE LA FACULTAD DE DERECHO DE BUENOS AIRES





En la última de las conferencias del cursillo de Metodología e historia jurídicas, que expliqué en la Universidad de Buenos Aires (Agosto, Septiembre de 1909), un estudiante, el Sr. Tezanos Pinto, pronunció en nombre de sus compañeros un discurso de despedida. (1)

Contesté a él con las siguientes palabras:

Señores: Quien me conozca, ha de hacerme la justicia de pensar que la satisfacción honda que vengo experimentando y que tiene ahora uno de sus momentos de suprema

(1) Este discurso se ha publicado en el libro *Mi viaje a América.*

emoción, no se funda en nada personal, en el sentido estrecho y egoísta de la palabra.

Es toda ella objetiva y tiene estos dos aspectos: el patriótico y el universitario.

Como patriota, consiste en considerar que todo eso que me atribuís — con sobrada benevolencia, pero todo lo que creemos es una fuerza en su afirmación — lo atribuís "a un español" y envuelve el supuesto, por tanto, de que España es capaz de producir algo útil para la obra general de la cultura.

Añadiré ahora que soy lo que soy, — poco o mucho — principalmente por obra de educación española y de "españoles".

No como yo, mejores que yo, España os puede ofrecer espíritus hermanos en la manera de concebir y desempeñar la enseñanza, espíritus amplios, que se pueden entender con los vuestros, abiertos de par en par a la verdad libre.

Como universitario, mi satisfacción está en el éxito de la obra que Oviedo me encomendó. Este éxito no está en los aplausos a mí, sino en otra cosa más honda: en la espontaneidad con que vuestras Facultades se ofrecieron a cumplir una parte de nuestra obra, entendiendo, al brindarme esta y otras cátedras, que así como la mejor manera de demostrar el movimiento consiste en andar, la mejor manera de predicar el intercambio consiste, no en cantar sus excelencias, sino en practicarlo desde luego.

En vez de predicador que necesita convencer a los vacilantes, encontré aquí convencidos de antemano, que me dijeron: "Conformes; empiece usted."

Y sin ceremonia, de un modo natural, yo he sido aquí durante tres meses, no un extranjero que viene a mostrar habilidades o a decir lisonjas, sino, simplemente, un profesor en su clase.

Marcho con la esperanza de que la serie de visitas continuará y de que profesores argentinos irán a España. El buen sentir de vuestro actual decano, el doctor Bidau, ha sabido encontrar la fórmula.

Pero, si estoy contento de los resultados, no estoy " completamente " satisfecho. Mi comunicación con los estudiantes no ha sido lo íntima que yo quisiera. Hemos tenido la plataforma de por medio, casi siempre. Hay que completar eso.

Yo habría querido vivir más íntimamente con vosotros, unir más hondamente mi espíritu al vuestro; que nos conociéramos recíprocamente mejor. Espero hacerlo en un día no muy lejano. Creedme, además, que llevaré a mi país, a los estudiantes de Oviedo, vuestro cordial saludo. Ellos esperan también unirse a vuestra obra; y como lo expresó vuestro representante, ellos y vosotros, todos los que estudian, contribuirán a la realización de los ideales de fraternidad que deben ser nuestra norma. Ya el decano, doctor Bidau, ha

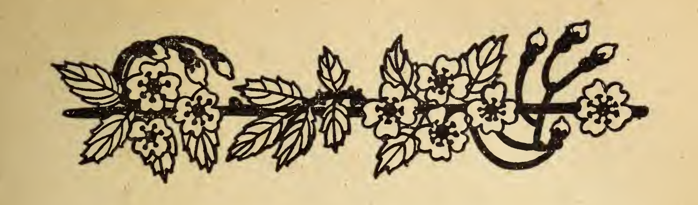
resuelto con su espíritu práctico (y eso que como internacionalista no debiera tenerlo, ya que, según dicen, la materia es la menos práctica de todas), ha resuelto, digo, ese intercambio anhelado en relación con los profesores. Pero la Universidad de Oviedo quiere que vayan también a España estudiantes americanos. Al partir, los muchachos me dijeron: "D. Rafael: (allí me llaman D. Rafael, graduándome de viejo.) Haga que vengan estudiantes; son ellos los que nos interesan; es a ellos a quienes queremos conocer". —Ya lo sabéis, pues; y espero que así será.





III - EL IDEAL DE LA VIDA - CONFERENCIA A LOS ESTUDIANTES DE LA UNIVERSIDAD DE LIMA (1)

(1) Extracto, redactado conforme a los apuntes tomados por la prensa limeña.





AMIGOS míos: Podría objetar a las primeras palabras del Presidente de vuestro Centro universitario, las que se referían a su supuesta incapacidad, como alumno de Medicina no literato, para expresar en forma castiza el encargo de simpatía y afecto de sus compañeros, con ejemplos que prueban cómo se han hermanado siempre las ciencias y las letras; mas no quiero recurrir a casos de la Historia o de otros países y voy solamente a presentarle el mentís que él mismo se ha dado, diciendo lo que tenía que decir en forma clara y brillante; y para que no se nos engría (que es feo pecado) le diré también que, cuando un hombre se convierte en órgano de expresión de un afecto leal, cuando representa la concentración de un sentimiento colectivo y sincero,

es orador quiera o no quiera, porque no hay elocuencia más vibrante y comunicativa que la que mana del corazón.

En la cátedra, los profesores aprendemos tanto o más que los discípulos, y son ellos los que nos enseñan. Aprendemos, entre otras cosas, a sondear los espíritus, a sorprender e interpretar las más leves manifestaciones de sus estados; y la experiencia que en esto tengo adquirida, me ha bastado, al hablar con alguno de vosotros, para penetrar en vuestra alma y para saber que sois elementos fervorosos, entusiastas, en la gran obra de la fraternidad hispano-americana, antes de que me lo dijérais explícitamente.

A vuestros sentimientos quiero corresponder abriendo mi espíritu ante vosotros, descubriéndoos su intimidad en aquel orden de ideas que pueden más interesaros. He sido (en la mayor medida en que un hombre se hace a sí propio) escultor de mí mismo, y me he forjado a través de luchas y rectificaciones mi propio ideal. Voy, pues, a deciros, lo que esa preocupación constante de mi vida, ese trabajo educativo interno, ha ido dejando en mi alma.

Como es imposible que en esta tarde hablemos de todas las fases del tema, me fijaré especialmente en la cuestión del ideal de vuestra vida como universitarios y como hombres.

Ordinariamente, nosotros, los profesores, nos dirigimos a los jóvenes considerándolos

solamente como estudiantes, sin fijarnos en que sois también, y sobre todo, jóvenes, y que como tales necesitáis de una orientación para vuestra vida total. Esa orientación no es otra cosa que el ideal a que deben corresponder todos nuestros actos, desde los más altos hasta los más bajos. Ideal, tiene, pues, todo hombre que busca la ordenación de sus facultades dentro de una norma elevada y trascendental.

Creen algunos, que como "ideal" viene de "idea" y como la idea es una cosa de la inteligencia, aquél es sólo la orientación de esta facultad en un sentido generoso, amplio, de perfección suma. Y esta limitación ha traído otra; los hombres que se llaman prácticos han tachado el sentido ideal de fantástico, de opuesto a lo real, creador de poetas, es decir, soñadores y gente inútil.

Esta oposición, entre el sentido práctico de la vida y el ideal que se califica de *soñador*, no es de hoy, que es eterno. Repasando la historia de los pueblos, se ve que siempre han luchado ambos sentidos y su oposición la vemos concretada hoy en la enseñanza.

Durante un período largo de la historia de la educación humana, ésta se encauzó en moldes equivocados; se caracterizó como una educación exclusivamente intelectual y libresca, considerando el espíritu del estudiante como un fondo pasivo, simple, receptor del saber o de las opiniones de los demás. Esa educación fué anticientífica, fué algo así

como un telón aislador que separaba al alumno del espectáculo directo de la realidad.

Llegó un momento en que los hombres se dieron cuenta de ese error, y vino entonces una reacción, no sólo contra la equivocada manera de educar *intelectualmente,* sino también, en la misma esfera del espíritu, contra la educación exclusivamente cerebral, que no educaba ni la voluntad ni el sentimiento, nervio de las determinaciones humanas; y se trató de sustituir aquella enseñanza por otra. El nuevo sistema relegó el libro a segundo lugar, que es el que le corresponde, y puso al individuo frente a las cosas mismas, a fin de que adquiera ciencia propia y no ciencia ajena. Pero de la rectificación se apoderó el sentido práctico vulgar de la vida, y, exagerando el sistema, o mejor, aplicándolo en una nueva dirección exclusiva, llegó al sistema opuesto: a una educación fundamentalmente *utilitaria,* más peligrosa tal vez que la que le había precedido.

La hora de reaccionar nuevamente ha llegado, y a todos conviene que busquemos el necesario equilibrio entre los dos extremos viciosos.

No cabe duda ninguna que educar en la manera realista que ha buscado la pedagogía moderna, es una necesidad imprescindible; pero esto es una cosa y otra es la educación puramente utilitaria, que seduce con su denominación de "práctica".

La educación puramente utilitaria, no abre

el espíritu a la plena realidad, sino que la recorta y la reduce a un solo aspecto y seca las fuentes del sentimiento y del altruismo, sacrificando la humanidad al yo individual.

Queda esto comprobado por la manera como se ha entendido la cuestión de las formas de la enseñanza secundaria, problema que se concretó en la célebre *cuestión del latín*, cabeza de turco sobre la que caían los golpes de los dos contendientes.

Entendían unos que al mantenimiento o la supresión del latín, estaba ligada la causa entera de la cultura general; otros creían que era necesario suprimir todo lo literario e ideal de la enseñanza, que quita tiempo a otros estudios que, como los comerciales, se estimaban más necesarios.

Estas dos posiciones del problema eran equivocadas.

Se puede suprimir el latín sin perjudicar aquella parte elevada y espiritual de la enseñanza de que a vosotros, jóvenes americanos, os ha hablado el insigne Rodó; sin que se pierda la alta influencia educativa de la civilización clásica, cuya defensa con gran justicia hizo Leopoldo Alas en un famoso discurso. Yo soy de los partidarios de la supresión del latín en el período de cultura general, pero es porque creo que aquella cosa para la cual podía ese idioma ser instrumento de cultura humana (no especialista), puede adquirirse hoy por otros caminos y sin consumir en

aquella enseñanza lingüística el tiempo que, efectivamente, hace falta para otras cosas de interés más general y moderno. El fondo ideal vertido en la literatura de las lenguas clásicas está ya expresado en los idiomas actuales, sin que haga falta, para adquirirlo, el aprendizaje de las lenguas muertas. Así, en las ciencias jurídicas y filosóficas, vivimos todavía en gran parte del pensamiento de Aristóteles y de Platón, cuyos libros, la inmensa mayoría de las gentes que en ellos buscan elementos de formación del propio saber, lee traducidos y sin necesidad de prepararse previamente en el idioma en que se escribieron. Si todos los pensadores, jurisconsultos, políticos, economistas, etc., de nuestros días, tuviesen que acudir a la lectura directa del latín y griego de los grandes libros que siguen siendo fuentes de nuestro pensar, la difusión de la cultura se acortaría muchísimo; y la prueba de que esto no es necesario, está en que, al través de esas traducciones, el ideal clásico ha seguido influyendo en el espíritu moderno, como el ideal religioso del pueblo hebreo y de los primeros cristianos sigue actuando y fecundando el espíritu de tantos hombres que serían incapaces de leer en lengua hebrea, griega o latina la Biblia y los escritos de los primeros siglos. La causa de la cultura general en esos factores que examinamos, está, pues, desvinculada de la de las lenguas muertas.

Pero del mismo modo que decimos esto, conviene decir, a los que entienden que la vida debe estar sólo gobernada por las cosas prácticas de provecho económico y personal, que los ideales generosos, que los sueños elevados y quijotescos, son los que precisamente han originado los mayores progresos de la vida humana.

Notad que la conquista de la libertad se ha hecho a fuerza de derramamiento de sangre, de esa misma sangre que el egoísmo quisiera guardar para verterla en raudales de vida en provecho individual, aunque esa vida sea indigna y rastrera.

Y así ha sido constantemente. Cuando nació el cristianismo y se difundió por el mundo ¿quiénes fueron su base y su empuje mayor, sino aquellos que sacrificaron por él su vida?

Recuerdo que en la gloriosa revolución de 1868, sobre la cual empezamos a fundar la España nueva, en un afán generoso de reformas y novedades, un maestro de escuela propuso en cierta asamblea la supresión del pluscuamperfecto; y argumentaba así: "Si hay ya en la Gramática tiempo perfecto, ¿qué significa el pluscuamperfecto? Es una exageración ilógica que a nada conduce". Como el maestro referido, hay muchas gentes que quisieran suprimir, no de la Gramática, sino de la vida, el pluscuamperfecto; cuando en rigor, tratándose de apuntar ideales para la conducta, si fuese posible inventar algo por

encima del pluscuamperfecto, habría que inventarlo.

Los hombres que se llaman prácticos (y que lo suelen ser para sí mismos, no para los demás) tratarán, siempre, tenedlo en cuenta, jóvenes, de cortaros las alas; querrán mostraros a su manera la realidad y que os acomodéis en la vida mirando siempre al sol que más calienta, pues ese es el que da provechos inmediatos y palpables; y así, poco a poco, os irán recortando el ideal, que concluirá por ser ante vosotros como las monteras de Sancho, que sólo servían para cubrir los dedos.

Y yo os digo, que precisamente por eso, porque en la realidad os encontraréis a muchos de esos tentadores, es preciso que entréis en la vida con el alma muy llena de ideal, para que cuando se escape por los choques inevitables con la necesidad dura algo de él, quede siempre lo suficiente para que podáis flotar por encima de la vulgaridad humana.

Ocurrió en cierta Corte europea que, queriendo el Monarca democratizar la vida de Palacio, organizó reuniones familiares y recibió a todos los que quisieron ir, permitiéndoles llevar un traje sencillo, de confianza, como suele decirse; y sucedió, que a las primeras recepciones, fueron todos aseados, con las camisas limpias y las americanas cepilladas, pero que al segundo mes, tuvieron que suprimirse aquellas reuniones y volver a la eti-

queta, porque la mayoría de las gentes, que carecía de bastante freno interior, para guardar la debida medida, concluyó por ir con las camisas ajadas y las botas y los trajes sin cepillar. Como este caso, hay en la vida muchos; si no ponéis el ideal muy alto, se agotará pronto, en la mayoría de los espíritus, el poco que aprendieron o que se les exige. Hay que apuntar lo más alto posible, para que el tiro no dé en la tierra y levante el barro que nos salpicará.

Vosotros seréis, dentro de poco, profesionales, los de la Facultad de Derecho, Jueces, Abogados, etc. ¿Cómo miraréis vuestra carrera? ¿Cómo un puro medio de hacer una fortuna? Desgraciados de vosotros si no véis más que esto. No; vuestra obligación primera será velar por los intereses de la justicia; lo que la patria requiere de vosotros, es que os sacrifiquéis por el ideal de verdad, de justicia, de bien. Si os dirigís sólo al provecho individual, la función ética y civilizadora que representáis en el mundo, quedará muerta. Al principio, obtendréis, sin duda, provechos individuales, egoístas; pero a la larga, desquiciada la Sociedad, sin amparo el derecho, vosotros mismos y vuestros hijos, sufriréis las consecuencias de vuestra culpa. Del mismo modo, quien posee una casa con todas las exigencias de la higiene, y por tenerlas para sí no se preocupa del tugurio del pobre, no se librará de las epidemias, que, salidas de esas habita-

ciones infectas, subirán a las más altas, precisamente porque quienes en ellas habitan egoístamente, no se cuidaron de la morada del infeliz, creyendo con error que el mal ajeno no pasa de quien lo sufre y no se refleja en todos los hombres.

Ejemplos de egoísmo análogo, son también el del hombre que posee un libro o una obra de arte, los guarda como un avaro y no los saca para que se oréen a todos los vientos y gocen con su contemplación todas las gentes; y el de aquél que posee la verdad y se encierra con ella en su torre de marfil, en vez de darla a la Sociedad en acto de verdadera devolución, pues sin la obra preparatoria y cooperadora de los otros, no hubiera él podido llegar a donde llegó. Quien así se conduce, es sólo un egoista, no un sabio de conducta recta y humana.

Piensa sobre todo, juventud peruana, que todo pueblo que lleva en el sentimiento y en el ideal, no puramente en los labios, una patria grande y poderosa, llega a crearla seguramente; pero si cada uno de vosotros no practica en su propia vida ese ideal, con amor, con entusiasmo, con fé, con abnegación, ¿con qué cara os presentaréis a vuestros hijos diciendo: "Este es el Perú que hemos hecho"? Porque lo cierto e indudable es que nosotros somos quienes labramos nuestra propia felicidad o desdicha y los que podemos torcer o dirigir la vida del grupo humano a que per-

tenecemos. Si queréis enaltecer vuestra patria, jóvenes, no olvidéis que los ideales no vienen de afuera, sino de adentro, que la regeneración, para ser fructífera, tiene que ser obra del mismo que desea regenerarse, y que si sacrificáis por ella toda mezquindad, la patria será lo que desáis que sea: grande y hermosa. ¡Y qué cosa más alta podría soñar la juventud!




IV - LAS ASOCIACIONES
ESCOLARES Y EL DEBER
DE LOS ESTUDIANTES. -
CONFERENCIA A LOS ESTU-
DIANTES DE LA UNIVERSIDAD
DE LA HABANA, - 8 DE MARZO
DE 1910



Sr. Rector de la Universidad, amigos míos:



DESEABA ardientemente que llegase el día de esta conferencia y lo deseaba, no sólo para cumplir un deber de cortesía que coloco sobre todos los demás, sino también, y especialmente, para llenar una exigencia de mi espíritu, una exigencia que ha sido fundamental en mi vida, muy singularmente desde que he entrado a formar parte de un Claustro Universitario: la de ponerme en comunicación directa o íntima, con el alma de la juventud estudiosa. Que esto es así, vosotros lo sabéis muy bien. Sabéis que la conferencia de hoy no es a la manera de las visitas que se llaman de estómago agradecido, por que su idea no

es posterior a vuestros agasajos, al ambiente de simpatía, de cariño, de que me habéis rodeado, sino que fué promesa espontánea de los primeros instantes, formulada en las primeras palabras que crucé, apenas llegado a tierra de Cuba, con algunos compañeros vuestros que tuvieron la gentileza de visitarme. Me adelanté a vuestros deseos y pedí, como un favor que podíais otorgarme, (por que para mí lo es siempre el estar en contacto con la juventud) ocasión de refrescar mi espíritu con las alegrías y las esperanzas de la gente joven, con el brote limpio y claro de su idealidad generosa y soñadora. Y es esto para mí, repito, un favor tanto más grande, cuanto que yo quisiera, señores, que sobre todas las bondades que la vida pueda tener todavía conmigo (y ha tenido muchas y respecto de ellas soy agradecido, considerándome feliz con vivir, como Renan se consideraba, ya en el ocaso de la vida y saltando por encima de todas las tristezas de ella), me reservase una que, en el orden espiritual, cambio por todas los demás: la de morir siendo joven, es decir, con el pensamiento abierto a todas las novedades y a todos los optimismos, libre de las sequedades y cristalizaciones que la vejez suele echar sobre él.

Esto aparte, deseaba que llegase el presente momento como algo especialmente atractivo para mi corazón, por que he vivido constantemente en íntima relación espiritual con

los estudiantes. Me llevó hacia ellos, de un lado, el interés natural en todos los que tienen vocación docente y toman la misión que en este respecto les corresponde, no como un oficio que da para el garbanzo, (sin poner en él más cuidado que el preciso para que parezca cumplida la función y pueda firmarse la nómina a fin de mes), sino como un verdadero sacerdocio que no queda cumplido en lo meramente externo de él, sino que aspira cada día más y más hondamente a entrar en el alma de los discípulos, a imprimir en ella una dirección de fuerza y bondad que les sirva de guía en las luchas del mundo, en el combate por la verdad y la justicia, y a que, cualesquiera que sea el resultado oficial de las relaciones en el terreno de los exámenes, o el rumbo que en la vida tome cada uno, guarden un recuerdo agradable de los instantes que han pasado en la Cátedra. Esto he tenido la fortuna de conseguirlo en mi labor universitaria; y lo he conseguido, sobre todo, por que he procurado, como decía antes, ser joven siempre; por que en la clase, cuando hablaba a los alumnos, me he preocupado antes del que podía menos y entendía peor, que del que podía más y tenía la intuición rápida; por que he procurado no hablar en abstracto y en términos doctorales que sólo sirvieran para mí, sino familiarmente y en concreto, de modo que sirviese para los oyentes, haciéndoles ver las cosas de la ma-

nera más clara, más inmediata, más impersonal posible. Y de este modo he logrado (creo haber logrado por lo menos) que mis alumnos, sino saben *mucha* Historia del Derecho, salgan de mi Cátedra amando la Ciencia, amando el Libro y acordándose en todas partes con cariño de aquellos momentos universitarios. Así he tenido la complacencia en todo mi viaje (desde Buenos Aires, desde esa gran ciudad de la República Argentina, en la cual, apenas puse los piés, me vi rodeado por antiguos alumnos de la Universidad de Oviedo, que siguen siendo buenos amigos míos) de encontrar en todos lados discípulos que han venido a mí con el mismo afecto, con el mismo cariño, que me demostraban en aquellos días de labor común; y entre ellos he tenido, por encima de todas, la satisfacción de hallar algunos a quienes había calificado severamente en los exámenes y que no me guardaron por eso rencor, por que estaban seguros de que su maestro no había hecho más que aplicar un criterio de justicia y que en ningún momento llevó a ese juicio sentimiento personal alguno que hiciera caer la balanza hacia donde no debía caer.

Y habiendo sido así hasta ahora en mi vida universitaria, claro es que había de desear vivir con vosotros en la misma forma; tanto, que si a mí me hubiese sido posible — que no lo era, por exigencias de la misión que aquí me trae, — escoger libremente mi área

de acción, las ocupaciones ordinarias de la vida, lo que hubiese hecho principalmente era entrar en clase con vosotros, escuchar a vuestros profesores, y luego salir con mis apuntes debajo del brazo charlando con todos y cada uno, acerca de la cátedra y de todos los problemas que pueden interesar a un estudiante. Como eso no ha sido posible, he tenido que limitarme a este momento de comunicación directa y especial con vosotros, fuera de aquellas que, en términos generales hemos tenido en las conferencias anteriores, a que no habéis faltado, y en las excursiones a provincias, en qué vuestra compañia fué constante.

Todavía hubiese yo deseado que esto de hoy, en vez de ser una conferencia en el sentido vulgar de la palabra, fuese una conferencia en el sentido técnico, es decir, una conversación en la cual, yo, en vez de ocupar la tribuna, hubiese tomado una silla para estar en vuestro mismo plano y al lado vuestro y así, llanamente, sin aire de discurso, nos hubiésemos comunicado pensamientos y sentimientos, contándome vosotros lo que pensáis, cómo sentís vuestra misión escolar y la profesional del día de mañana, cómo concebís y cómo palpita en vosotros la idea de la patria y de su obra en el mundo, y yo os hubiese dicho cómo entiendo cada una de esas cosas; y así hubiésemos llegado a los más hondos problemas de la comprensión de la vida, tro-

cando la vibración de nuestros espíritus como una prenda de amistad, de cariño sólido entre nosotros.

Pero tampoco esto ha podido ser, por las condiciones apuradas de tiempo en que realizo mi visita a la Habana; si bien confío en que me será dable hacerlo algún día. Por el momento, contentémonos con esta forma de monólogo, en que espero, sin embargo, que vosotros me seguiréis, contestando interiormente con vuestro pensamiento a mi palabra, si es que ella puede sugeriros algo y producir en vosotros la colaboración ideal que apetece todo el que se dirige a un público.

He escogido como temas de este monólogo, algunos de los asuntos que creo han de interesar particularmente a muchos de los estudiantes. Realmente no hay asunto en la vida que no sea inagotable. Para las gentes que los ven de un modo superficial, que no penetran en su fondo, todos se agotan, por que se les acaba pronto la substancia y eso les produce la ilusión de que se les ha acabado también el problema; pero cuando no se ven así las cosas, a medida que vamos avanzando en edad, que vamos conociendo mejor la realidad en que vivimos, ella se ensancha y ahonda juntamente y presenta un caudal cada vez más rico de consideraciones y observaciones, que también en cada momento de la vida son de un modo diferente. Así ha podido decir muy bien don Juan Valera, hablando del

Fausto de Goethe, que ese poema tenía la cualidad de todos los grandes libros, que no dicen lo mismo a todos los lectores ni a todas las edades, sino que poseen un fondo tan grande de substancia, un capital tan inagotable de ideas, que dan para todas las edades y situaciones del espíritu. Así, digo, son todos los asuntos de la vida. Y hablando de esto, la asociación de ideas me lleva a unos momentos no muy lejanos de este mismo viaje que ahora termino en Cuba, en que tuve la sensación más honda de lo inagotable de la vida, ante el espectáculo más grandioso, más imponente, que me ha sido dado presenciar. Era en el Observatorio Astronómico de la Universidad de Córdoba (República Argentina) y en una noche tropical, en que contemplé, con la ayuda de los poderosos instrumentos científicos que allí se manejan, algunas de las maravillas de lo que llamamos Cielo; y entre ellas, se apoderó de mi alma especialmente la visión de una nebulosa, que constituía para mí una novedad y al propio tiempo una revelación. Figuraos uno de esos cuernos de la abundancia que suelen acompañar a ciertas estatuas clásicas y cuya boca o abertura mirase hacia el observador, mientras el vértice se hundiese en las profundidades del espacio; y aquella abertura, como un inmenso cráter de que brotasen, en cascada luminosa, miles y miles de estrellas que constituían, en lo más profundo a que llegaba

la vista, como una llamarada sin solución, la cual iba resolviéndose, a medida que se apartaba del foco, en chispas brillantes cada vez más individualizadas. Lo grandioso del espectáculo no estaba en la masa ni en la luz, sino en la perspectiva, que permitía a la vista hundirse en las profundidades de aquel cráter y concebir su continuación indefinida en el espacio, hundiéndose cada vez más en él, hasta un límite que sólo la imaginación pudiera adivinar. Entonces tuve como nunca la intuición de lo infinito y pensé que así tambien es honda y profunda la vida cuando se la puede mirar con ojos de telescopio; y que la función más alta de la Ciencia y del estudio están precisamente en alargarnos la inteligencia y aguzarla para que veamos todas las cosas tan inagotables y preñadas de contenido como aquella nebulosa de que os hablo.

Así el hablar de vuestros problemas, de vuestras ilusiones y de vuestras esperanzas, sería, para quien pudiera verlos en su entraña más íntima, inagotable e infinito, hasta donde, por aplicación retórica, puede aplicarse esta palabra a lo humano; pero aún dado el caso de que yo fuera capaz de ello, no podría, ni comprender en una conferencia todo lo que de interesante para vosotros ofrece la vida, ni agotar uno solo de los asuntos; y me limito a esbozar tres de ellos: uno que se refiere al estudiante como tal;

otro, al estudiante como inteligencia, y el tercero al estudiante en sus relaciones con el medio social. Hablaré brevemente de cada uno de estos puntos, diciendo de cada uno de ellos, o cosas que he visto, o cosas que he pensado.

Considerando el estudiante como tal, estimo que tiene ante sí dos cuestiones que principalmente le deben preocupar y atraer: de una parte, su interés propio e individual, su propia finalidad profesional y específica como estudiante; de otra parte, la Universidad o el Centro docente donde vive y del cual es un elemento fundamental. Sus fines particulares, en aquello que el estudiante debe ser para sí, le han preocupado y ha tratado de lograrlos, desde el momento en que se formó un cuerpo escolar propiamente dicho, es decir, mediante la asociación, mediante una labor cooperativa de todos los individuos ligados por el lazo ideal del interés común que persiguen y que origina, por sí solo, una persona social, superior a cada uno de los componentes. No es la asociación de estudiantes una forma moderna de vida universitaria o escolar; es una forma de vida que comienza cuando comienza tambien la Universidad, cuando empezaron a constituirse núcleos de jovenes que tenían una finalidad especial, la de estudiar, la de formar su espíritu para una dirección particular de la vida o del pensamien-

to, bajo la dirección de un hombre al que consideraban como maestro.

En aquellas primitivas Universidades de la Edad Media, — que se formaron como todos sabéis, no por iniciativa del Estado, ni por fundación de un particular, ni como instituciones que nacieran de golpe, con un organismo acabado provisto de su reglamento definitivo, sino sencillamente como un grupo espontáneo de estudiosos que se creaba alrededor de un Profesor de fama, — los estudiantes constituían ya una sociedad, que era la propiamente universitaria. Y como en aquellos centros de estudios superiores verdaderamente cosmopolitas, iban a aprender jóvenes de todas partes de Europa (me refiero ahora solamente a las Universidades del mundo cristiano), era natural que se formasen, por bajo de la agrupación común, asociaciones especiales de todos los procedentes de una misma patria; y en efecto, así fué, y era cosa de ver en la gloriosa Universidad de Bolonia, en la de París, en tantas otras de igual renombre, a los estudiantes agrupados en "naciones" como se decía, o sea, por grupos de compatriotas, que nombraban su jefe, que mantenían su solidaridad especial, que atendían a muchas de las necesidades de sus socios y en que, a su vez, cada uno de éstos se relacionaba y obligaba con el resto de los demás. Yo he podido ver en una de esas Universidades, en la de Bolonia (mejor

dicho, en su antiguo edificio, que hoy es Biblioteca Municipal) los muros y techos del patio, de la escalera y de las antiguas cátedras, decorados con los escudos de todos los jefes de "naciones" o sea de los grupos de estudiantes que de los distintos Estados de la Europa de entonces, iban allí a adquirir enseñanzas; y como entonces no era la clase media, como en muchos Estados modernos ocurre, la que única o principalmente concurría a la Universidad, sino que la nobleza y el clero también enviaba a sus jóvenes a las cátedras, ordinariamente se escogía por jefe a un estudiante de representación, que estampaba su escudo nobiliario de hidalgo o de superior categoría, al frente del signo de su agrupación nacional.

Pero estas primitivas asociaciones desaparecieron pronto; y desaparecieron, porque a medida que iban fundándose Universidades en las distintas naciones, los alumnos, sin necesidad de salir de su propio país, encontraban en él todas las excelencias de la enseñanza; y así fué disminuyendo, de día en día, aunque sin desaparecer por completo (hoy también existe), la concurrencia de estudiantes de idioma y patria distintos a una misma Universidad.

Vino, luego del período de brillantez de la vida universitaria, la decadencia de ella en todas partes; y ha sido preciso que llegara el siglo XIX, con el grandioso despertar de las

aspiraciones sociales, con la rectificación del sentido individualista que caracterizó el movimiento revolucionario del siglo XVIII, para que en la Universidad reviviese el antiguo ideal de asociación, fecundado por las nuevas direcciones de la vida. Así han nacido en nuestro tiempo los tipos diferentes de asociaciones escolares de que quiero hablaros de un modo rápido.

En primer lugar, hay la asociación escolar para fines científicos y educativos; es decir, que el estudiante no se contenta con trabajar en su cátedra, con preparar su programa para el examen, sino que tiene, además, sus aficiones intelectuales privativas y esas las cultiva en unión de los compañeros que participan de ellas; y así funda, por ejemplo, en las universidades inglesas, los clubs Shakespearianos o los que tienen por objeto la lectura y estudio de otros grandes escritores nacionales. En otras partes, en Alemania, en los Estados Unidos, etc., fundan análogamente los estudiantes clubs o asociaciones dedicados a cultivar ciertas ramas de la ciencia, o mantener y difundir el sentido y la representación de autores insignes que tienen significación particular en la historia intelectual de la patria, o en la del mundo entero.

En España se ha creado una forma exteriormente parecida a esas asociaciones, que ha durado muchísimos años y solía llevar el nombre de *academia;* pero las academias es-

colares españolas, diferían bastante en el fondo de esos clubs ingleses, alemanes, norte americanos, a que me he referido antes. Eran, sin duda, asociaciones de carácter científico y literario, que fundaban los estudiantes para discutir y especializar los puntos que les habían interesado más en el curso de su carrera; pero esas academias degeneraban inmediatamente en asambleas, en que se jugaba al parlamento y se ensayaban oradores para lo futuro; y los que a ellas acudían — lo digo porque he pertenecido a esas academias y he pecado lo mismo que los demás — íbamos casi siempre buscando, no la serena investigación de la verdad, no el concurso de nuestros compañeros para aclarar alguna cuestión, algún pensamiento que nos resultaba obscuro en la lectura de nuestros autores favoritos, sino, sencillamente, la ocasión de lucirnos, de hacer notar que hablábamos bien (o de figurarnos que hablábamos bien), y de vencer al contrario en la disputa a fuerza de ingenio y de desplantes retóricos. Esto tenía dos inconvenientes grandísimos: el primero era el de hablar en todas ocasiones y sacrificar el fondo a la forma, y el segundo, el de la inmoralidad que nace de convertir lo que se llama propiamente discusión, que es el cambio sereno, transigente, de opiniones y puntos de vista, en una lucha en la cual no queda más que la vanidad de vencer al contrario.

Por eso las academias escolares españolas

de este tipo, dicho sea en honor de la juventud que ha venido detrás de nosotros, han desaparecido de nuestras costumbres. Los jóvenes de hoy han comprendido que ese no era camino para ir a ninguna parte seria y que se hacía preciso, por el contrario, (dado que ellos reconocían como uno de los defectos de su raza o civilización, la facilidad y el abuso de la oratoria y el peligro de sacrificarlo todo a la brillantez de la palabra) reducir aquellas manifestaciones a formas sobrias, severas, de trabajo científico o literario especial, a parte de la Cátedra. A este nuevo tipo pertenecen, aunque su iniciativa ha partido de profesores, la Escuela práctica de estudios jurídicos y sociales de la Universidad de Oviedo y los Seminarios o Laboratorios, que en ella y en otras, sirven para formar la personalidad intelectual de los jóvenes que sienten la necesidad de tenerla.

También son tipos modernos los clubs y asociaciones que tienen por fin la educación física, de tan exhuberante desarrollo en las Universidades inglesas y Norte-americanas, hasta el punto de constituir en algunas de éstas una amenaza para los estudios, como lo he oído declarar a varios profesores. La atención de los alumnos, fuertemente atraída por los deportes y por las luchas de este género, se aparta de la labor intelectual o flojea en ella, incluso por falta de tiempo que dedicarle.

Pero no podía la actividad estudiantil dete-

nerse en sólo esos dos tipos de asociación, propiamente educativos, en lo físico y en lo intelectual. Era lógico que también surgiesen las relativas a los intereses y derechos de los estudiantes como clase. Esos derechos e intereses, podían ser desconocidos o mermados, y era natural que por ellos velasen quienes los poseen, constituyéndose en asociaciones de defensa, como los obreros han constituído las suyas. Y en efecto, esas asociaciones han surgido, algunas veces con exclusión de todo otro fin; otras, aliándose a fines científicos, literarios o de cualquiera de los géneros de que hablaré luego. Pero hay aquí un peligro del que quiero tratar con toda franqueza.

Creo que los estudiantes deben constituir asociaciones defensivas sobre la base de una clara, serena, imparcial conciencia de sus derechos; pero que, al propio tiempo, deben pensar en que los derechos especiales que tienen con respecto a la Universidad (y a todo el organismo técnico y administrativo de la enseñanza) los tienen a título de estudiantes y por tanto para la obra docente en que como tales colaboran, para recabar en ella por ella y a beneficio de ella, todas las condiciones favorables, de modo que el designio, el propósito que la guía, se logre en todo lo que puede depender de la acción misma del alumno y de los medios que se le dan para que la realice. Es por tanto, una tabla de derechos que abraza desde el res-

peto más delicado a la dignidad humana del estudiante, hasta la obtención de medios y condiciones para que la enseñanza a que aquél aspira, sea una realidad y no una ficción. Y en esa determinación de derechos, elevada en cuanto al propósito, precisa en cuanto a los detalles, el estudiante no debe perder de vista el principio jurídico que se impone a toda vida racional, esto es, que a medida que el hombre va adelantando en el campo de su propio derecho, va haciéndose consciente de él y logrando de la sociedad el respeto y la consideración de su propia esfera jurídica, va aumentando también en deberes, porque es condición de la vida que las responsabilidades crezcan a medida que crece la personalidad. Por eso, los estudiantes, al constituir esas asociaciones de defensa y solidaridad a que me refiero, y al servirse de ellas, han de procurar no utilizarlas de modo que vengan a contradecir la misma función educativa de que provienen; y digo esto, porque soy profesor español y como tal he podido ver en muchas Universidades de mi país (también en otros ocurren estas cosas), aunque no, afortunadamente, en la de Oviedo, cómo el espíritu de solidaridad entre los estudiantes se usaba, a veces, para una cosa que no puede ser más contradictoria con la misión que a los estudiantes corresponde: para pedir o apoyar que se adelante el día de las vacaciones. He visto eso, y he obtenido por

respuesta, cuando preguntaba a los buenos alumnos, a los estudiosos, por qué se unían a la masa holgazana, que lo hacían "por espíritu de compañerismo": contestación que siempre hubo de producirme la más honda tristeza, porque me recordaba ese otro compañerismo de "cuerpo" o de "clase" que he censurado siempre porque, en virtud de él, cuando se descubre que algún compañero ha cometido alguna acción deshonrosa, en vez de lanzarlo afuera, repudiando toda concomitancia, se le cubre y defiende para que no sufra la colectividad, como si, en rigor, ésta no se hiciera responsable con el silencio o la complicidad de la ocultación y no quedara, por el contrario, libre de toda culpa, con el castigo de quien no merece pertenecer a ella.

Ahora sí; lo mismo que os digo esto de las vacaciones, os diré otra cosa, porque soy sincero y no me duelen prendas; os diré que, muchas veces, la culpa de esos descansos anticipados o injustificados, así como de que los estudiantes no sientan deseos de ir a la Universidad y no le cobren amor, no está en ellos, está en nosotros, en el profesorado: o porque no desempeñamos nuestra función con el fervor que ésta requiere para ser amable, o porque no hemos acertado con la forma de hacerla atractiva y de despertar las vocaciones.

Así, en esta cuestión, los deberes son recíprocos. Deberes de nuestra parte, como profesores, para hacer que améis la catédra y la

enseñanza; deberes vuestros de corresponder, cuando advertís un esfuerzo sincero en el profesor, prestándoos a recibirlo y utilizarlo con un interés simpático y una colaboración activa, no sólo porque así os pertenece conduciros por vuestra misma condición, sino, también, porque quien amorosamente se entrega a la enseñanza, si no ve correspondidos sus afanes concluye por desmayar en la honda tristeza que produce ver que, no obstante su labor entusiasta, el estudiante muestra a cada paso deseo de abandonar la cátedra y de salir pronto de los estudios. En cambio, cuando he visto al cuerpo escolar, o a un grupo de él, agitarse y aún sublevarse (también en España ha habido casos) por recabar la obtención de mayores medios de trabajo (material, laboratorios, clínicas, etc.), o, como en Polonia, para defender el uso del idioma patrio en los centros docentes, ofreciendo en holocausto a ese fundamental signo de raza, la vida misma, mi espíritu se ha levantado gozoso por tan gallarda idealidad, y he dicho: "esos son mis estudiantes, los que yo quisiera siempre para mi patria."

Examinemos ahora una tercera forma de asociación, el de las cooperativas. Han nacido éstas, como era lógico, en las grandes capitales, donde se aglomera un número considerable de estudiantes que no tienen su familia en la localidad y cuyo primer problema es el alojamiento. Muchas veces he pensado en lo

que significa, para un muchacho de las provincias españolas que ha de estudiar en Madrid, el hecho de abandonar su familia, de perder la tutela y el cuidado solícito y amoroso de los padres, y de lanzarse en el torbellino de la vida madrileña, para trabajar en una Universidad, o en otro centro docente, pongamos el caso mejor, con gran deseo de ser hombre de provecho, de ser, incluso, un profesional de primera fila, y el cual, si durante unas horas (demasiado breves en nuestro régimen universitario) se halla en contacto con poderosas intelectualidades de quienes recibe un influjo edificante y enaltecedor, pasa el resto del día en la *educadora* sociedad de una patrona de huéspedes que suele no saber escribir ni su firma y cuyo *entourage* es por el estilo. Considerad conmigo lo que supone colocar a un joven en estos medios, inferiores al suyo, deprimentes, que solicitan su cerebro y su voluntad en sentido contrario al que la Universidad representa, y convendréis en la importancia que este asunto tiene, en la necesidad que hay de substituir ese sistema nuestro de las casas de huéspedes (y cualquier otro análogo), por otro semejante al de los antiguos colegios, al "tutorial" inglés; por algo, en fin, que salve a los jóvenes de los peligros actuales, colocándolo en un medio homogéneo con el tono ideal de la Universidad, en el cual siguiese el alumno haciendo su vida de familia, con toda la liber-

tad que la propia formación requiere, pero dentro de una atmósfera de cortesía, de decoro, de vida social elevada que tire de él hacia arriba, que le ayude a subir en educación social, a mantener vivos sus entusiasmos de estudiante, o hacerle comprender la grave responsabilidad de la conducta y de la vida (1), sin los espionajes y medidas policiacas que algunos hombres, ignorantes de toda pedagogía y cristalizados en los sistemas penales de otros tiempos, creen ser única manera de educar gentes.

Dado, pues, lo substancial de esa necesidad, se comprende que los estudiantes de algunos grandes centros de población, ya que no pudieron resolverla en la forma apetecible, hayan procurado, mediante la cooperación, llenar los vacíos, remediar las deficiencias de la vida en la casa de huéspedes o en el hotel, donde faltan comodidades, trato social, ambiente animador, y al mismo tiempo, procurarse ciertas ventajas como la asistencia médica, la jurídica, el mutuo auxilio, todas las cosas, en fin, que puede procurar la cooperación entre los hombres. Así han nacido, pues,

(1) Esta aspiración, que por primera vez formulé en 1888 (en un artículo que publiqué en el diario de Madrid *La Justicia*) y que, por otra parte, es común a todos los que se preocupan por la educación de la juventud, ha venido a realizarse en España mediante la Residencia de estudiantes creada por la Junta para ampliación de estudios, de Madrid, y reglamentada por un R. D. de 6 de Mayo de 1910. La Residencia ha tenido un éxito verdaderamente extraordinario.

esas cooperativas a que me refiero, como la de la Asociación general de estudiantes en París, que cuenta con vivienda social, biblioteca, sala de revistas y conferencias, asistencia médica, consulta jurídica, lista de establecimientos comerciales que ofrecen rebajas en sus artículos, etc., y que ha abordado también el sistema de clubs con habitaciones propias. Este sistema lo ha ensayado también alguna Universidad, como la de Burdeos, fundadora de un internado de tipo completamente moderno, en el que se ceden a los estudiantes habitaciones modestas pero con todas las comodidades y requisitos de higiene, dentro de la Universidad misma y con las garantías educadoras que ésta puede prestar.

Por último, hay otro tipo de institución de ese género, que viene a ser como una rectificación de las antiguas asociaciones "nacionales" a que antes hube de referirme. Aquel curioso fenómeno que nos presentaban las Universidades famosas en la Edad Media, a las cuales acudían estudiantes de todas las naciones, se repite hoy, porque los jóvenes que quieren verdaderamente trabajar y los pueblos que desean tener una juventud educada, buscan los centros y los profesores que más garantías les ofrecen, dentro o fuera de su país; y así, en Suiza como en Alemania, en Francia como en Inglaterra, en Italia, en los Estados Unidos, o en ciertos laboratorios y cátedras de España, podemos encontrar es-

tudiantes de todos los países del mundo, o de muchos de ellos. La comunicación entre esos estudiantes, la misma convivencia en un centro, en un medio intelectual, crean lazos de compañerismo y de afecto que van borrando recelos y diferencias, van apartando de la idea (que aún permanece en muchos cerebros como extracto de la mentalidad antigua) que ve en el extranjero un enemigo o un hombre que no es nuestro hermano, cambiándola en la de considerar a todos como *hombres,* cualquiera que sea el sitio donde han nacido, el idioma que hablen, las creencias religiosas que tengan, ligados por las mismas necesidades esenciales y por la común aspiración a cumplirlas con el auxilio de todos. De aquí esos clubs o Asociaciones internacionales de estudiantes, nacidos en Universidades donde es grande y variado el número de los extranjeros, y que, aparte el soplo de fraternidad que los vivifica, sirven para que sea más intensa e inmediata la influencia del tipo de cultura de cada cual en el de los demás, realizando la obra humana de conocerse, estudiarse y cooperar en el deber común de civilización.

Al lado de todos estos tipos de asociación y de otros muy concretos y especiales que pueden apuntarse, aparece el de la asociación integral que diríamos, es decir, aquella que reúne en un solo cuerpo a todos los estudiantes de una localidad o de una región, y lleva de frente todos los fines que ellos, como tales

estudiantes y como hombres, pueden perseguir mientras dure su vida universitaria. Esta debe ser la aspiración en materia de asociaciones escolares, puesto que mediante el tipo integral a que ahora me refiero, se consiguen, por de pronto, dos finalidades importantes: una de ellas corresponde a lo que ya dije (me parece que aquí mismo, en otra conferencia) con relación a los profesores, y es el apartamiento en que nos coloca este sistema de Facultades aisladas y sin comunicación en que ordinariamente vivimos dentro de un cuerpo al que suponemos unidad orgánica; apartamiento e incomunicación que a veces produce el desvío o la estimación errónea de que cada uno, en nuestro círculo, somos los poseedores de la ciencia más alta y más digna de ser considerada, y por tanto, que podemos mirar, como quien dice, por encima del hombro, a los demás, porque ellos estudian y saben cosas de menos importancia o dificultad que la nuestra y en todo caso, ajenas a ella, como si la realidad estuviese partida en trozos sin ningún enlace ni solidaridad entre sí. Este régimen, disociador de elementos afines que se necesitan mútuamente, ha causado y causa muchos daños allá donde ha influído con vigor; y ha sido preciso que sobrevinieran grandes momentos en la vida universitaria, grandes crisis de ella, para que todos los que, al fin y al cabo, no eran sino compañeros en una labor común, comprendiesen que tenían intereses

comunes y que debían trabajar conjuntamente, sin recelos, ni choques, ni suspicacias de Facultad a Facultad. Y eso que ha pasado y pasa con los profesores, pasa igualmente con los alumnos. Los de diferentes Facultades, suelen mirarse con desvío, a veces con hostilidad, y corren entre ellos las mismas leyendas y errores que han apartado y enemistado a las naciones, mucho más cuando han sido vecinas. El vecino, ya se sabe, reúne todos los defectos, los que vemos en él y los que nos figuramos por simple disposición malévola; y el vecino nos paga del mismo modo. Pues algo así ocurre con las Facultades, repito. Los estudiantes de cada una suelen ver con recelo a los de otras, y yo he podido incluso observar cómo, a veces, sólo por haber iniciado un movimiento, v. gr., la Facultad de Derecho, se ponía en frente la de Medicina, y viceversa; y esto aún en cosas que a todas importaban igualmente.

Pues bien, esas prevenciones se acaban desde el momento que las gentes se tratan y conocen.

Me permitiréis, a este propósito, que os hable de mí y os diga, como un ejemplo sugestivo, un argumento personal, que yo tengo, por lo común, entre la gente que no me conoce y que sólo me ve en la calle, opinión de ser un hombre serio, no en el sentido bueno de la palabra (en ese, creo que lo soy), sino en algo así como de mal genio, difícil de abor-

dar y poco suave en el trato; y es que yo, efectivamente, cuando voy por la calle y voy solo, camino preocupado, es decir, ocupado el espíritu en algo que no es el espectáculo de la calle misma, viajando mi espíritu por el campo de las cuestiones que de momento le interesan, y eso trae a mi fisonomía, por influencia de algo orgánico, fisiológico, que ignoro, cierta rigidez exterior que debe ser constitucional en mí, porque la observo en otras manifestaciones; y, sin embargo, en el trato social, no creo que sea esa la impresión que de mí emane, antes bien, me considero como un hombre dulce, cuya aspiración mayor en la vida consiste en dejar en los demás la idea de que ha procurado servirles y la impresión de que los ha tratado con amabilidad. Pues esto mismo ocurre a cada paso en la vida. Vamos por la calle acompañados, pasa un señor que nos saluda, y a veces, nuestro acompañante dice: — "¿Quién es ese? ¡Qué cara de pedante tiene!" Y resulta todo lo contrario, que es un señor modesto y sencillo. La primera impresión engañó al que con tanta prisa juzgaba; y si las dos personas no llegasen a encontrarse y relacionarse nunca, es casi seguro que, no obstante nuestra rectificación, el prejuicio perduraría hasta formar en la opinión del que lo padece una característica de la persona calificada. Esos prejuicios, repito, no se deshacen más que por el trato, por la comunicación entre los hombres. Y ese es el pri-

mer efecto bueno de las asociaciones generales de estudiantes.

El otro efecto, (la otra finalidad a que antes me hube de referir) es el de que las relaciones que se forman en la época de la vida estudiantil, las amistades que nacen en las aulas, que se acrecientan y arraigan todos los días con la labor común, con los servicios prestados mútuamente, con el cambio de aspiraciones y de orientaciones ideales, con la lectura de libros en compañía, con los comentarios después de haber contemplado u oído juntos una gran obra de plástica o de literatura, con todas esas cosas que forman la vida de la juventud en su ingreso anheloso y atormentado por la puerta de la realidad llena de novedades y sorpresas, con ese ambiente común de poesía y encanto que pinta a nuestros ojos como más hermosa que ninguna otra esa edad de los hombres, tales amistades digo, desarrolladas en una atmósfera de recuerdos amables que en lo futuro nos acompañarán y nos endulzarán el vivir, perduren siempre, flotando sobre todas las diferencias que después han de separar a los que han sido compañeros en las aulas. Ejemplos de que así es, muchas veces, los he visto incluso en la vida política — una de las cosas que más dividen a los hombres — en que los que luchan frente a frente en el Parlamento y aún en los campos de batalla, si han sido compañeros de estudios y pueden evocar juntos la edad de los

veinte años, han saltado por encima de todo y se han hecho favores, antes que a sus respectivos correligionarios. Y como he visto que deja un sedimento de amor y fraternidad la convivencia en las aulas universitarias, y considero que aún ha de ser mayor y de más grande eficacia si se la fomenta mediante la comunicación entre los jóvenes en todos los momentos posibles de su actividad de estudiantes, considero que éste es uno de los medios más eficaces para que, en lo futuro y mediante la influencia de los educados en esa sociabilidad fraternal con sus compañeros, cuando dejen de ser estudiantes para ser ciudadanos y profesionales, se dulcifiquen y humanicen las luchas entre los hombres y el fondo de cordialidad creado en una y otra generación, día tras día, venga muchas veces a impedir que se resuelvan violentamente conflictos que quizá pueden resolverse con una palabra de amor y un rasgo de nobleza de alma.

Esa asociación a que vengo refiriéndome no ha de ser sólo "integral" porque comprenda en sí a todos los estudiantes universitarios, sino también por abrazar todas las direcciones fundamentales de la vida estudiantil. Bien comprendo que esto no puede realizarse inmediatamente, y, tal vez, que tampoco fructifique la primer tentativa para lograrlo, entre otras cosas porque muchos de los fines que había de realizar la asociación, necesitan me-

dios materiales considerables para ser cumplidos. La vivienda social, la Casa de estudiantes, ya es de por sí un problema económico, y lo son igualmente el servicio médico, el restaurant cooperativo, la biblioteca y otras muchas cosas de igual entidad. Las dificultades que ofrecen — o por mejor decir, las prevenciones de medios y de método a que obliga su planteamiento — no pueden ser, sin embargo, obstáculo a que se conciba y fundamente la asociación integral como la más propicia a las necesidades estudiantiles. Y diré más aún. Diré que si queréis que sea un hecho, lo será. Creo firmemente — y lo creo porque la vida me lo ha demostrado con repetición — que cuando se quiere real y verdaderamente una cosa, cuando la idea de ella, de su realización, llega en nuestro espíritu a ser una idea-fuerza, alcanza el poder de forzar la realidad misma, de obligarla a que se pliegue a nuestro deseo, hasta conseguir que aquellas cosas que están dentro de lo posible humano (claro es) se conviertan en hechos efectivos. Y esto que yo he comprobado en mi vida propia, lo he visto también en la vida de otros hombres. Y si esto es verdad en tesis general ¿cómo no ha de serlo, más aún, en aquella época de la existencia en que las energías sobran, en que el entusiasmo es desbordante, en que nos creemos capaces de dominar el mundo entero, en que el sentimiento de la individualidad es tan robusto que llega hasta el

desprecio de los demás? Ese sentimiento es fuente de energía, porque representa la confianza en uno mismo, la creencia en su poder de acción y ha sido siempre, por esto mismo, origen de grandes acciones en la Historia.

Ahora, bien, afortunadamente, lo que yo os propongo como modelo, se va ya realizando en muchas partes. Aquí mismo, existe la Asociación General de Estudiantes, la Federación de todas las sociedades particulares de este género, que colaboran en fines comunes a la clase estudiantil, a la vez que cada una labora en las cuestiones peculiares, v. gr., la redacción de notas de cátedra que realiza la de Estudiantes de Derecho, o se preocupa de obras que salen de la vida universitaria y significan la irradiación del espíritu del estudiante hacia las necesidades generales de la nación, v. gr., la cultura de las clases obreras. Esto me lleva a considerar otro aspecto de la cuestión, que ya apuntaba al deciros que el estudiante no sólo debe asociarse para sus fines propios, sino que debe pensar igualmente en la Universidad a que pertenece y que necesita otras cosas sobre las que, de un modo personal, importan a sus alumnos.

Claro que dentro de cada una de las asociaciones para fines particulares de los estudiantes, el cultivo de aquellos que dicen relación a los fines propiamente universitarios, es ya una colaboración en la obra de la Universidad. Pero hay otras direcciones de esa cola-

boración a que quiero referirme ahora y que producen nuevas formas de asociación estudiantil. Terminada su carrera, el joven, con el título logrado, sale de la Universidad. ¿Qué ocurre después, ordinariamente? Que el estudiante no vuelve a ella, ni con ella mantiene relaciones, ni se considera ligado a ella más que por el recuerdo, no siempre grato, de los años de estudios, que el tiempo debilita cada vez más. Pero la vida moderna presenta ya rectificaciones a ese rompimiento brusco entre el estudiante y el centro en que se ha formado su espíritu. Esas rectificaciones están representadas por las Asociaciones de antiguos alumnos de la Universidad, formadas, no sólo para continuar las relaciones sociales entre los compañeros de promoción o entre todos los graduados de una misma Universidad, sino para sostener el interés, el amor de todos por aquélla y ayudarla lo posible mediante el trabajo y la iniciativa de todos.

Probablemente, esas asociaciones han nacido, antes que en ninguna otra parte, en Francia, donde los alumnos de algunas Escuelas y Universidades tienen costumbre de reunirse una o dos veces al año, para comer juntos, cambiar impresiones y robustecer los lazos de compañerismo; pero, limitadas a lo dicho, no son estas las asociaciones a que me refiero. Que las gentes que han tenido un período de vida común traten de recordarlo siempre y de perpetuar

el lazo amistoso entonces establecido, es natural, pero no representa beneficio alguno para el centro docente de que provienen. Las asociaciones de que yo quiero hablaros son aquellas que, aparte cultivar el trato entre los compañeros, atienden a las necesidades y al prestigio de la casa en que se educaron sus socios, para aprovechar todas las ocasiones en que puedan serle útiles, contribuir a mantener su prestigio e influencia o a mejorar sus funciones y medios, ya en forma de donativo material, ya de cooperación intelectual, o en la que significa atender a los nuevos graduados que van saliendo de la Universidad, facilitándoles su colocación y progreso en la vida: con lo que juntamente sirven a los compañeros y al centro cuyo sentido ideal y cuyas orientaciones profesionales todos representan.

De estas asociaciones ya se han constituído algunas en España, v., gr., la de Antiguos alumnos de la Institución libre de enseñanza (Madrid). Esos Antiguos alumnos se reúnen todas las semanas en la misma casa de la Institución, para hablar de los fines de ésta así como de los de su corporación, y ayudan a la realización de aquéllos, ya directamente, ya creando instituciones complementarias que vienen a ampliar la esfera de acción de la Institución madre, v. gr., las Colonias escolares, para niños pobres de Madrid. Asociaciones análogas existen en la Universidad

de Granada y en la de Oviedo. Esta última tiene como fin especial el de reunir fondos para instituir premios con destino a estudiantes aprovechados, pensiones de estudios en el extranjero, y cuanto pueda contribuir al engrandecimiento de la obra educativa de la Universidad.

Poco a poco van difundiéndose estas asociaciones por el mundo entero (probablemente, donde son más robustas y ligadas a la Universidad respectiva es en los Estados Unidos), y la utilidad que pueden representar (la comprendéis perfectamente todos vosotros) es, al propio tiempo, social y afectiva, de cooperación honda y eficaz para la obra de educación nacional que las Universidades cumplen, y también para que vaya formándose, donde no existe, aquella solidaridad y compenetración indispensables entre los centros docentes de un país y el país mismo. Cuando la masa social es indiferente a la obra educativa, ésta se aisla en su torre de marfil (más frecuentemente, de barro) y el esfuerzo que se hace dentro de los establecimientos de enseñanza, por muy grande que sea, se pierde en una proporción considerable. Si, por el contrario, la masa social, la opinión pública, atiende a la obra educativa universitaria, se interesa por ella y le presta su concurso, entonces, compenetrados ambos elementos, el profesional y el que representa la sociedad entera, la Univer-

sidad adquiere una vida robusta, se convierte en algo nacional, que todos miran como propio. Uno de los secretos de la gran prosperidad de algunas Universidades norteamericanas, está en esa compenetración, y en el concurso fervoroso y constante de sus antiguos alumnos que, lejos de olvidar la casa de donde proceden, se preocupan de hacerla cada día más rica y más grande, para que cumpla mejor su misión pedagógica y científica.

El segundo punto que deseaba tratar hoy se refiere al estudiante considerado como intelectual, como profesional de una labor que lleva esa característica.

Ordinariamente, el estudiante de hoy, como hombre de su tiempo, aspira a formar su espíritu en un ambiente completo de libertad, o sea, quiere tener personalidad independiente. Representa, con esto, una de las manifestaciones de la reacción moderna contra el dogmatismo, contra la imposición de doctrina hecha, frente a la cual ha nacido en todos nosotros el anhelo, la necesidad de tener opinión propia, de no pensar por cuenta ajena, de no ser meros receptáculos del saber de los demás. Esta aspiración debemos lograrla del modo más radical que nos sea posible; pero conviene, también, que acla-

remos su concepto y nos entendamos respecto de su alcance. Libertar el espíritu para que forme "ciencia propia" no es, como muchas veces se pretende, colocarse precisamente en la posición doctrinal contraria a la que tiene el maestro o a la que representa la tradición científica; no es convertirnos en *rojos* por la sola razón de que la mayoría haya sido *blanca* hasta ahora; no es oponer un credo cristalizado a otro credo, descansando en la superficial satisfacción de que el nuestro se llame avanzado o progresivo mientras el ajeno lo calificamos de viejo y retrógrado. La verdadera libertad del espíritu consiste, por el contrario, en cortarle toda ligadura que lo ciña perdurablemente a un dogmatismo rígido; en tenerle abierto a todos los vientos del pensar, pronto a todas las rectificaciones, ajeno a todos los prejuicios, incluso el que puede venir de una doctrina científica cuando ésta no es más que una hipótesis, y en colocarnos siempre en aquella posición crítica merced a la cual no hemos de decidirnos sino en virtud de razones, de pruebas, de hechos, ni hemos de inclinarnos a determinada concepción por odio o antipatía a otra cualquiera. Y en este sentido, el que se ha desligado, v., gr., por propio convencimiento, de una doctrina, de una filosofía, de una creencia que le trasmitieron en la niñez o en la juventud, no es libre por el mero

hecho de haberlos repudiado en conciencia, ni lo será hasta que adquiera la fuerza espiritual bastante, la personalidad mental suficiente, para no caer en un nuevo dogmatismo, tan ahogador como el primero.

Por eso la tendencia que debe guiar constantemente en la educación de la juventud, y la que debe apetecer el estudiante, el alumno de una Universidad, ha de ser aquella en virtud de la cual la exposición científica, en lo que no es verdad absolutamente averiguada y consentida por todos, se haga siempre con toda sinceridad, con honradez intelectual, dando, al lado de la doctrina propia, la contraria, con todos sus argumentos y pruebas, para que en presencia de estos y de los otros, forme el alumno convicción propia y pueda decidirse mediante una apreciación personal, del pro y contra de las varias opiniones. Cuando no se hace así la enseñanza; cuando en la explicación de una parte cualquiera de la ciencia, o de un problema determinado, cuidamos tan solo de poner en relieve nuestra doctrina y dejamos en sombra la ajena — como hartas veces vemos, por ejemplo, en libros de historia de la filosofía o de polémica filosófica, condensar toda la substancia y toda la significación de un sistema que ha tenido gran influencia en el mundo, en un solo renglón, diciendo de él v., gr., únicamente, que "conduce al panteísmo", — cuando esto se hace,

no se cumple con el deber de conciencia que todo profesor tiene para con el alumno y éste hará bien en protestar de ello y en pedir que se le ponga en presencia de la realidad, de la doctrina ajena que se combate, para que su espíritu, conociendo íntegramente las cosas, pueda juzgar libremente de ellas.

Por último, quería también hablaros del estudiante como «hombre», como factor de la vida social. Y en esto, voy a referirme a lo que se llama actualmente el sentido social de la labor intelectiva.

Hay, amigos míos, varias maneras de usar de la inteligencia, varios modos de practicar la profesión. Una de ellas es la común y corriente: se trabaja por necesidad, porque hay que trabajar de algún modo, porque sólo así se pueden satisfacer las necesidades económicas de la vida y, en la mejor hipótesis, se trabaja honradamente, lealmente, cumpliendo el servicio que nos pide la sociedad y recibiendo el pago de él, sin otra preocupación que la de merecer de las gentes el juicio de ser exactos cumplidores del contrato que celebran con nosotros dentro de nuestra profesión. Los que viven así, producen sin duda una utilidad importante, la que se refiere a la realización de eso que se llama la cooperación latente, en virtud de la cual, trabajando cada uno de nosotros honradamente en nuestra esfera, aseguramos la posibilidad de que los demás trabajen también en la suya,

de la cual necesitamos tanto como los demás necesitan de la nuestra.

Otra forma, usual y corriente como la anterior, es aquella en que se hace servir la profesión al enaltecimiento personal y no se la emplea sino en la medida y en la forma que mejor puedan proveer a levantar y poner en relieve el sujeto, para que las gentes se fijen en él y para adquirir fama, nombradía, una personalidad superior a todas las otras: fin único al que aplica el sujeto toda su fuerza intelectual. Cuando se ven así las cosas; cuando así orientamos las manifestaciones de nuestra actividad espiritual; cuando escribimos libros, pronunciamos discursos, damos conferencias, ante todo y sobre todo por lo que puedan traernos de provecho, para enaltecer nuestra personalidad, entonces nos convertimos en ese género de hombres vanidosos que ha habido en todas las épocas, pero que muchos auscultadores de la psicología social estiman ser hoy más numerosos que nunca, esos hombres que, por ejemplo, no hablan en público sino cuando tienen un auditorio muy numeroso, o cuando se reúnen circunstancias especiales que pueden dar particular esplendor a sus palabras; esos hombres que serían incapaces de realizar aquella empresa altruista tan interesante, tan simpática por lo modesta y sincera, de la Universidad de Bellevue en París, aquella Universidad popular creada por estudiantes para la educación de las clases obreras.

Vale la pena que os cuente, por que es oportuna, la historia de su nacimiento. Un grupo reducido de estudiantes, muy escasos de medios económicos, alquiló una planta baja en el centro del barrio obrero de Bellevue; distribuyó en ella algunas sillas, varios quinqués de petróleo, una mesa; anunció por medio de carteles la inaguración de las conferencias, y esperó a que el público llegase. Sonó la hora, pero el público no se presentaba. Al cabo, asomó por la puerta un obrero, entró y se sentó en una de las sillas; minutos después entró otro, con gran satisfacción de los estudiantes que ya podían contar en plural; al fin entró un tercero y fué el último. Los fundadores de la Universidad popular se miraron unos a otros y se dijeron: — «¿Qué hacemos?» Entonces el más entusiasta, el más lleno de ideal, contestó: — «Dar la conferencia». Y la conferencia fué dada ante los tres obreros, con el mismo ardor, con la misma fé que si hubiera estado llena la sala. Al cabo de muy pocos meses, no sólo estaba llena la sala, sino que era preciso alquilar otra mayor; y esto fué por que aquellos hombres no habían sacrificado la obra social a la vanidad personal, si no que habían antepuesto aquélla, habían creído en su eficacia, y el éxito premió su abnegación y su fé.

Hay que ser como los de Bellevue; no como aquellos otros que, si se les solicita para hablar, contestan: — «No me gusta prodigar-

me, por que se gasta uno. Me han oído tantas veces que acabarán por no conceder valor a mis palabras". No; cuando cree uno que puede prestar un servicio a los demás con su labor, no debe pensar en agotamientos ni en desgastes de la personalidad. Sólo cuando se lleva por delante la idea de que lo principal o lo único atendible es "hacer buen papel"; que salga todo el mundo, después de oirnos, diciendo: — "¡Qué palabra más vibrante y correcta, qué inteligencia más poderosa, qué brillantez tan extraordinaria!", entonces cabe el pensamiento de que todo eso se use y se amortigüe. Pero cuando lo que importa no es el público que viene por curiosidad y tras el espectáculo, sino el que llega movido por amor al estudio, por impulso hacia el ideal, lo que interesa es decir cosas, seriamente, sencillamente, y no de un modo que halague a los oídos como los gorgeos y fermatas de una tiple en una ópera del viejo repertorio.

Esos hombres a quienes vengo refiriéndome, y que constituyen un peligro en la educación de la juventud, son también los que juegan con las ideas por que creen que las ideas son para jugar, para hacer con ellas cubileteos, para presentarlas y combinarlas de modo que resulten siempre de gran novedad y los oyentes digan que quien las expresa es un sujeto de originalidad inagotable, a quien se le ocurren cosas que hasta entonces

estuvieron ocultas al resto de los mortales. Seguir a esos hombres, es apartarse de la sana educación del espíritu, dentro de la cual lo que importa sobre todo es buscar serenamente la verdad y predicarla, aunque tenga apariencia modesta, aunque no sea "nueva", aunque no resulte del juego, de la paradoja, del choque artificial de ideas que nada importa al propósito científico. Esos hombres, en fin, no pueden dejar jamás una obra sólida, una obra firme de orden intelectual; en primer término, porque la misma esfera científica o artística en que trabajan, peligra en sus manos contínuamente, ya que cuando ellos vean que la declaración sencilla y sincera de la verdad, o el reconocimiento de una belleza pueden dañar al fin personalísimo que persiguen en la vida, los ocultarán, trocándolos por cualquier otra cosa que les convenga de momento. Ese espíritu estrecho, egoísta, ese prurito de reducirlo todo a la glorificación propia, es uno de los más graves peligros para la juventud, por que prende fácilmente en su ánimo, dado que la gloria es amable, se apetece más en los años juveniles y arrastra con mayor ímpetu a quien todo puede esperarlo aún de la vida, que a quien la ha recorrido ya en su mayor parte. Por eso es indispensable orientar a los jóvenes en un sentido de vida conforme al cual entiendan que el trabajo que a cada cual corresponde en su esfera profesional, no deben hacerlo pensando sólo en sí pro-

pios, si no también en los demás, es decir, en la utilidad social de la acción, en lo que ella sirve para los fines humanos y en el papel que dentro de la obra general le corresponde. Así, no es sólo censurable la actitud de aquellos ególatras de que antes os hablaba, pero también la de los que estudian y trabajan como edonistas, es decir, tan sólo por el placer que experimentan en el estudio. Yo estudio v. gr. filosofía, porque me interesa, porque me divierte, porque atrae mi espíritu. Bien. Pero ¿qué aplicación daré a los conocimientos adquiridos? ¿Qué finalidad representan en mi vida? ¿Los adquiero sólo porque son un placer para mí, que en mí queda, del que no hago participar a los demás, que no reflejo en nadie, sino que lo encierro en mi espíritu como un avaro su tesoro? Entonces, no cumplo con mi deber social. He sido un egoísta. He cultivado un estudio porque me divertía, porque gozaba con él, como podría divertirme encerrándome en mi casa para beber cerveza o cognac en busca de un estado agradable. Pero ese no es el sentido noble y justo del saber, aquel en virtud del cual nos sentimos solidarios con el mundo entero y responsables ante él de lo que poseemos, estimando que, así como nuestra personalidad no hubiera podido llegar a formarse y a robustecerse sin el concurso de miles de inteligencias que han influído y colaborado de un modo directo o indirecto en

nuestra educación, así estamos en la obligación de devolver a la colectividad algo de lo que de ella hemos tomado, después de reelaborarlo en nuestra propia inteligencia.

Tal es el sentido conforme al cual quisiera yo ver educada y dirigida la juventud, señalándole su posición de deudora respecto del mundo en que ha nacido y se ha formado, haciéndole entender que la convivencia y la cooperación social no son sólo para aquellas cosas económicas, políticas o religiosas de la vida que por su generalidad y necesidad a todos se imponen — y aun en ellas hay numerosos egoístas — sino para todo, y que la mayor parte de las veces, el servicio que podemos hacer al prójimo es muy modesto, aunque muy útil, el servicio de comunicarle nuestro saber de las cosas científicas o corrientes, el de animarle con nuestros sentimientos afectuosos, el de considerarle con nuestra cortesía dejando en su memoria un recuerdo grato, que todo ello es preciso para la vida. Y puesto que así son las cosas, y con la mayoría de los hombres no podemos ser buenos más que en esas formas sencillas de sociabilidad, sería estrechez de espíritu y pobreza de concepción de vida negarnos a la franca comunicación de nuestro saber — que ni siquiera nos empobrece lo más mínimo, antes bien, es donación de que suele recibir accesiones de experiencia quien la hace, — único modo, también, de que la obra común

de la cultura se salve, crezca y aumente mediante el concurso de todas las voluntades; y no de otro modo se ha hecho la civilización humana.

Otras muchas cosas quisiera deciros, pero ya no es posible. Por lo menos, yo deseaba que de estos momentos de comunicación espiritual con vosotros, emanasen dos cosas: un grupo de noticias, de "informes", que sirvan para la continuación y desarrollo de la asociación estudiantil que habéis iniciado, y una serie de apreciaciones mías respecto de la manera como debéis orientar vuestra inteligencia y vuestra vida profesional para ser lo que sería apetecible que los hombres fuesen siempre: un verdadero instrumento de civilización y de obra social en el mundo; abejas que concurran con sus hermanas a la elaboración de la miel de la vida, que es amor, que es trabajo en común, que es ayuda entre los hombres todos; no zánganos que roben la parte de esa miel que corresponde a otros, creyendo, orgullosa o socarronamente, que todo les es debido y que la humanidad entera ha de ser esclava de sus deseos, de sus altanerías o de su pereza.

Ese espíritu es el que he procurado infundir en mis alumnos, en los estudiantes de la Universidad de Oviedo, y seguro estoy de que en el alma generosa de los cubanos existe ya, latente, ese mismo sentido; con lo cual, a poco que reflexionen sobre mis palabras,

que midan lo que ese modo de proceder significa para su vida individual, para su patria y para la Humanidad, de que son elemento activo, surgirá en ellos, de un modo fácil y robusto, una línea de conducta, un principio de acción, que dará vigor y persistencia al cuerpo escolar organizado y brioso que espero hallar cuando visite de nuevo la Universidad de la Habana.





V - ASOCIACIONES ESCOLARES (1)

(1) Ponencia leída en el Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano de 1902. Nos ha parecido conveniente reproducirla como ilustración de la conferencia a los estudiantes de la Habana.



I



UANDO las Universidades eran en toda Europa verdaderos organismos autónomos, en cuyo régimen intervenían juntamente los dos elementos esenciales que las componen, los profesores y los alumnos, el natural impulso de éstos les llevó a agruparse por *naciones:* división reconocida legalmente, pero que no tenía otro efecto que cierta solidaridad en los placeres y en la defensa, necesaria esta última por las frecuentes riñas que se suscitaban entre los estudiantes o entre ellos y el pueblo. Semejantes agrupaciones subsisten aún en algunos grandes Estados, como Alemania, donde las diferencias nacio-

nales están muy lejos de desaparecer ([1]), y sirven casi para los mismos fines que servían en las Universidades medioevales.

Pero al lado de estas asociaciones arcáicas y poco definidas, han surgido en nuestro siglo otras muchas en que se determinan y concretan, no sólo los diferentes fines que los estudiantes, como tales, persiguen, sino otros que significan la trascendencia de la actividad escolar a fines sociales distintos de los académicos, aunque con éstos estrechamente ligados.

Dejaré aparte, como es lógico, todas las asociaciones, secretas o públicas, de carácter político, a que tan aficionada ha sido la juventud escolar de nuestro siglo y de las cuales partieron no pocos movimientos liberales y revolucionarios. En ellas se borra la condición escolar, y los estudiantes las constituyen, no como tales, sino como ciudadanos y como jóvenes. Así ocurre hoy mismo con las que de este género existen en Inglaterra, Alemania, Estados-Unidos, Bélgica y Rusia: afectando en otras naciones un sentido autonomista-nacional muy digno de aplauso, pero ajeno a nuestro propósito.

La primera distinción que debemos establecer es la de asociaciones formadas por estudiantes efectivos y asociaciones de anti-

(1) También en España existen agrupaciones de un marcado carácter regional, como la *Asociació escolar catalana*, de Barcelona.

guos estudiantes que quieren conservar algún lazo con la enseñanza, aun después de haber salido de ella.

Unas y otras se clasifican según los fines que persiguen: y así, hay asociaciones para la vida material; otras para la vida intelectual escolar; otras para la educación física, especialmente; otras para la vida social, placeres y diversiones, y algunas para fines filantrópicos que trascienden de la Universidad, pero derivan de ella.

Es frecuente que una sola asociación sume varios de estos caracteres, atendiendo, a la vez, a distintos fines: cosa que ayuda a la mayor cohesión de los elementos y ensancha el horizonte de los ideales escolares, pero que sólo es posible allí donde, por el gran desarrollo de las asociaciones y el apoyo que encuentran en la opinión del país, logran reunir grandes medios económicos y un número grande también de asociados. Las agrupaciones para un fin muy concreto favorecen las especialidades, las vocaciones y la intensidad de la acción; pero esto mismo puede lograrse en las secciones de una Sociedad general, donde el lazo común de los estudiantes se fortalece (con gran provecho de la unidad de la obra universitaria y de la mutua influencia y fraternidad), por encima de todas las diferencias de Facultades, regiones, temperamentos, ideas y creencias. Así lo entendieron perfectamente los estudiantes madrileños que

trabajaron por constituir una Sociedad general, a ejemplo de las que existen v., gr. en Barcelona, Coimbra y París. El Directorio que inició esta idea lo constituían delegaciones de todas las Escuelas especiales y carreras universitarias (1).

Empezaremos por las más fútiles y menos académicas de estas asociaciones, que representan, característicamente, las de estudiantes alemanes. El fin de ellas es divertirse en común, entregarse juntos a los placeres de la comida y bebida en los *clubs* o cervecerías predilectas, hacer apuestas entre sí y batirse. Usan los asociados varios distintivos, como una banda de colores, una gorra especial, etcétera, y suelen agruparse por naciones o regiones y entonar juntos los cantos del país o los cantos tradicionales de la Universidad. No se crea por esto que semejante vida consume toda la escolaridad de los estudiantes alemanes: es lo ordinario que sólo comprenda los dos o tres primeros años de ella, en los cuales, claro es, el estudiante no estudia; pero terminado este período, el que ha salido salvo de él se convierte en asiduo frecuentador de las clases y seminarios, y forma parte de esa juventud trabajadora, quizá,

(1) Por dificultades que no hay para qué mentar ahora, y a cuya causa esencial se alude más adelante, el Directorio que publicó el programa que indicamos se ha disuelto, y parece perdida por ahora la esperanza de lograr el fin que perseguía. Pero la semilla está echada y conviene tomar nota de los propósitos.

como ninguna, de donde salen los grandes especialistas científicos.

No dejan de divertirse los estudiantes de otras naciones, aunque a la verdad de un modo más correcto, por lo común. Los de Oxford y Cambridge tienen sus comidas y bailes, como los de la *Asociación general* establecida en París y los de Montpellier y otros centros franceses. La *Asociación* de París ha establecido además, con el nombre de "reuniones amistosas", una serie de veladas que se celebran en su propio local y en las cuales hacen música los aficionados, concurriendo también a ellas, muchas veces, los más notables artistas. Estas fiestas representan la nota más sensata de la diversión, reflejada igualmente en las que celebra la *Asociación Académica* de Coimbra, según el art. 2.° de sus Estatutos (veladas literarias y musicales, reuniones de honesto recreo y representaciones en el teatro propio). Del mismo modo, las "Asociaciones cristianas de jóvenes escolares", que están difundidas por todos los Estados-Unidos, tienen sus clubs de recreo, donde encuentran, con gran economía, todo género de distracciones y *confort*, como hidroterapia, billar, gimnasia, esgrima, etc.: cosas de que disfrutan también casi todas las asociaciones francesas.

Aunque pudiera parecer que estas asociaciones son poco *académicas*, debe notarse que sí lo son, y que contribuyen grande-

mente a los fines educativos de las Universidades; porque, de un lado, rompen el individualismo a que tan propicia es nuestra época, creando en vez de él lazos de unión y solidaridad entre los jóvenes en aquello que les es más característico y que no deben de perder nunca: la alegría y el deseo de divertirse, que bien pueden existir sin ofensa de la moral y de las buenas costumbres; haciendo además, que estos lazos trasciendan a la vida futura de cada uno, una vez abandonadas las aulas; y de otro lado, sirven para apartar a los jóvenes de centros donde la heterogeneidad de los elementos que concurren y las malas pasiones de muchos, los rodean de solicitaciones peligrosas y les tuercen el carácter, convirtiéndolos en pesimistas románticos por imitación, robándoles la flor del ideal que es joya de la juventud y estrujándoles de paso la bolsa; mientras que las reuniones puramente escolares (especialmente si cuentan con el apoyo y consejo del profesorado en la forma que luego ha de indicarse), además de ser homogéneas, de formar el espíritu de clase y de ayudar al desarrollo de la personalidad, ofrecen un medio, en lo intelectual y moral, conforme con las circunstancias de los reunidos, y en lo económico, mucho más ventajoso, por las facilidades que da el gasto en común.

Este último aspecto se manifiesta bien claro cuando la asociación se concreta en

el sostenimiento de hospederías o fondas especiales para los estudiantes, donde éstos hallan un servicio esmerado y barato. Todo el mundo sabe el grave problema que representa entre nosotros, para los padres y para los mismos interesados, la estancia de los jóvenes en una población donde, por no tener familia, han de recurrir a las casas de huéspedes. En ellas viven rodeados de una sociedad heterogénea y ambulante, que no suele ser la más apropiada a sus circunstancias, y quedan, por tanto, a merced de la depresión moral que de suyo produce y de las solicitaciones contínuas que apartan de una vida digna, elevada y seria. Estos inconvenientes morales, unidos a los que proceden de la falta de higiene en punto a limpieza, aireación, luz y otros elementos esenciales de las casas, cuando no también en los alimentos y en el tipo general de las costumbres, no pueden menos de ejercer un influjo pernicioso sobre los jóvenes, especialmente contando con que el período de la enseñanza universitaria empieza entre nosotros a una edad demasiado temprana, en la cual la inexperiencia es casi absoluta.

Claro es que muchos de estos inconvenientes no se eluden dejando al joven — aunque sea en un hotel magnífico — entregado a sus propias fuerzas; pero declarando, por de pronto, que no es este el ideal de la vida privada de los estudiantes, no tiene

duda que les ofrece infinitas ventajas sobre la que ahora llevan, y que ha de resultarles más económica. Bastaría para convencerse comparar el hotel de los estudiantes de Edimburgo *(University Hall)*, que ofrece un albergue barato, con la mejor de nuestras casas de huéspedes: y a imitación de aquél, pueden las asociaciones escolares resolver este importante lado de la vida material. Los estudiantes escoceses tienen también, en París un Colegio-pensión; la *Union Society*, de Oxford, un restaurant, y las sociedades escolares llamadas *griegas* en los Estados-Unidos (porque se distinguen con una letra del alfabeto griego) poseen igualmente casas-viviendas. Los estudiantes madrileños consignaron también, en su programa, no realizado, el establecimiento de un comedor económico.

De otro modo contribuyen juntamente las asociaciones a la vida material; obteniendo, v. gr. (como en Alemania ocurre, y en Francia con la Sociedad general establecida en París), rebajas en los billetes de ferrocarril para sus miembros y facilitándoles colocaciones y empleos en armonía con sus facultades. Esto último lo verifica la mencionada *Asociación* de París, en cuyo Boletín aparece el anuncio de las proporciones de aquel género que se ofrecen. Acentuando más aún el carácter cooperativo y de ayuda mutua, la *Asociación Académica* de Lisboa,

fundada en 1877, ha creado una caja de socorros para los estudiantes distinguidos y faltos de recursos; y la de Coimbra concede pensiones a las personas valetudinarias o pobres que han prestado servicio por largo tiempo a la Sociedad. Júzguese, en este orden, el desarrollo amplísimo que permiten los servicios mutuos entre consocios, y el espíritu de fraternidad que con semejantes prácticas se desarrolla, templando el egoismo individualista reinante [1]. Así lo ha entendido y lo consigna en sus Estatutos, como uno de sus fines, la *Corporación de antiguos alumnos de la Institución libre de enseñanza*, creada recientemente y de la cual se hablará más adelante; y análogamente se pensó en crear, como organismos de la proyectada Asociación general de estudiantes de Madrid, una caja de ahorros, de cuyos fondos se pagarían los títulos académicos de los asociados; un montepío para préstamos; grupos cooperativos y pensiones de estudios.

Como era natural, dado el corte de nuestra época y el concepto dominante de la educación, los fines intelectuales han predominado, en la organización de las asociaciones. Más o menos seriamente entendi-

(1) Los servicios de este género han llegado a organizarse de tal modo en la *Asociación* de París, que cuenta con médicos y cirujanos que asisten gratuitamente a los estudiantes.

dos, no tienen otros las Sociedades de alumnos, tan frecuentes como efímeras en nuestras Universidades, creadas con el nombre de Ateneos, Academias, etc., para la discusión de cuestiones teóricas y prácticas de la respectiva Facultad. Por desgracia la mayoría de estas reuniones — faltas, por otra parte, de guía, consejos y apoyo del lado de los profesores — sirven más para desarrollar la "furia oratoria" de nuestro genio, que el puro y acendrado amor a la ciencia. Algunas veces, por adquirir gran desarrollo, logran cierta estabilidad, y ofrecen a sus socios las ventajas de un local de reunión, biblioteca, sala de lectura, etc., como ocurre con algunos de los llamados *Ateneos de internos* de las Facultades de Medicina.

Estos elementos primordiales de biblioteca y demás, los tienen todas las Asociaciones extranjeras formalmente establecidas. La de París posee una importante colección de libros muy bien catalogada, y la acrecienta de día en día merced a los numerosos donativos que recibe de los profesores, libreros, autores y consocios; y lo mismo sucede en la de Montpellier, en la *Unión*, de Cambridge, en la de Oxford, en las portuguesas (*Club escolar artístico* y otras), en las americanas, etc. Algunas de ellas tienen su Boletín o revista especial, a veces muy importante, como el de París, que se titula *L'Université de Paris* y los de las "Debating Societies", de Inglate-

rra. La de París ha organizado, además, una Biblioteca circulante y publica normalmente su *Anuario*. La Asociación escolar que se proyectaba en Madrid, pretendía establecer también el préstamo de libros de sus colecciones.

Las discusiones son generales. Los estudiantes ingleses parecen muy aficionados a ellas y en ellas hacen su aprendizaje para la vida pública que luego han de seguir. Por esto, la mayoría de los puntos que se discuten son de política palpitante, aunque también figuran en el programa cuestiones pedagógicas, referentes a la organización y métodos de la Universidad. Las discusiones se llevan con un orden y seriedad enteramente parlamentarios, y de estos clubs o Ateneos han salido algunos de los más celebrados políticos de Inglaterra. También hay otras reuniones llamadas "Literary Societies" o "Essay Clubs", en que se leen y discuten memorias sobre puntos de literatura, arte, sociología y moral; y al lado de éstas, otras de carácter científico, como el "Junior Scientific Club" de Oxford, donde se leen memorias y se realizan experimentos.

Los estudiantes de Montpellier, con excelente acuerdo, han substituído las discusiones retóricas por la lectura y exposición en común de libros notables, recientes o antiguos; y los de París, llegando al grado superior en este tipo, han organizado cursos,

conferencias y lecciones sobre materias especiales, que explican gratuitamente algunos socios a sus compañeros. En este mismo orden han constituído un centro de consultas jurídicas; y por último, cuentan con la cooperación de los profesores que, seguros de la seriedad del propósito y sintiendo la necesidad esencial de establecer lazos íntimos con los estudiantes y de ayudarles con su experiencia, dan de vez en cuando conferencias científicas, asisten a las reuniones y presiden las fiestas y banquetes (1).

El desarrollo y la diferenciación de la actividad social alcanza tal grado en el extranjero, que los estudiantes forman grupos especiales para realizar excursiones científicas, arqueológicas, artísticas, etc.: ejemplo de las cuales son las que hacen los de la *Asociación* de París (con independencia de las que se verifican bajo la dirección de los profesores de la Facultad de Ciencias, de la Escuela de Diplomática y demás centros), y las sociedades especiales inglesas de historia antigua, arqueológicas, etc. En Inglaterra, la diferenciación y especialidad han llegado al punto de constituir asociaciones para el estudio de un determinado autor

(1) Programa análogo anunciaba la *non nata Asociación madrileña* (art. 2.º del Reglamento), organizando veladas, concursos, conferencias, cursos y excursiones de historia y de arte. De desear sería que se imitase aquí también el ejemplo de la de Montpellier suprimiendo, en lo posible, las discusiones.

o de un cierto orden de problemas: tales, el *Shakespeare Club,* el *Dante Club,* el *Political Economy Club,* etc.

Nótese que, confundidas con la educación intelectual, figuran muchas manifestaciones de la educación estética: confusión que no son los estudiantes los únicos en mantener. Desde luego, las Asociaciones atienden a la cultura musical (París y Coimbra v. gr.), a la arqueológica (Inglaterra y París), a la dramática y a la literaria (lectura de poetas y novelistas), aparte de que algunos de los medios puestos en práctica para la educación física, de que vamos a ocuparnos inmediatamente, sirven también para el desarrollo de las facultades estéticas: tales, los paseos por el campo, el alpinismo, etc., que proporcionan la contemplación y comprensión de bellezas para muchos ignoradas y ocultas. Lo que importa ahora es dar sustantividad a este fin, determinándolo más amplia y concretamente, con independencia de aquel otro del que parece ser mera derivación (1).

A la educación física conceden bastante las Asociaciones escolares. En Inglaterra se formaron desde luego sociedades especiales para atender a este fin, desarrollando los

(1) Véase mi artículo, *Enseñanza de la arqueología nacional* (núm. 361 del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*), donde se hallarán datos sobre las excursiones artísticas de los estudiantes parisienses.

juegos libres: *foot-ball, rounder, paperchase,* ejercicios de natación, remo, etc.; y sabido es que todos los años se celebran competencias de regatas y de juegos entre las dos célebres Universidades, y que las tales competencias constituyen una fiesta nacional. Mucho hacen también en este orden las asociaciones americanas. En cuanto a las francesas, han llegado a la gimnasia, a la esgrima, al velocípedo y al *foot-ball.* En España no conozco otras manifestaciones de este género [1] que el Club de velocipedistas, creado en Oviedo con el concurso de profesores y alumnos de la Universidad, y la Sociedad de juegos físicos, formada por alumnos y profesores de la Institución libre de enseñanza y continuada por la Corporación de antiguos alumnos.

II

Hay en los Estados Unidos sociedades escolares de un carácter especial por el fin que persiguen; e importa conocerlas, porque realmente cumplen una función interesante. Sirva de ejemplo la *Asociación de estudiantes graduados* de la Universidad de John Hopkins, que se dedica a los siguientes objetos: 1.º Es-

(1) Actualmente, existen muchas más (1913)

tablecer relaciones con los estudiantes extranjeros y recibirlos digna y fraternalmente en la Universidad; 2.ª sostener igual relación con los demás centros americanos; 3.° mantener una oficina de consultas para los estudiantes, y 4.° desarrollar la vida social de la Universidad.

Este aspecto de la vida social entre estudiantes, y de ellos con la nación entera, representa un ideal muy elevado tocante a la relación y solidaridad que deben existir entre los escolares y los centros de vida científica, unos con otros, y entre ellos y el país entero, a cuya cultura general les corresponde ayudar, reflejando la que dan y adquieren respectivamente, en vez de encerrarse en aislamiento y presuntuosa superioridad estériles y mezquinos.

Ambos fines han sido ya comprendidos en otras partes. Al primero se ofrecen ampliamente la mayoría de las Asociaciones europeas, estableciendo la mutualidad entre sus miembros (como Oxford y París), invitándose recíprocamente a las fiestas, creando centros para los estudiantes extranjeros (según se intenta en París), y proyectando federaciones de todas las sociedades nacionales [1].

El segundo de los fines citados marca la es-

(1) Al mismo orden pertenece el proyecto de federación entre los estudiantes españoles y portugueses, en que se pensó en 1885, con motivo de la visita hecha a Madrid por el Directorio escolar de la nación hermana.

fera superior de ideal que puede concebirse en la obra universitaria, desde el punto de vista social y filantrópico. Empieza en la celebración de fiestas de beneficencia, colectas para heridos de la guerra, para estudiantes pobres, etc., y termina en la grandiosa obra conocida en Inglaterra con el nombre de *University Extension,* cuya realización corresponde principalmente a los estudiantes de las dos grandes Universidades de Oxford y Cambridge.

Uno de sus centros es la institución de *Toynbee Hall,* situada en Whitechapel, barrio obrero de Londres, de los más miserables, antihigiénicos e ignorantes de la capital. Oigamos cómo describe la obra de los estudiantes un testigo de vista, el conocido escritor francés M. de Coubertin ([1]). El fin de la Sociedad es triple: "Ante todo, se ha querido proporcionar, a la población de los barrios pobres de Londres — y más tarde a la de otras ciudades, — los beneficios de una instrucción sólida, a la vez que las distracciones de que está tan necesitada. Se ha acariciado, en segundo lugar, la idea de descubrir, al penetrar de este modo en el secreto de aquella vida miserable, los mejores medios de mejorarla; se ha deseado, en fin, poder fundar una obra duradera, reconocida y apreciada por todos y bastante rica para bastarse a sí propia, sin contar

(1) *L' éducation en Angleterre.* París, 1888.

con los resultados, a veces problemáticos, de una suscripción anual. Se pensó que si hombres superiores, instruídos e inteligentes iban a vivir como simples ciudadanos en aquellos barrios extraviados, a la vez que adquirirían experiencia en el arte de comprender los grandes centros obreros, se granjearían las simpatías de las gentes cuya vida intentasen ennoblecer, predicándoles el "Evangelio social"... Pero la condición esencial consiste en estar allí constantemente. En esto reside la originalidad de la obra. No se trata de ir a explicar clases y presidir reuniones; sino de residir en medio de aquellos hombres, a fin de que no os pierdan de vista y no se imaginen que jugáis con dos barajas y que os guía otro pensamiento que el de serles útil." El personal de Toynbee Hall está formado principalmente de estudiantes que se comprometen a residir allí durante dos o tres años y de otros que van por períodos más breves, o sólo durante las vacaciones. El Comité General tiene secciones en Oxford, en Cambridge y Londres; y en el Consejo anual figuran algunas señoras (1). El programa comprende, no sólo

(1) *Third annual Report.* Oxford, 1887. — Después de escrita la presente Memoria, recibo un libro muy interesante titulado *Oxford and Oxford life,* escrito por varios autores y publicado recientemente por J. Wells, *tutor* del Wadham College. En él se hallará un capítulo que firma M. E. Sadler, secretario de la Delegación de la « University extensión », y que da cuenta exacta y detenida de ese movimiento, algunas de cuyas líneas generales he trazado en las páginas que preceden.

cursos y conferencias extraordinarias, sino un organismo completo de asociaciones y grupos especiales: de beneficencia (análogos a las sociedades de San Vicente de Paul), musicales, arqueológicas, de historia natural, filosóficas, de *foot-ball,* de *lawn-tennis,* de esgrima, de pugilato, de gimnasia, etc. Hay además un Comité para el mejoramiento de las habitaciones obreras, varios de colonias infantiles y una Liga para la reforma de la enseñanza primaria. Las reuniones no son sólo científicas, sino también de pura distracción, en la gran sala común donde se celebran incluso comidas, convidando ora al comité director de una sociedad cooperativa, ora a un grupo de obreros con sus mujeres. Por último, Toynbee Hall ha llevado su influencia a las asociaciones especiales de obreros, mejorando su organización y prestándoles ayuda. Y cuenta que no es éste el único ejemplo de la actividad filantrópica de los estudiantes ingleses.

Confesemos que no se concibe nada más hermoso, más digno de la juventud. Servir a la obra social de una manera tan amplia y generosa; devolver al país en actos positivos y de trascendencia suma los beneficios que del país se reciben en los grandes centros universitarios; contribuir personalmente a la regeneración y a la cultura de las clases desheredadas e ignorantes; tener por primeros clientes y alumnos a los obreros, y no desdeñar que la toga doctoral se ocupe en escuelas de

adultos más o menos superiores, ¡eso sí que es servir a la patria, amarla desinteresadamente y sentir el latido de la verdadera fraternidad y del verdadero socialismo! ¡Cuán por encima está semejante conducta de las declamaciones políticas en que suele torcerse nuestra juventud, ofreciendo vanamente al país, con quien no ha tenido una relación inmediata, y a las clases pobres, que no conoce sino de oídas, una felicidad que luego no sabrá cumplir!

Como no podía menos, el movimiento de la *University Extension* ha encontrado eco en Francia, y no tardará seguramente en organizarse. En España, la única Asociación que comprende entre sus fines una acción parecida, si bien en grado muy modesto, a la de Toynbee Hall, es la de los "Antiguos alumnos de la Institución Libre de Enseñanza", en cuyos propósitos entra la celebración de conferencias, lecturas y excursiones para los obreros, y la creación de una biblioteca circulante para los mismos ([1]).

(1) Un concurso semejante han representado los estudiantes de la Universidad de Oviedo en la obra de la Extensión universitaria iniciada en 1898. (Véanse las *Memorias* publicadas por la Universidad).

III

Hecha la descripción de los diferentes objetos que realizan las más importantes de las Asociaciones escolares europeas y americanas, ocurre advertir dos cosas: una, relativa a estos mismos objetos, en cuya lista se nota la falta de toda indicación respecto del fin moral, que es de esencia en la obra educativa; y la otra, tocante a los medios de lograr la organización cooperativa de los estudiantes en países que, como el nuestro, carecen de ella.

Ninguno de los Estatutos o Reglamentos que yo conozco dice nada, concretamente, de la educación moral. Tal vez la suponen como una resultante de la unión, mutua influencia y trabajos de diversa índole hechos en común; y sin duda que debe verse su espíritu representado por notas tan significativas como el auxilio mutuo entre los escolares (en París y Lisboa, v. gr.), las fiestas de beneficencia y el movimiento inglés de la *University Extension*. Conviene, no obstante, determinar más el punto; sobre todo, mirando a la evitación necesaria de usos, prácticas y abusos de cierto género, como los de las Asociaciones alemanas [1], o los que en sus diversiones sue-

(1) No obstante el parecer del emperador Guillermo II, para

len realizar otras sociedades de diversos países, y, especialmente, para sugerir en los estudiantes asociados el deseo y la convicción de reobrar contra ciertos prejuicios de la opinión pública y de la educación vulgar, que admiten por buenas, o convenientes, o higiénicas, o disculpables, costumbres cuyo efecto seguro es pervertir el corazón de la juventud y manchar para siempre la pureza de su vida.

No faltan, a Dios gracias, en la misma juventud, elementos que se aparten de este vicioso modo de concebir la vida, y cuya conducta reúna en sí todas y algunas más de las excelencias buscadas por las sociedades de templanza de los países protestantes; pero, en general, la regeneración en este orden no puede partir de los mismos estudiantes, mientras no encuentren punto de apoyo en la Universidad, que desatiende hoy, casi en absoluto, su función educativa, especialmente en esta esfera (1). Sólo los profesores, influyendo activa y constantemente sobre los alumnos mediante una intimidad de relación, (en España desconocida, salvo escasas excepciones), podrán contrarrestar la fuerza depresiva del medio ambiente y sembrar en los jóvenes la semilla de un sentido moral que por culpa de

quien el duelo y otras prácticas de los estudiantes alemanes son condiciones esenciales de la educación militar de la juventud y del porvenir de la nación alemana.

(1) Véase el artículo de M. Malapert, traducido en el núm. 369 del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza.*

todos ahora les falta. En los países donde tienen los estudiantes espíritu cooperativo y han organizado por sí asociaciones amplias y robustas, esta influencia se puede lograr — amén de la que se ejerce en la Universidad misma ([1]) — mediante las conferencias, conversaciones y consejos ([2]) con que el profesorado interviene en aquéllas (v. gr., en la *Asociación general* de París), y mejor aún si son mixtas de catedráticos y alumnos, como la de Coimbra. Aprovechando para éstas, que bien pueden llamarse predicaciones (y sabido es que nadie puede predicar con fruto sin el ejemplo), la fuerza de cohesión e imitación que centuplica las energías en los organismos, es seguro que puede lograrse efecto inmediato y extenso sobre las asociaciones y, por tanto, sobre los individuos que las forman. Una vez despertado el sentido, la nobleza ingénita en los sentimientos de la juventud, que siempre responde cuando se sabe llamar a su puerta discreta y amorosamente, hallará impulsos para seguir por sí propia el camino emprendido y para aplicar su actividad a este fin,

(1) Sabido es que en la Sorbona, los llamados *directores de estudios* (M. Lavisse, entre ellos) reciben particularmente, una vez en semana, a los estudiantes, que les consultan, no sólo sus problemas intelectuales, sino lo que importa más aún, los problemas morales y religiosos que les preocupan. (V. mis artículos sobre *El Renacimiento religioso,* en la *Ilustración Ibérica* (1891), donde hay datos acerca del particular.)

(2) Ejemplo de esto son las conferencias de M. Lavisse a los estudiantes parisienses; y la de M. Malapert, antes citada a los de Caen.

como la aplica a otros quizá menos esenciales.

Pero en naciones donde (como en la nuestra) carece el estudiante de todo espíritu corporativo, no sólo para con sus compañeros, sino para con la Universidad, a la cual ni ama ni considera, porque parece que todo tiende a hacérsela ingrata, esa intervención de los profesores en la vida escolar no es sólo necesaria para el efecto de la educación a que nos referimos ([1]), sino el único camino para llegar a la misma asociación de los estudiantes.

La asociación es el producto de varios sentimientos y exigencias que acercan entre sí a los individuos, y requiere además una cierta preparación de ideas y costumbres para que fructifiquen en serio. Ninguna de estas cosas dan nuestras Universidades a sus alumnos. Separadas y como enemigas sus Facultades; separados también y sin intimidad alguna los maestros entre sí y con los discípulos, siendo aquéllos meros preparadores de exámenes, por punto general, y éstos sólo un número en la lista, desconocido casi hasta el momento del examen; sin otro lazo de unión los mismos que estudian que la mera estancia, breve y nada amena, en las aulas; careciendo, como carecen, de un sitio en la Universidad donde puedan reunirse cómoda y ordenadamente

(1) Véase el interesante discurso del catedrático de Oviedo, Sr. Sela, sobre la *Educación moral en las Universidades*, leído en la inauguración del presente curso.

para sus fines propios, no es maravilla que todos los anhelos de asociación sean esporádicos y se ahoguen en turbulencias y desacuerdos personales, lógicos en toda masa indigesta, que carece de espíritu de clase y de ideal definido. No es ciertamente, toda la culpa de los jóvenes, y aún puede dudarse de si les cabe alguna. Les falta disciplina y dirección, que de sí propios no han de sacar mientras no se les eduque para ello; y esa educación nadie ha de darla, ni debe, más que los profesores. El camino en España para llegar a la asociación seria, consciente de sus fines, ligada a la institución de que procede y de grandes horizontes para su conducta, consiste en formar primero la *sociedad* académica entre profesores y alumnos, estableciendo la intimidad que ahora falta, e irradiando de grupo en grupo sobre la masa general, hasta que surja la necesidad efectiva de la unión: que una vez nacida ésta, ya sabrá hallar los medios para cumplirse espontánea y vigorosamente.

Y he aquí cómo todos los problemas universitarios se engranan y dependen mutuamente. Sin la reducción de alumnos en las clases y la buena organización del trabajo científico, no es posible la intimidad entre alumnos y profesores, ni por consecuencia, el fin educativo de la llamada "enseñanza superior"; sin asociar al estudiante a la vida universitaria, dándole en ella intervención y re-

fugio de que carece, ni ha de amarla ni ha de sentir la personalidad académica que lleva consigo; y sin ambas cosas, jamás se encontrará preparado para llegar a la asociación general, con fines propios y sustantivos que cumplir. La prueba es que sólo en aquellas Universidades donde esto empieza a realizarse, o en los centros privados de enseñanza donde se cumple desde luego, arraiga en firme el espíritu de corporación, en forma análoga a las más elevadas y perfectas que otros países han logrado.

IV

Hasta aquí hemos visto lo que hacen o pueden hacer los estudiantes que todavía lo son propiamente, es decir: que asisten a las aulas. Veamos ahora lo que todavía cabe que hagan después de haber salido de ellas. En parte, los profesores de *Toynbee Hall* son alumnos que han terminado ya sus estudios, es decir, que han dejado de ser estudiantes, y que prolongan su vida escolar en la forma que se ha dicho, sirviendo a un fin social. Pero el tipo más interesante desde el punto de vista académico de las Asociaciones de antiguos estudiantes, lo dan los Estados Unidos, porque colaboran en la organización y marcha de las Universidades. Así, los antiguos alumnos de

la Universidad de Harvard (la más célebre y completa de los Estados Unidos) son los que votan y eligen el Comité de inspectores *(Board of oversees),* a cuyo cargo está la aprobación de los nombramientos de profesores y demás personal. Cosa análoga sucede en casi todas las demás Universidades, donde también los antiguos alumnos representan un cuerpo crítico respetable que todos los años envía por cientos las cartas en que se censura o elogia la marcha seguida en la enseñanza y se proponen reformas y novedades en el plan. He aquí propiamente resucitado el antiguo organismo de la Universidad; y ciertamente a él debe inclinarse la acción combinada de profesores y alumnos (no sólo los *antiguos,* sino los actuales), como condición de la autonomía de la enseñanza. Claro es que la posibilidad de esta organización no ha de darse mientras las Universidades sigan siendo (como entre nosotros) dependencias administrativas, pero debe verse como ideal combinado con la independencia de los centros docentes.

Aparte de esto, las sociedades de antiguos alumnos *(alumni)* de los Estados Unidos tienen derecho a presentar uno o más candidatos para las pensiones escolares. Nada igual existe en Europa (1). Las Asociaciones análo-

(1) La proyectada *Asociación escolar madrileña* (que no había de ser de antiguos alumnos) se proponía, como uno de sus fines

gas muy extendidas en Francia *(Anciens élèves)*, no intervienen para nada en la Universidad. La que más se acerca a aquel tipo es la de Antiguos alumnos del Colegio de Saint Barbe que llegan ya al número de 4.000, y que han comprado, ampliado y sostienen este centro de segunda enseñanza, uno de los mejor montados del mundo en punto a comodidades, bienestar e higiene de los colegiales. En España sólo hay una asociación de este género: la *Corporación de antiguos alumnos de la Institución Libre de enseñanza,* de la cual se ha hablado al determinar los distintos fines de estos organismos. Aparte de los ya indicados, la *Corporación* mira como el suyo primordial, cooperar a la obra educativa del Centro a que se refiere su título.

Réstame tan solo proponer a la Sección las siguientes conclusiones:

1.ª Se declara de utilidad para la enseñanza y para el cuerpo escolar, la formación de Asociaciones de estudiantes.

2.ª Es de desear que éstas comprendan a todos los estudiantes de una localidad, sin distinción de grados, Escuelas y Facultades, diferenciándose interiormente en grupos para los objetos especiales que se persigan.

3.ª Las Asociaciones deberán prescindir

(art. 3.º), dirigir representaciones a los Poderes públicos para obtener la reforma o mejora de los asuntos que con la enseñanza se refieren. En rigor, esto es todo lo que permite la organización actual; pero también es clara su ineficacia absoluta.

de todo carácter político y de las discusiones de este género o sobre puntos religiosos.

4.ª Conviene que los fines a que han de atender no sean exclusivamente intelectuales, dando gran desarrollo a la educación física, a la estética, y, sobre todo, a la moral; procurando igualmente la creación de clubs de recreo, hospederías y restaurants escolares y el cumplimiento de obras filantrópicas.

5.ª El Congreso propone como modelo de la acción social de los estudiantes, especialmente en beneficio de las clases obreras, la institución inglesa de *Toynbee Hall.*

6.ª Se preferirá siempre, a las discusiones académicas y retóricas, la lectura de libros modernos, las conversaciones familiares científicas, las excursiones y las conferencias prácticas con experimentos, procurando, en todo caso, ahogar los excesos oratorios.

7.ª Sería recomendable tantear la formación de Asociaciones de antiguos alumnos, considerándolas como elemento coadyuvante de la obra de la Universidad; y el propio objeto debe mirarse como ideal de las Asociaciones propiamente escolares, con intento de resucitar el antiguo organismo universitario.

8.ª Es necesario que los profesores presten su apoyo a las Asociaciones seriamente constituídas, contribuyendo a su buena marcha mediante conferencias, visitas, consejos y demás medios; y que en los países donde no se ha despertado todavía el espíritu corpora-

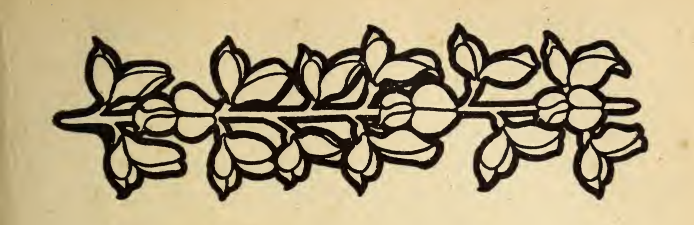
tivo de los estudiantes, procuren iniciarlo estrechando la intimidad con ellos en la clase y formando núcleos de asociación con fines especiales, que sirvan de base a la unión general.

9.ª En conformidad con este sentido, la Universidad deberá auxiliar a las Asociaciones nacientes, facilitándoles locales y otros medios de que disponga.

10.ª La mutualidad debe ser la regla de toda Asociación escolar con sus afines de la propia nación y del extranjero, y muy particularmente con la de aquellos Estados a los cuales une la comunidad de raza, lengua, costumbres y demás elementos sociales.




VI - LA CLAVE - A LOS
ESTUDIANTES OVETENSES EN EL III CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD





ENGO de hacer un viaje por el extranjero, durante el cual he procurado estudiar principalmente todo lo que se refiere a la enseñanza universitaria. Una vez más, la superioridad de las otras naciones europeas sobre la nuestra, se ha evidenciado a mis ojos. En esto, sin embargo, he recogido una observación nueva para mí. He visto que la superioridad de la vida académica alemana, v. gr., sobre la española, no estriba, esencialmente, ni en la altura científica del profesorado, ni en la largueza de dotación de sus cátedras y laboratorios en punto a material, ni en la grandiosi-

dad de los edificios dedicados a Universidades y Museos, sino en algo más colectivo y más profundo: en el interés social por la cultura y en el entusiasmo con que el estudiante trabaja y procura formarse como hombre de ciencia.

Por mucho que en Alemania ponga de su parte el profesor (y es infinitamente más de lo que solemos poner aquí), aún pone más el alumno, cuya labor privada de cultura general, de complemento de la enseñanza académica y de colaboración en los trabajos que ésta impone, es enorme. Solo ella puede explicar el fruto grande que la Universidad produce. El estudiante es allí algo vivo, activo, que no espera el remolque del programa y del profesor, que se anticipa a ellos y les facilita el camino con su concurso entusiasta. Ha comprendido que el elemento principal en la educación, es él, y cumple con lo que, según esto, le es exigido.

Yo quisiera que los estudiantes españoles copiasen este ejemplo y se contagiaran de ese entusiasmo por el saber, para convertirse, de obra muerta, de elemento pasivo que el profesor ha de espolear a cada instante, y que fuera de la cátedra nada hace para su propia formación, en el factor más activo de la enseñanza.

Los estudiantes asturianos que hoy festejan el III Centenario de su Universidad y en ello ponen calor e interés, deberían pensar que el más elevado acto de amor, y el más fecundo

hacia ella, sería *sentir* su obra y colaborar fervorosamente en la enseñanza, hasta poder decir, como puede sin duda decirlo el estudiante alemán y con la misma razón que éste:

— La Universidad somos nosotros.




VII - UNA MISION
DE LAS
UNIVERSIDADES





N los Estados Unidos, donde la extensión territorial y la complejidad de los elementos emigrantes crean obstáculos para la fusión de los espíritus, eminentes pedagogos ven en las Universidades el más alto laboratorio de fraternidad y relación entre los jóvenes que el día mañana han de dirigir, por ley natural, en la política y fuera de ella, los destinos del país. Esta misión, verdaderamente patriótica de paz, de armonía, de ensambladura, convierte las Universidades en un órgano de vida nacional de los más fundamentales.

¿No cabe pensar que también en España podían llenar, deliberada y sistemáticamente, esa misma misión? No estamos aquí menos,

sino más necesitados que Norte América, de un gran fundente de nuestras diferencias, de nuestros recelos mutuos y de nuestras luchas fratricidas, que retrasan la aparición del alma nacional.





VIII - EVOCACIÓN

PARA UNA REVISTA DE ESTUDIANTES




os redactores de la Revista *Juventud*, me piden que escriba el artículo de introducción, o prólogo. Y no saben ellos el bien que hacen a mi espíritu, obligándole a esta distracción de sus habituales preocupaciones.

Evoca Coppée, en uno de sus poemitas, recuerdos amorosos de la adolescencia, y dice de ellos:

.....le spectre flétri de mon premier amour brusquement évoqué, m'a navré tout un jour, y así digo yo de las imágenes que reaviva en mi memoria la aparición de una revista escolar. A ella le estoy debiendo — y por tanto,

a quienes dan motivo de que renazcan—horas de dulce poesía del ayer, que la ruda, pero no menos poética tarea de hoy, tiene arrinconadas y obscurecidas. Me vuelvo a ver rapazón de 15, novato en la Universidad, rebosante de ensueños y de ambiciones generosas, mecido por la ilusión desmesurada, pero creadora, de la juventud, que juzga poder conquistar el mundo por su solo esfuerzo y en un abrir y cerrar ojos. Me veo en aquellos días de perpetuas sorpresas para el espíritu, en que la vida social y la vida de la inteligencia nos descubren a cada paso nuevos horizontes, perspectivas ignoradas que inocentemente nos llenan de asombro, y en cuyas lejanías tantos molinos de viento nos parecen gigantes desafiadores de nuestro poder. Me veo también como vosotros, redactores de *Juventud*, fundando revistas, emborronando cuartillas, dando de lado muchas veces a Heineccio, para leer a Balmes, a Gervinus, a Weber, a Darwin, a Gœthe, a Schiller, a Calderón (que de todo, mezcladamente, entraba en mi huerto), o para discutir con los camaradas, entre clase y clase, el último libro de Galdós, de *Clarín*, de Palacio Valdés, de Azcárate, de Zola... y pienso, en la serenidad de hoy (un poco desengañada de ciertas cosas que entonces me atraían, pero fervorosa creyente de otras que mantienen en mi espíritu los arrestos de la juventud), que no fué tiempo perdido aquél dedicado a escribir periódicos es-

tudiantiles, sino tiempo ganado, por su misma episódica y digresiva dispersión, para el culto de los grandes ideales, para el vuelo libre de la inteligencia, para el adestramiento de las energías que más adelante habían de encontrar firme y encarrilado empleo y, sobre todo, para el rompimiento de ese mezquino y antipático espíritu *profesional*, que reduce el horizonte a un solo orden de ideas y declara vitanda toda distracción en busca de más ámplias, universales y humanas perspectivas. Creo que todas esas ventajas contrarrestan perfectamente los peligros de la retórica, de la ligereza, de la audacia, que puede haber tras estos escarceos plumíferos de la juventud; peligros que de igual modo, por otra parte, acometen a *los buenos estudiantes,* que sólo ven su *libro de texto* y su *programa* y que suelen parar, al fin, en honorables hombres *prácticos,* en cuyas almas no habrá nunca un grano de poesía.

No hace mucho, me quejaba yo, dirigiéndome a vosotros, de vuestra usual pasividad en la vida universitaria, comparando, en conjunto, el estudiante español con el estudiante alemán. Un profesor berlinés, que ha leído el artículo a que aludo, me escribe: "Sí, señor, *la clave.* Da usted en el clavo, como el señor Canseco. La materia prima buena, en el fondo, es ahí detestable respecto a voluntad... Los estudiantes españoles son como las criadas berlinesas, a las que hay que empujar a cada

momento para que trabajen: a ellos los tienen que empujar el padre, la patrona, el profesor, el tío, para que hagan su carrera. Su nota distintiva es que no les interese nada".

Vosotros dais un mentís, señalando una excepción, a esa regla. Para vosotros hay cosas intelectuales e interesantes fuera del examen de fin de curso; si es que al examen se le puede hacer el honor de calificarlo de cosa intelectual. ¿Qué mejor contestación a mis amistosas censuras?

Y todavía sois vosotros mejores que lo éramos, hace 27 años, los estudiantes de mi promoción. En nuestras revistas, nada, si no era el título, permitía traslucir que sus redactores perteneciesen al público esencial de una Universidad. Eramos jóvenes que escribíamos de filosofía, de historia, de literatura y, sobre todo, que componíamos novelitas y versos: cosas que lo mismo podían hacer unos estudiantes universitarios, que los empleados de una casa de banca o de una oficina de Hacienda.

Vosotros haréis todo eso y, además, hablaréis de la Universidad. Puesto que la idea de hacerlo así ha sido vuestra, debemos creer que la Universidad os gusta, que hay en ella algo que os interesa de modo más elevado que la simple persecución del consabido título. ¿Qué mayor elogio para nosotros? Nuestra obra os es amable; no procuráis olvidaros de ella como de una pesadilla aterradora.

Empezáis a ser "nuestra clave". Y esa es la poesía de hoy, que añadís a mis ensueños de ayer, despertados por vuestro llamamiento y que, también, como a Coppée la memoria de sus amores primerizos, *m'a navré tout un jour.*





IX - JUVENTUD - PARA UN PERIÓDICO DE JÓVENES





ACE poco, he cumplido años. Cuantos, no importa. Físicamente, no me pesan. Por lo que se refiere al espíritu, me ocurre lo contrario de lo que las gentes suelen figurarse; y es hallarme hoy más joven que hace una veintena. ¿Paradoja? No. Hecho ciertísimo, y cuya explicación, en el sentido que la hago, depende del concepto que se tenga de la juventud.

Ser joven espiritualmente vale tanto, (en el común sentir de nuestros días) como no tener cristalizada la inteligencia ni secas las fuentes del sentimiento; es ser capaz de entusiasmos por las grandes causas, por los ideales más elevados de la vida y, a la vez, reservado y discreto en punto a las conclusiones, sin encerrarse en ninguna de modo definitivo, pronto

a la rectificación con fácil ductilidad que se preste a recibir, de manera amplia, las influencias de todas partes, abierta la mente a los cuatro vientos, en perpetuo hacer y devenir, para que nada en ella se acartone y osifique, libres las manos de toda ligadura de partido o escuela con programa irreformable; es seguir, con afán y con modestia de discípulo, las fluctuaciones de los hechos, los cambiantes de la realidad, las evoluciones del pensamiento humano, que busca trabajosamente el camino para cumplir mejor los altos fines y aliviar más eficazmente cada día los profundos dolores de la vida; es ver con simpatía, con alegre esperanza, todo florecer nuevo, que tal vez nos trae la palabra y la acción redentoras, no sabidas encontrar por nosotros; es sentir generosamente y con aquel altruismo que más puede favorecer a los intereses humanos, superiores a los nuestros individuales, de región y de pueblo...

Ahora bien; la juventud física, la de los veinte años, no suele ser así. Tiene algunas de esas cualidades, pero no todas; y entre las que le faltan, está, de ordinario, la ductilidad de espíritu, contra lo que suele creerse. La juventud, lejos de ser abierta, poco amiga de pararse en conclusiones dogmáticas, las apetece y las adora. Tiene la idolatría de un hombre, de un libro, de una escuela, y en ella se afirma con valiente entusiasmo (con fanatismo, a menudo), produciendo de esta suerte gran-

des acciones, pero unilaterales. El joven, sintiendo toda la fuerza de su personalidad naciente, pone su yo ante todo, desprecia el parecer ajeno o de quien no comulgue con sus ideas, considera su doctrina como la superior y más fundada y lucha ardoroso por mantenerla intangible; y no es eso lo peor, sino que, a veces, esos entusiasmos son superficiales y no han calado en la conciencia tan hondo como es preciso para convertirse en convicciones propiamente dichas. A la verdad, preferible es que sea así, para que, luego, el mayor estudio de cosas y de autores, el mayor reposo del espíritu, vayan desvaneciendo esas idolatrías, minando esos dogmatismos y restaurando la verdadera libertad del pensar...

Tal me ha ocurrido a mí; y como a mí, a muchos otros de mi tiempo y de mi generación. Más cristalizados, más cerrados, más fanáticos en fin, fuimos a los veinte años, que lo somos ahora; y por eso nuestro espíritu es hoy más joven, más fresco, más *progresivo* que entonces.

La juventud de hoy, la que empieza a florecer, parece haber comprendido esto y huye del peligro en que han solido caer siempre sus antecesores. ¿Es verdadera rectificación de una cualidad que pudiera creerse típica de los pocos años? ¿Es, simplemente, fenómeno pasajero de desorientación, de posición crítica? No lo sé; pero yo desearía que fuese lo primero, porque esto sólo nos puede llevar a la

formación científica de las opiniones y a la franca y positiva tolerancia de todo pensar, que aún es, en la mayoría de los hombres, pura aspiración platónica que la conducta desmiente a cada paso.

Diario de Alicante parece haber tomado ese camino. Con él voy del brazo, gozoso de que en mi tierra alicantina brote el árbol nuevo en que esperamos ver cuajar el fruto del porvenir.





X - REGLAS DE CONDUCTA



EL ESFUERZO PROPIO



En Inglaterra y en Norte América ha florecido durante el siglo XIX — y sigue floreciendo — una interesante literatura moral de tipo laico (quiero decir, no teológica ni ligada estrechamente a ninguna confesión religiosa especial), que bien puede llamarse de característica de aquellos países; pues si es cierto que en los latinos no falta alguna manifestación de ella, nunca ha sido cultivada entre nosotros de un modo tan asiduo, ni ofrece nombres tan notables y de fama mundial como los ingleses y yankis de igual género.

Esa literatura de un tono práctico, dedicada singularmente a trazar la línea de conducta en la vida y a combatir el pesimismo, el desaliento, el abandono de la voluntad y,

también, las vanidades pueriles que tanto suelen embarazar nuestro camino, ha comenzado a difundirse entre nosotros — quiero decir, en los países de lengua castellana, — merced a traducciones que van menudeando y que por su modesto precio de venta podrán llegar a los más humildes lectores.

Emerson, Smiles, James, Trine, Marden, Stanley Hall, han hecho así su entrada en el campo de la cultura española; y no es dudoso que a la larga influirán grandemente en nuestra juventud, porque el fondo ético, sereno, elevado y práctico a la vez, de su doctrina, concierta de un modo perfecto con la tradición estóica de nuestros moralistas, desde los más remotos, a los que encarnaron en libros y en hechos el ideal lleno de abnegación, de impersonalismo y de desprecio a las pequeñeces y miserias de la vida, del krausismo español.

Entre las cosas que más procupan a esos escritores — y en general, a todos los que se cuidan de la educación ética de la juventud, — hay dos cuya importancia sería ocioso encarecer: la reacción contra el desaliento, y el encomio del esfuerzo propio, en oposición al aprecio exagerado de la influencia que sobre nuestra vida pueda tener el medio exterior.

No hace muchos días, lord Haldane, Presidente honorario de las Sociedades cooperadoras *(Associated Societies)* de la Universidad de Edimburgo, decía a los estudiantes estas

alentadoras palabras: "En la vida, estamos sujetos a toda clase de reveses, grandes y pequeños. Sólo hay un camino para contrarrestar la depresión que producen en ella, y es el de adquirir aquel amplio criterio que muestra cómo los reveses no son lo más importante de la vida. El hombre debe abrazar la más amplia y alta visión de ella que sea posible, y aplicar sus mayores energías a realizarla. Esa visión, con su poder animador, acudirá a él si procede con suficiente empuje. Para unos se ofrecerá esa visión en la forma cristiana; para otros, en el modelo de la filosofía; también para algunos será el Arte quien les revele la verdad de que lo ideal y lo real, lo infinito y lo finito, no son cosas diferentes y extrañas las unas a las otras, sino aspectos distintos de una sola realidad".

Y acudiendo en seguida al aspecto *práctico* de la cuestión, a la propedéutica de la conducta, que es donde, para muchos, estriba la dificultad. Lord Haldane se preguntaba: — "¿Cómo podrán los estudiantes, con o sin esa suprema fuente de energía a que me he referido, prepararse por sí mismos para lograr las mayores probabilidades de éxito?" Y contestaba: — "Algo sé de los hombres y de las cosas, y he observado la alternativa de éxito y fracaso en varias profesiones y ocupaciones. Yo mismo he experimentado muchos altos y bajos, y en el curso de mi vida

he caído en abundantes equivocaciones. Pues bien; siempre me resulta interesante mirar hacia atrás y considerar, a la luz del mayor saber adquirido, porqué razón fracasé en tales o cuales ocasiones; y el resultado de esta investigación ha sido evidenciarme que las equivocaciones y faltas cometidas, casi siempre hubiera podido evitarlas de poseer yo, en la ocasión oportuna, un conocimiento más completo y real de las cosas y más firme decisión y persistencia. — Todos o casi todos hallamos en la vida numerosas ocasiones de éxito; pero amenudo sabemos poco para aprovecharlas y amenudo aún pasamos junto a ellas sin percatarnos de su proximidad. Pertrechaos de saber y de energía; y cuando hayáis llegado a una resolución deliberada, perseguid de frente su ejecución, marchad hacia ella con propósito firme y ceñudo de persistir en el designio".

Poco después, lord Strathcona decía a los jóvenes ingleses en un acto público: "Vuestro porvenir depende realmente de vosotros mismos, y será lo que queráis que sea... Sin duda, la ocasión es una gran cosa, y se ofrece a ciertos hombres más frecuentemente que a otros; pero son muy contados aquellos a quienes no se presente alguna vez. Si no estáis prontos a utilizarla cuando llegue; si no os habéis preparado para serviros de ella, la falta será vuestra y vosotros seréis los perjudicados".

Y glosando el mismo pensamiento, la misma convicción fundada en la experiencia de la vida, Ralph W. Trine ha escrito:

"Hablamos muchas veces del Destino como si fuese una cosa exterior y extraña a nosotros, olvidándonos de que el Destino aguarda siempre las condiciones que le imponemos. Cada hombre decide su Destino por los tipos de pensamientos que acaricia, y ejerce una influencia dominante sobre su propia vida. Lleva el timón de la nave de su pensamiento; y al guiarla, determina el curso que ha de seguir; pero si vacila o flaquea su pensamiento, entonces va a la deriva y el Destino marca su rumbo. No es el hado cosa tangible, no es ninguna fuerza que tome forma y nos domine contra nuestra voluntad. Por medio del conocimiento y del uso que decididamente hagamos de la silenciosa, pero siempre laboriosa, fuerza del pensamiento, nos imponemos a las circunstancias. De lo contrario, si nos falta ese conocimiento o no sabemos hacer uso de él, nos dejamos dominar por las circunstancias".

A la juventud de los pueblos latinos le conviene leer y meditar con frecuencia estos pensamientos, por que es propicia a dejarse llevar por los contrarios, a creerse juguete de fuerzas extrañas, que escapan a su voluntad, a su preparación para la vida, a su saber, a su destreza, a la adaptación de sus facultades para la labor social; perpetuando así un

error característico del período romántico, que más tarde ayudó a mantener un positivismo fantástico, ajeno a toda investigación serena de la realidad ([1]).

ASTUCIA CONVENIENTE

Lo primero en la vida, es ser sincero, amar la verdad, confesarla y luchar por ella, aún a riesgo de perjuicios personales; pero esto no excluye cierta habilidad de conducta, cierta reserva de intenciones para conseguir el fin que nos proponemos.

No sólo no hay necesidad de decir a voz en cuello cual es el propósito final de nuestra vida, si no que, en la mayoría de los casos, conviene guardarlo secreto para que no le alcancen las torcidas intenciones que casi siempre nos rodean. Lo importante es que ese propósito sea honrado. Siéndolo, no importa que contradiga los que otros tuvieran respecto de nosotros, empeñándose en llevarlos a senda distinta — aunque sea muy alta y holgada — que la que apetecemos, o propalando que esta es la que ellos suponen. Persigamos la nuestra; y cuando la alcancemos,

(1) Ver mi estudio sobre *Psicologia de la juventud en la novela moderna* (en el libro *De Historia y Arte*. Madrid, 1898)

dispuestos a servir desde ella a nuestro pueblo y a la humanidad, contengamos el goce maligno que quizá tuviéramos en decir a las gentes que pueden creernos fracasados (sólo por que no somos lo que ellas querían o temían) cuán engañadas están y cómo toda la victoria apetecida por nosotros es nuestra. Mejor es negarnos ese placer de expresar nuestro triunfo y el engaño de los otros, y contentarnos con el de reirnos interiormente de la liviandad de muchos juicios humanos.

SUPERIORIDAD DEL TRABAJO

Trabaja, crea, produce. Eso queda. Los mordiscos de la envidia, la baba de la maledicencia, pasan. Si alguien, apasionado, les da hoy crédito, la posteridad, más serena, verá claramente la intención impura que los produjo y los despreciará.

En cambio, tu obra positiva será estimada como un bien que, si no ha realizado todo lo que se propuso, cuando menos ha hecho posible que otros lo realicen plenamente.

Los nombres de los creadores, perduran; los de quienes sólo hicieron obra negativa de difamación y de estorbo para los buenos propósitos ajenos, se olvidan o se recuerdan con asco.

Muchas veces te atacarán con injusticia. Piensa, ante todo, que eso ha ocurrido a muchísimos hombres y seguirá ocurriendo mientras haya humanidad, y que los ataques son tanto más rudos y frecuentes cuanto más te acompañe en la vida el éxito. No es por tanto una desgracia que el destino te guarde a ti solo y por la que debes quejarte de un modo especial.

Si eres un hombre justo y desapasionado, piensa también que ya, con esto, vales más que quien te ataca. Tú no serías capaz de hacer con él lo que él hace contigo, y la opinión imparcial — más poderosa de lo que tú crees — lo apreciará así. Un hombre que dice: "Contestaré al insulto con el insulto, a la calumnia con la calumnia", es tan miserable como aquel de quien pretende defenderse; por lo menos, es indigno de representar el principio de orden y justicia en el mundo, y sobre él no se edificará seguramente la sociedad futura cuyas bases han de ser la verdad y el respeto mútuo. Toda esa ventaja llevas pues, y con ella, la tranquilidad de tu conciencia, que te asegura la pureza de todos tus actos.

Si te niegan méritos, no te acongojes. Lo probable, diré aún más, lo seguro, es que tú te equivoques en cuanto a la magnitud

y la significación de los que poseas; pero si tienes alguno efectivamente, mayor o menor, tendrás también la conciencia de él, que te comunicará fuerzas para proseguir; y esa, *no te la pueden* quitar los juicios ajenos.

Considera igualmente qué clase de opinión es la que te importa estimar como elemento coadyuvante de tu conducta. No desprecies la crítica que de ti hagan; pero mira quien la hace. La de un hombre apasionado, por mucho que sepa de lo que habla, no puede ser guía segura. No estimes más que la de aquellos que tengan competencia para juzgarte y limpieza de intención en ello. Si te dejas arrastrar de otras, ya para perder confianza en ti mismo, ya para gastar el tiempo en rectificarla, no harás más que contribuir a que el mal intencionado logre su propósito en lo que más lejos de su acción puede y debe estar. Sé libre hasta en eso.

No te aflijas tampoco mucho de que resten eficacia y acierto a tu labor. Aunque todos — los injustos y los justos — coincidieran en esto, no te aflijas. Lo único que debe preocuparte es si has puesto en tus actos, en tus obras intelectuales y morales, todo el cuidado, todo el esfuerzo, todo el amor que requerían. ¿Ha sido así? Pues nadie tiene derecho a pedirte más, ni tu mismo a ser más exigente contigo. Que su alcance sea menor que el que tú hubieras apetecido, no es culpa tuya, y sólo debe conturbarnos lo que es culpa. Otra

cosa sería vanidad, y la vanidad es un estorbo en la vida. Conque hayas contribuído de algún modo al triunfo de la verdad o de la justicia, a la difusión de la cultura, al acrecentamiento del saber, habrás hecho cien veces más que todos los que te critican, entre los cuales serán legión los que nada hayan hecho.

Pero si, además, el juicio de los competentes y de los desapasionados te dice que hay cosas útiles en lo que hiciste; que has sido un buen colaborador en la obra común; que has abierto caminos nuevos, o desbrozado parte de los antiguos, que entre tus errores — ¿quién no los tiene? — hay aciertos y obra aprovechable, sírvate esto de responsabilidad para seguir trabajando más y más y de modesta satisfacción para no desconfiar de ti mismo; pero no te envanezcas por ello, ni creas que has hecho ya bastante.

Y si todo esto considerado, no experimentas dentro de ti la serenidad ante los ataques injustos, tiembla por tu obra, la que deseabas hacer, y quéjate de ti mismo, no de los otros.

JUVENTUD Y VEJEZ

No quiero ocultarte que la vejez es triste; por lo menos, que tiene muchos motivos para ser así y que la vida toda, en su arrastre

de experiencia, la induce a ser de ese modo. Aunque hayas logrado mantener la serenidad de que te hablaba antes, no evitarás que el espectáculo de las miserias humanas te llenen el espíritu de melancolía, si no por ti, por los hombres todos, de cuyo mejoramiento moral dudarás al fin de tus días.

Quizá esto es inevitable; pero quizá es un error, un efecto del crepúsculo de la vida. Cuando los gigantes se llevaron a Freya, los Dioses y el paisaje que los rodeaba, palidecieron.

Pero considera que la necesidad de mantener fresco y juvenil nuestro espíritu, no termina en la esfera intelectual. También es exigida en la esfera moral. Procura no sólo tener flexible la inteligencia, pronta a recibir las nuevas verdades, refractaria a toda cristalización, si no también alegre el ánimo, reaccionando diariamente contra la tristeza de los años (quiero decir, de la experiencia) y la falta de entusiasmo por las cosas que merecen entusiasmo. Ciertamente, tu alegría entonces no será como la de la juventud; pero procura tenerla, pensando en que tú no te llevas la vida, que contigo sólo se agota un hombre, y que ella sigue irrestañable, luchando por subir cada vez más alta. Si te abates, darás mal ejemplo a los que detrás de ti vienen a la pelea. Háblales siempre como si creyeses en el triunfo, porque después de todo ¿quién te dice que no llegará cuando

tú no puedas verlo? Careces de derecho para desanimar a los que tienen ánimo.

Por otra parte, la vejez no es tan mala como muchos creen. La vejez, en las almas bien dirigidas — y tú debes *querer* ser de éstas — es un triunfo.

Cuando se habla de juventud, las gentes sólo recuerdan los días felices, los juegos, las alegrías, la salud, la despreocupación de la vida. Pongamos que haya sido así, borrando de golpe las experiencias de juventudes tristes, miserables, llenas de dolor y de tristeza. Quedará todavía otra cosa de una importancia enorme y que suele olvidarse: la serie de luchas, de desengaños, de amarguras, de tanteos, de caídas, de equilibrios inverosímiles sobre la cuerda floja de la realidad, a través de los cuales se ha ido haciendo nuestra vida y hemos ido conquistando un sitio en el mundo, sitio más o menos grande, más o menos modesto, pero que es siempre un puerto de refugio, de descanso, de seguridad, y no sólo en la relación de las necesidades económicas — que a todos obligan — pero también en la de la educación del espíritu (que es materia más grave), cuyas tormentas, para el hombre reflexivo, son de mayor trascendencia y utilidad.

Quien haya leído, algo más que por curiosidad, la autobiografía de Tolstoy, las confesiones y memorias de muchos hombres sinceros cuya inteligencia y fortuna admira el

mundo, habrá visto cuán trabajosamente, a través de qué heróicas luchas, se forma la grandeza intelectual y moral de los escogidos. ¡Qué no será en la vida de los que, modestamente, han ido ascendiendo desde los estados inferiores de los primeros años, de la misma juventud, a las victorias de la madurez, en que el hombre que quiso saber algo y ser bueno llega quizás a lo uno y a lo otro, dentro de la limitación humana, después de dejar en el camino imperfecciones y miserias, tristezas y sangre, que los arañazos del mundo hacen verter a los que no se abroquelan tras el egoismo!...

Que corra, que corra el tiempo; que se sucedan los años, permitiéndonos subir en la escala infinita que separa al hombre racional — último término de una evolución fatigosa, — de los comienzos de la vida, irreflexivos y dominados por la herencia de primitivas inferioridades.

No deseemos repetir el viaje, lleno de retrocesos y paradas. Y sigamos trabajando, avanzando, *mientras haya luz.*

SERENIDAD Y ENERGÍA

No confundas la serenidad de que te he hablado antes, con la resignación cobarde

que no lucha ni se indigna. Te he predicado la serenidad en los asuntos personales, en los que pueden herir tu amor propio, diciéndote como, si la justicia y el trabajo están de tu parte, hallarás en ti mismo la mejor defensa contra las injusticias o los ataques mal intencionados. Necesaria es también en todo momento de la vida, pero no ya para rehuir y despreciar la lucha en el terreno injusto en que quieran presentártela tus enemigos para desconcertarte o tan sólo por que su pasión no les permite ver otro campo, si no para ser dueño de todas tus facultades y energías en la lucha. Seguro de esto, deja correr el ímpetu de tu sentimiento. No limites el poder que, si eres bueno, tendrás, de indignarte contra los malos y de perseguir su obra.

"Ni en la juventud ni en la vejez — dice Stanley Hall — conviene contener demasiado la expansión del sentimiento, siempre que no llegue al punto de perder el dominio de sí, que siempre hay que conservar. Debe considerarse la indignación, por desagradable que sea, como un grande y rico veneno de energía que necesita conocerse y encauzarse debidamente".

Y en otro pasaje, añade: "Con todos los abusos; con las faltas de justicia, los fraudes, engaños, supercherías y burlas; la crueldad y opresión de los individuos o razas débiles por los fuertes; la explotación de los incautos e indefensos; los numerosos crímenes contra

la salud, el bienestar y la virtud, que cometen individuos y corporaciones egoistas; con todo eso, hay causas suficientes para justificar toda la cólera del mundo; y si esa cólera se dirigiese contra tales abusos, no se tardaría mucho en hacer desaparecer la mayor parte de ellos".

No te avergüence sentir esa cólera; mas procura ser tú siempre quien mande en ella para que no te arrastre a cosas que perjudicarían en primer término a las buenas causas que defiendes.

LOS ENEMIGOS

Si eres como te he dicho, tendrás enemigos en gran número. Bueno es que lo sepas, con saber siempre presente en la memoria. Más enemigos tendrás por ser justo y evitar injusticias, que por el fanatismo de las ideas contrarias a las tuyas. Escudriña en la mayoría de los ataques que te dirijan y verás que un diez por ciento es de envidiosos o de sinceramente opuestos a tus ideas, y un noventa, de gentes cuyas malas artes, cuyas granjerías, cuyas explotaciones, estorbas, o que temen que les descubras sus maldades.

Un personaje de *La noche del Sábado* ob-

serva que a menudo hay gentes que esquivan nuestra sociedad no por que sepan nada malo de nosotros, si no por lo que sospechan que sabemos de ellas. Podría añadirse, que muchas también nos atacan por eso mismo.

Resígnate, pues, a tener enemigos, si eres bueno. Digo mal que te resignes: alégrate, por que es señal de que eres justo y de que vales. Ni aún los hombres acomodaticios, que a todos dan el parabién y con todos quieren vivir en paz, dejan de tener enemigos; y tal vez estos más que tú, por que tú, al fin, tendrás también amigos que te estimarán, y a ellos los desprecian todos.

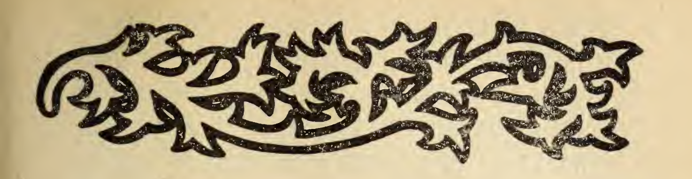
Pero si eres blando de condición y no quieres enemistades, renuncia a practicar en tu vida la justicia; renuncia a luchar; renuncia a vencer; obscurécete y no hagas sombra a nadie, ni a nadie ayudes.

Tú dirás qué camino escoges.





XI - PATRIA Y HUMANIDAD





ONTRA las ideas abstractas, uniformadoras, internacionalistas de la Revolución francesa; contra los caprichos y el autoritarismo de Napoleón conquistador, se alzó en Europa la protesta del sentimiento nacional, que luego hubo de continuarse, a pesar de su desconocimiento por los reyes absolutos victoriosos en 1815 y de ejemplos tan desesperantes como el de Polonia. Pero ese movimiento tan justo, tan natural (explosión externa de la vida de organismos que tienen conciencia de su personalidad propia y piden para ella el legítimo ambiente de autonomía), llevaba en sí gérmenes terribles, que habían de convertirlo en elemento de disolución y de odio. Al afirmar su exis-

tencia cada nación, no hubo de limitarse a marcar las notas diferenciales que la constituían en sociedad sustantiva, y la esfera de acción que de ella derivaba, sino que pretendió más, renovando y exagerando las contiendas atizadas por el «antiguo régimen»; pretendió la superioridad en el mundo, no de hecho y por la imposición de la fuerza bruta — que esa es superioridad carente de argumentos ante la razón — sino de derecho y por la posesión de cualidades nativas que fundamentan, hacen necesaria y fatal la superioridad, y la legitiman en todas sus consecuencias. Entonces nació la forma moderna de la teoría de las razas, primero puramente espiritualista, proclamando con Fichte la alteza del pueblo alemán sobre todos los pueblos; luego, antropológica, con la serie de teorías cuya última expresión parece ser la antropo-sociología de Lapouge y Ammon y la fama póstuma de Gobineau (1). Así el orgullo de las colectividades — a veces, sin otro fundamento que una deleznable prosperidad económica puramente «burguesa» y, como diría *Clarín,* muy poco «ateniense» — se reviste de formas científicas, pretende con ello hacerse indiscutible, y sugestiona a los tontos, a los noveleros y a los débiles, que no intentan ni aún reac-

(1) He estudiado estas teorías y su aplicación a nosotros, en la *Psicología del pueblo español,* Barcelona, 1902.

cionar contra la pesadumbre de factores que se suponen muy sobre la voluntad humana.

Contra todas esas teorías — sinceras en unos, simple tapadera del cuquismo explotador en otros, — cuyo mayor peligro consiste en lo que ahonda las diferencias, excita los odios y esparce la desconfianza y la envidia entre los hombres, pretendiendo anular toda la obra de paz, de concordia, de fraternidad humana que trabajosamente ha ido produciéndose en la historia, acaba de lanzar generosa, elocuente protesta, uno de los espíritus más cultos, más elevados, más sólidamente científicos de la Europa literaria, Arturo Farinelli.

La mayoría de mis lectores sabe quien es Farinelli; pero, probablemente, solo en uno de los aspectos de su compleja personalidad intelectual. Aquí, en España, sabemos de él que es un hispanista, autor de libros tan repletos de erudición, de sentimiento y de crítica profunda como el dedicado a Grillparzer, el *Don Juan,* el de *Humboldt y España,* el de *La lengua española en Italia*, etc.; pero no es común conocerlo como germanista, como crítico literario, como psicólogo, como músico, como experto en todo linaje de artes bellas. Hace falta haber recorrido todo ese vasto campo de su cultura, —los estudios sobre Leopardi, sobre Vinci, sobre Miguel Angel, sobre Schubert, sobre

tantos otros grandes autores y artistas, — para comprender todo lo que encierra el alma sensible y profundamente sabia del actual profesor de la Universidad de Turín. Todas las causas elevadas cuentan con su simpatía y con la defensa de su pluma; todas las manifestaciones escogidas del espíritu, con su admiración y su propaganda. No es un literato que solo sabe de su oficio — como es corriente — y que salva las grandes lagunas de su instrucción (o cree salvarlas) a fuerza de ingenio, de golpes de talento natural; es un polígrafo que posee amplia base filosófica e histórica en virtud de la cual aborda y comprende, hasta la raiz, el fondo substancial de las grandes obras del arte humano, ignoto para los simples *profesionales*.

Pues bien: Farinelli acaba de publicar una de sus lecciones en la Universidad torinesa, que lleva por título *«Humanidad de Herder y concepto de las «razas»* (1), y que es la protesta a que hube de referirme antes. En ella estudia el autor las ideas de Herder y desmenuza y aniquila las fantasías antropológicas que — aparte su insubsistencia científica — tanto daño hacen manejadas por los ambiciosos y los nacionalistas de todo género.

Herder (1744 - 1803) fué un contempo-

(1) Catania, 1908, 50 págs., en 4.º,

ráneo de la Revolución francesa y, en mucho, un partícipe de los más altos ideales internacionalistas, humanos, de los reformadores del siglo XVIII. Como ellos, pide que las mejores fuerzas de los hombres se apliquen al «desarrollo libre de las energías humanas, a la irradiación espiritual de los pueblos». Como Lessing — otra inteligencia progresiva, para quien «el poeta puede nacer bajo todos los cielos», y los sentimientos vivos y profundos no son patrimonio exclusivo de algunas naciones — Herder predica «su evangelio de tolerancia y de paz». Su anhelo consiste en «educar, ilustrar a los pueblos». Como Vico, flagela y desprecia las vanidades nacionales que quieren sobreponerse, «por especiales prerrogativas, virtudes y beneficios de cultura, a los otros pueblos..., oprimiendo a los vecinos, quitándoles el aire, la luz y la vida.» ¿Qué significan — dice Farinelli siguiendo a Herder — en el eterno mudar de los tiempos, privilegios de civilidad tan alabados? ¿No decaen lan naciones, los reinos, como se pone el sol? Así Herder en sus *Cartas sobre el progreso de los pueblos*, protesta contra la protección de este o el otro país de Europa que intenta sobreponerse a los otros gritando: «Solo en mí reside toda la sabiduría.» Y dice: «Es locura comparar entre sí las naciones para dar a una o a otra la preferencia. Natura distribuye caprichosamente

sus bienes. No discutamos el valor de cada uno y alegrémonos de que exista tan grande variedad de flores y de frutos esparcidos por el Universo.»

Contra esas generosas, levantadas ideas, se alza a poco de la muerte de Herder la teoría de las razas. «El *progreso* científico parece complacerse en poner entre pueblo y pueblo abismos mayores, en acentuar las diferencias de índole y de estirpe, irremediables, inconciliables. Se clasifican hombres como se clasifican plantas; se les aplican, infalibles, las escalas de valores; se penetran los misterios y las tinieblas de los orígenes; se distinguen gérmenes buenos y gérmenes malos... Florece, con esperanzas orgullosas, la antropología. Los románticos alemanes, que tantos mundos lejanos investigaron y tantas islas inexploradas, perdidas en los Océanos, descubrieron, negando el evangelio del maestro derivan de las diferencias primitivas de raza las diferencias de las varias literaturas; y así lo afirma, claramente, excindiendo la raza latina de la germana, A. W. Schlegel, en sus famosas lecciones de Berlín. Levántase entonces Alemania tras las guerras napoleónicas, con vigor de estudios y de civilización floreciente. Las glorias antiguas excitaban a glorias y triunfos nuevos. Y en los corazones hallaba eco la gran voz de Fichte, de Jahn, de Arndt, que exhortaba al amor patrio, entrañable, he-

róico. Los estudios de Müllenhof sobre la antigüedad germánica, semejan revelaciones. Se tiene la conciencia de ser bien nacidos, en país lleno de grandes virtudes, predilecto de Dios. Y crece, crece el sentimiento nacional hasta convertirse en furor y delirio.»

Cuán exactas sean estas palabras de Farinelli, lo demuestran a cada paso la literatura nacionalista, la patriotería que rebosa de la enseñanza histórica en las escuelas primarias de los países atacados por aquel furor, el desprecio del extranjero, formulado a cada paso por los mismos que, quizá, derivan de los despreciados su condición de fundamental vida. En estos mismos días, un nuevo ejemplo atrae las la atención de gentes: el artículo de Max Arden, *Las cuatro naciones*, publicado en la *Zukunft* (25 Enero), en que ingleses, americanos y alemanes reciben todo género de alabanzas y los franceses quedan relegados al más bajo nivel (1). Alemania, pobre en riquezas naturales, lo debe todo «a su inteligencia y a su valor moral». La raza germánica «recibió en dote la individualidad, el idealismo, la trascendencia, la fidelidad y el valor. La sangre eslava le añadió la obediencia, la disciplina, la paciencia. El elemento judío trajo un tinte de

(1) V. una traducción parcial de este artículo en «La Revue des ideès», 15 Julio.

escepticismo y el sentido de los negocios y empresas». Francia, en cambio, dominada primitivamente por la raza rubia de los francos y hoy por los morenos meridionales galo-latinos, está dirigida — desde la Revolución que destruyó en ella el respeto a la tradición y los sentimientos elevados — «por talentos plebeyos y burgueses; abogados, periodistas, hombres de negocios... El país se meridionaliza; su ideal, desciende. El francés de hoy día no busca la felicidad, sino el placer; no se preocupa de merecer el respeto de las gentes, le basta con verse aplaudido; persigue la sensación, no el saber; estima la «blague», no el espíritu. Todavía conserva algunas grandes cualidades: la bravura, la ambición de las grandes cosas, el espíritu caballeresco; pero esas virtudes no se producen sino pueden ostentarse sobre plataformas: son para la galería.»

Esto — y más, tan fuerte como esto — ha escrito Harden, dando la razón a las quejas de Farinelli, a las censuras (también extremadas, en cierta manera) que al patriotismo dirigen los internacionalistas y los mismos pacifistas. ¿Cómo no deplorar esos extravíos del nacionalismo? ¿Cómo no ver en él, entendido de ese modo, la más formidable dificultad, el tropiezo más serio para la formación de un ideal humano, de una concordia y harmonía universales fundada en la justicia y en el reconocimiento del valor propio

de cada factor colectivo, en el deber del auxilio mútuo, en la obligada solidaridad de la civilización, fruto el más alto y admirable de la inteligencia humana? ¿No resalta claramente la necesidad de predicar, frente a esos extravíos, el ideal de fraternidad, de cooperación, que acerca a los pueblos, que pone en relieve lo común entre los hombres, que destruye los odios, que cercena los egoismos, las vanidades y el placer mezquino de la *superioridad*, gozosa de la humillación del prójimo y desconocedora de todo lo bueno que en este puede haber, que positivamente hay, aún en los que nos parecen más humildes, y atrasados y apáticos?

Sí; hace falta llamar a esa nueva cruzada de amor, que pide, en primer término, el abandono de toda idea de dominación espiritual o material, de magisterio depresivo, de limosna de virtudes propias, cuya efectiva existencia sería preciso comprobar de antemano.

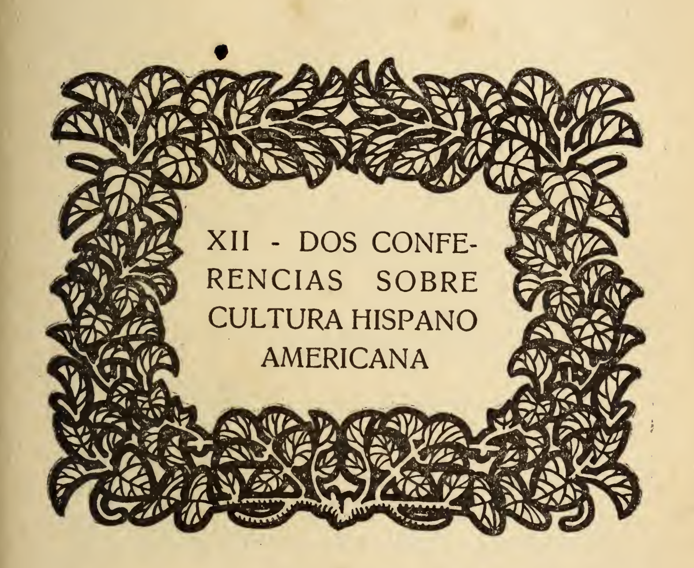
Hace falta encender nuevamente los corazones de la juventud — como en los tiempos de Herder — con la santa aspiración a realizar el ideal humano, en libre, igualitaria colaboración de todos los hombres, sosteniendo a los débiles, esparciendo semillas de cultura y de vida entre los rezagados y enfermos, que quizá han sido en otros siglos más grandes que los grandes de hoy y que

no solo pueden, sino que es preciso que puedan y que les ayudemos a poder y a creer que pueden convertirse en elementos útiles para la civilización, ascendiendo a las primeras filas humanas. Hace falta luchar contra «el orgullo de raza» que Robertson ha combatido con tan atinadas razones y que lleva camino de convertir, a la masa de los países en que se padece, en un rebaño de pedantes capaces de impedir los mayores bienes con tal de que no los produzca o los disfrute el que no es de su estirpe. Hace falta, (incluso con el reconocimiento leal de las diferencias de civilización, de orientaciones y sentido de la vida, que caracterizan a los pueblos constituídos), emprender una cruzada para generalizar en todos lo que en cada uno es mejor, para romper la embarazosa ligadura de la teoría de las idiosincracias nacionales, buena en sus propios límites, en tanto que protege la formación de individualidades y elude los unitarismos abstractos, pero de gravísimos efectos si — como a diario se ve — se convierte en argumento conservador para rechazar las novedades, o en poquedad de ánimo para acometer las mismas empresas, para adoptar los mismos procedimientos que, en otros pueblos, han hecho ascender la civilización.

Muchos de los que a título de modernistas científicos, de hombres progresivos, aceptan la teoría de las razas y la interpretan y practi-

can en la forma que Farinelli censura, no se han percatado todavía del peligro conservador, reaccionario, misoneista, que hay en ella. Hagamos que resalte, para huir de él, para reducir el nacionalismo de la escuela histórica — de sentido tan real y profundo — a los límites que exactamente le convienen, quitándole toda la levadura romántica, toda la vaguedad misteriosa que le acompaña y que tan propicia es a extravíos cuyos resultados prácticos son, el retroceso, la quietud, o el ahondamiento de las diferencias entre los grupos, que pronto originan celos y odios.





XII - DOS CONFERENCIAS SOBRE CULTURA HISPANO AMERICANA



PRIMERA CONFERENCIA [1]

SEÑORAS Y SEÑORES:



ENGO a cumplir un compromiso y un deber con el Centro de Cultura Hispano-Americana. Su presidente, mi respetable, querido y bondadoso amigo, el senador D. Luis Palomo, me requirió desde un comienzo, cuando hubo de organizarse esta Sociedad, para que aportase mi modesta colaboración a esta obra patriótica de

(1) Estas conferencias habían de figurar, con otras de diferentes autores, en un volumen que pensaba publicar el Centro de Cultura Hispano-Americana; pero como el volumen no se ha publicado, el texto de aquéllas tiene, en el presente libro, la condición de inédito. Las conferencias se dieron en Mayo y Junio de 1911.

cultura. Una porción de atenciones de otro orden, y no ciertamente las de mi recreo personal, han evitado que cumpliese el que era tan vivo deseo en mí como en el mismo presidente; pero ha llegado el momento de que esas ocupaciones me dejen un resquicio, y aquí estoy para deciros en primer término cómo yo comulgo absolutamente en vuestros ideales y en vuestras aspiraciones, y cómo deseo contribuir con todo aquello que pueda a esta obra, y principalmente con lo más personal que tengo, a saber: mi experiencia directa de las cosas de América. En otro respecto, el venir aquí a realizar un trabajo de esta naturaleza es un deber para conmigo mismo, el cumplimiento de un compromiso con mi propia persona; porque yo tengo un deber que todo el mundo conoce, un deber constantemente en pie con América, un deber que emana de todas las deferencias, de todas las atenciones, de todo el cariño que me rodearon durante mi viaje, y que no podré pagar jamás, por muchos esfuerzos que haga en pro de la difusión de lo que América representa en el mundo y en la tierra española.

En segundo lugar, yo tenía que venir aquí. Era absolutamente necesario, aunque no hubiese mediado aquel requerimiento, que yo espontáneamente me hubiera ofrecido para esta obra, muy análoga a la que me encomendó la Universidad de Oviedo, y que no he abandonado ni un momento desde que

comencé a dedicarme a ella aun antes de ese encargo.

Pudiera parecer que, por estar orientada mi vida, ahora, en otro orden de avasalladoras atenciones (que realmente invierten y necesitan todo el tiempo de que un hombre puede disponer, si es que quiere ocuparse sinceramente de ellas) en el interés, en la atención, en la actividad, me hubiese apartado algo, o quizá totalmente, del problema americano; pero en rigor no es así. He continuado fiel a él, atento siempre a las palpitaciones del alma americana, y he continuado en una honda, profunda, continua comunicación con las gentes que allí comulgan con nuestro sentir en punto a una inteligencia y a una colaboración en todos los órdenes de la vida, y singularmente en la intelectual, entre hispanoamericanos y españoles. Deseo hacer *constancia,* como diría un americano, de este hecho, por ser posible que alguien creyese que, dada la nueva dirección de mi vida, abandonaba yo aquello a que, en cierto modo, me consagré en una serie de ofrecimientos a los hispanoamericanos. Me induce a pensarlo así el hecho de que algunas personas afecten (por lo menos) creer que, efectivamente, yo me he apartado del cultivo del problema americanista, o parezcan demostrarlo así con algunos actos suyos, en los cuales se ve, no digo una intención (porque eso significaría un conocimiento real de los hechos y un apartamiento

de la realidad), pero, en fin, como una creencia de que estoy descartado completamente del problema, y un cierto deseo de apartamiento de mi persona; y como se ha dado el caso de que, por esto, yo no pudiera asistir a muchos actos recientes que se referían a inteligencias, a homenajes, a relaciones con personajes americanos que han estado en España, necesitaba explicarlo en la primera ocasión oportuna como un hecho que no procede de mí, sino de otros, y que no significa lo que algunos pudieran imaginar por mi parte. Si esa creencia equivocada existe y no es una ilusión de las que solemos poner en las cosas propias por mucha serenidad que queramos aportar a ellas; si esto existe, repito, es un pleno error: en primer lugar, porque, como digo, no he abandonado jamás el campo americanista; y luego, porque aun cuando pudiera haber alguien que deseara que yo lo abandonase, no lo abandonaría tampoco. Primero, porque de mi voluntad soy soberano, y mientras yo quiera seguir trabajando en cosas de América, es inútil que se empeñe nadie en que deje de trabajar; y en segundo lugar, porque mientras cuente con la cooperación y comunicación de los americanos mismos, siendo ellos los más, esto me basta y me sobra.

Dispensadme esta digresión de carácter personal, porque no obedece a una pura satisfacción de amor propio: obedece al deseo

de comenzar sentando que yo estoy donde estaba, y que no ha habido ni siquiera un alto en el largo camino de americanismo que emprendí hace muchos años.

Siempre que se habla de estas cosas de americanismo, me pongo a pensar que, como en tantas otras cosas que emprendemos en la vida, lo que nos importa ante todo es darnos cuenta exacta de las ideas o sentimientos a que responde. Muchas veces nosotros, singularmente los que me escucháis y comulgáis conmigo en este amor al problema americano, estamos en peligro de equivocarnos en punto a la intensidad y al valor de ese movimiento en España, y conviene que de vez en cuando nos paremos un poco a considerar si esto que solemos estimar como hecho importante, quizás porque lo juzgamos examinándolo en nuestra propia alma, es tan grande mirado en relación a toda la gente española que quisiéramos unir a este movimiento. Y, en efecto, pensemos quiénes son en rigor y cómo son, los que en España sienten el problema americano, y veremos que la gran masa de ellos está constituída por los emigrantes y, en general, por los hombres que se mueven en el orden económico y en el mundo de los problemas mercantiles. Los emigrantes, por una razón natural: América

es su esperanza, es el país en que vive una parte considerable de su familia. Todo el mundo sabe que en Asturias, en Galicia, en las Provincias Vascongadas y en Santander (para no citar más que los grandes núcleos de emigración) apenas hay una familia que no cuente con algún pariente en América, y puede decirse que para ellos la patria es a la vez América y España. En segundo lugar, por el interés económico; porque el emigrante va allí no sólo por encontrar gentes de su linaje que le instan a ir, sino por un porvenir económico que ordinariamente se figura mucho más amplio y fácil que en España. Y en tercer lugar, porque el emigrante español, aunque no sea en la mayoría de los casos un emigrante golondrina, como una gran parte de la emigración italiana, es un emigrante que vuelve siempre a España, y vuelve en estas dos condiciones: o vuelve herido por la realidad, despechado, desengañado, hambriento, a sus lares, a esperar allí la resolución triste y miserable de su problema económico, o vuelve por el contrario, triunfador; y cuando viene triunfador (y ésta es una verdad en la cual no se insistirá nunca bastante), cuando vuelve triunfador, digo, no vuelve, como la leyenda pregona, solamente para deslumbrarnos con los diamantes de su pechera: vuelve para acordarse de la tierra donde nació, vuelve para reedificar la iglesia en que fué bautizado, para construir una escuela digna de la ense-

ñanza patria y ante la cual no tengamos que avergonzarnos; viene a derruir unas veces, y otras a edificar; pero siempre con un plan nuevo, siempre atendiendo al sentido moderno de la vida. Vive en la casa donde sus padres le criaron, que erige como en templo de los recuerdos de la familia, y la remoza y moderniza, como ejemplo de alta cultura en aquellos sitios donde nació y donde va a ser una representación del sentido moderno de la vida, que poco a poco irá difundiéndose a los contornos.

Por esta razón, el emigrante siente el problema americano; lo siente también por todas las otras razones que le afectan, y porque lo ve palpitar en América con todos sus peligros, con todos los peligros que tiene para nosotros, para la cultura, para la civilización y para el sentido que en la Historia representa el pueblo ibérico, y adivina o ve claramente el contratiempo que en lo futuro puede sobrevenir para aquella obra que él ha emprendido modestamente; percibe la importancia nacional extraordinaria, casi diría la importancia internacional, que para la civilización tiene el atender al problema americano, y es, por todo ello, un factor importante y consciente del americanismo. A su lado están los elementos que representan la vida económica española, que se preocupan hondamente del problema, como se han preocupado siempre de todo aquello que puede representar

una salida para los productos españoles. Esto es perfectamente lógico y natural, y así se comprende que las orientaciones americanistas de orden mercantil, de orden económico, en general, donde primeramente han fructificado en España, ha sido en Cataluña y en Bilbao.

La masa popular de nuestro país es otro elemento que siente el problema americanista; pero esa ya puede darse cuenta de los motivos. Lo siente por instinto; y prueba de ello es que cuando se le habla de él responde con un movimiento de interés, de afecto, como teniendo la presciencia de que allí, en lo íntimo de aquellas cosas cuyos elementos no puede analizar, cuya importancia no podría definir, se agita un problema que le toca de modo fundamental, y que toca, sobre todo, a la patria. Esto que os digo es fruto de una experiencia que vive en mí. En todas partes, a mi regreso de América, y aun antes de regresar, he tenido ocasión de ponerme en contacto con la masa anónima formada por el pueblo entero, y me he encontrado, mejor dicho, he sentido cómo vibraba el espíritu de aquellas gentes ante mis palabras o ante las palabras de quienes les hablaban del problema americanista; he notado, repito, cómo había en ellas una agitación sentimental que no era producto, como en los intelectuales, de una reversión al sentimiento de ideas elaboradas en la inteligencia, sino el momento

inicial de despertarse el espíritu a un nuevo horizonte.

Pero en las que solemos llamar clases directoras, en las propiamente intelectuales, en las gentes, en suma, que significan algunan dirección, alguna guía en la vida nacional, confesemos que el problema americanista es muy escasamente conocido y sentido. Somos una minoría muy exigua, casi insignificante por el número, un grupo muy pequeño de gentes los que hablamos de esto y sentimos que se agita dentro de nosotros, y ponemos algo más que un interés descuidado, que un interés de respuesta a solicitación de un interlocutor o a solicitación momentánea de un movimiento popular, en el estudio del problema y en los medios para resolverlo.

Hay un ejemplo representativo de este hecho que acabo de indicaros, y quiero decíroslo, aunque realmente todos vosotros lo sabéis por propia experiencia, y no necesitaría demostración ninguna. Pero el hecho es éste: quizás porque los estudios históricos constituyen y son en España una de las disciplinas más cultivadas, tenemos muchos eruditos, tenemos muchos hombres que cultivan este orden de estudios. Pues bien; con dificultad inmensa se encontraría hoy un americanista. Ordinariamente, los que se ocupan de esto se ocupan a la vez de otros asuntos, y son un número limitadísimo, la mayor parte

de ellos resto de una generación en la cual llevaban la bandera del americanismo hombres como Jiménez de la Espada. Pero entre la gente joven, en la cual podemos fiar, en la cual hemos de poner las esperanzas, es de una dificultad inmensa encontrar hoy un muchacho orientado en este orden de conocimientos y con amor bastante para lanzarse a una investigación exclusiva o preferente de ellos; y basta esto, que se podía extender a todas las demás esferas de la vida intelectual, para demostrar que es perfectamente exacta la afirmación de que en las clases directoras, en las gentes que se llaman intelectuales, el problema americanista no ha entrado hondamente, no ha llegado a agitar profundamente, y en la medida que necesitamos, la preocupación y el espíritu colectivos, y, por tanto, en rigor, nosotros, para luchar, no podemos contar sino con estos tres elementos: un grupo muy pequeño de intelectuales, una gran masa social que siente nada más que de una manera vaga el problema, y el grupo de los emigrantes.

¿Por qué esto? Todo hecho tiene su explicación. Claro es que, tratándose de un hecho social, es muy difícil dar una explicación que nos satisfaga a todos; cada hecho social tiene una complejidad inmensa, y es muy difícil para el investigador llegar a ver todas las relaciones que tiene con otra porción de órdenes de la vida. Pero una ex-

plicación bien vale otra, y me permitiréis que yo os dé la mía. Yo creo que esto responde a tres causas principales. La primera es que de ordinario la gente que puede tener aquí opinión no acierta a ver el fruto que puede reportar la unión estrecha con América, y no siente preocupación alguna por el problema americanista. Lo ven quienes saben que detrás de su viaje, detrás del acrecentamiento de nuestras relaciones, detrás de los buenos tratados internacionales, detrás del mejoramiento de la condición del español allí, y detrás del triunfo, o, por lo menos, de la concurrencia considerable en la formación del espíritu americano, hay una ventaja para nosotros; y lo aprecian también las gentes, que saben que todo eso significa el vender más paño, más vino, más aceite. Pero los españoles de otras esferas no ven todavía, repito, en su inmensa mayoría, el fruto que puede dar y lo que puede importarnos mantener en América el influjo de nuestro espíritu, y los peligros que puede traer el perderlo. Claro es que en esto hay un error; pero yo no discuto opiniones, sino que expongo hechos. Hay un error, lo mismo en el orden jurídico que en el histórico, en el artístico, en el social, en el pedagógico. En todos ellos nosotros tenemos, además, mucho que aprender de América; y aunque no fuese más que en el orden de la enseñanza, podemos sacar gran provecho para nuestra

propia obra en ver cómo ellos han planteado la suya y la han resuelto o están en vías de resolverla. Aunque no lográramos más que esto, aunque no estuviera, como está, involucrada esta cuestión con nuestro porvenir, con el porvenir de todos y con el sentido general y la composición de la cultura humana, la cosa bien valdría la pena de que la atendiésemos.

La segunda causa, a mi juicio, es esta: la falta en el momento actual, en España, de grandes ideales. Somos un país, señores (yo creo, por lo menos, que lo somos), carente de preocupaciones trascendentales; vivimos con el problema del día, con la resolución del conflicto momentáneo que se nos presenta delante. Nuestro horizonte es sumamente corto: hay como una niebla espesa que no nos deja ver las lejanías, y nadie apunta para poder disparar de modo que la bala dé en un sitio lejano. Se contenta con que dé en el blanco próximo, olvidándose un poco que aquello no significa nada, quizás, para la orientación futura de su país. No tenemos, como teníamos en el siglo XVI, grandes ideales; y quizás nuestra mayor grandeza entonces procedía de las preocupaciones que apuntaban a la eternidad, es decir a la perduración de nuestra obra. Este espíritu que latía en todos nuestros actos, lo he podido apreciar, y no puedo recordarlo sin emoción, en los restos de nuestras cons-

trucciones de América, que, con la muda y viril elocuencia de la arquitectura, dicen cómo tenía nuestro pueblo el instinto de edificar para una eternidad, como lo tuvo el pueblo romano. Hoy, que hemos perdido ese sentido de nuestra actuación en la Historia, no podemos ver la grandeza, la importancia extraordinaria que tiene el problema americano, que no sólo es un problema de momento ni un problema mercantil de vender mejor; es un problema de futuro que toca a la desaparición o continuación, gravitando y teniendo realidad en la obra de la civilización humana, de aquello que representa el espíritu ibérico, mejor o peor orientado, que esto no es del momento, pero que, al fin y al cabo, es una de tantas flores espirituales que se han abierto en el camino de la Historia a través de las luchas del hombre para su mejoramiento, y que tiene derecho a figurar en el vergel que la Humanidad ha de formar el día de mañana para vivir mejor y de una manera, por tanto, más feliz, conseguidos sus ideales.

Por fin, la tercera causa creo yo que es esta: que sabemos muy poco de América. Sabemos poquísimo de la América pasada, aun de la América nuestra, de la América colonial; y si no, hacedme el favor de decir cuantos alumnos de nuestras Universidades podrían contestar a las preguntas más elementales de historia o geografía americanas.

Yo no digo por qué causa, ni con esto les echo la culpa a ellos; pero el hecho es real, y a todos nos importa remediarlo, pues es triste que sepamos tan poco de lo pasado y de lo presente en lo que a América se refiere. Sabemos, en cuanto al presente, unas pocas noticias de los que vienen de allí, y unas pocas noticias estadísticas respecto del crecimiento de la agricultura y de la ganadería en la Argentina, y respecto del carácter jurídico y militar del pueblo chileno; cierta vaga noticia tocante a los progresos hechos por la República mejicana, etc.; y cosas generales, ideas vagas o diminutas que no tienen consistencia, que no van rodeadas de todo aquel núcleo de noticias que permitan formar juicio exacto de un pueblo; y como desconocemos la cosa, como desconocemos la realidad a que apuntamos, no tiene nada de extraño que no nos interese lo bastante y que no se despierte en el ánimo de nuestras gentes la inquietud, la preocupación por el problema americanista.

Por todo esto, y sean o no éstas todas las causas de las cuales proceden los hechos que apuntaba en el comienzo, no cabe duda que se hace más y más preciso el que nosotros difundamos en el país, por todos nuestros medios la cultura hispano-americana, es decir, el conocimiento de aquellos países, lo que significan y representan, y lo que nos importa el problema americano. ¿Qué me-

dios tenemos para ello? Tres son, a mi entender, los principales. El primero de todos es ir allá, y ese es realmente insustituible.

Cualquiera que haya saludado la psicología o tenga no más que experiencia de la vida humana, sabe que no hay nada equivalente a la impresión personal. Cien libros no valen lo que un cuarto de hora de conversación con un maestro. ¡Cuántas veces hemos aprendido, conversando con escritores nacionales o extranjeros, más que nos dieron a conocer los libros escritos por las mismas personas! El caso es igual respecto de América. Por eso mi deseo, mi propaganda constante de que enviemos mucha gente allí, toda la gente que podamos; y hablo, señores, claro es, de la gente que puede representar el día de mañana un elemento director entre nosotros, es decir, todo lo intelectual que tenemos: nuestros profesores, nuestros literatos, nuestros economistas..., nuestros políticos, inclusive.

El segundo medio es que en este mismo orden de relación, pero ya mirando a una reciprocidad de parte de los americanos, se establezca y se afirme el intercambio de profesores entre las Universidades americanas y y españolas.

Y el tercer medio consiste en la difusión del saber de América, que nosotros podemos conseguir de dos maneras, como otros paí-

ses, como Francia, por ejemplo, lo ha hecho. La primera, dando en el programa de nuestros establecimientos oficiales de enseñanza, en todos ellos, desde la escuela, (no habría inconveniente ninguno) hasta la Universidad, una participación que no tienen, o que tienen muy escasamente, (verbigracia: en la Universidad de Madrid, por excepción, en una sola cátedra muy poco frecuentada), a todos los conocimientos capaces de dar a nuestra juventud una idea de lo que es América, incluso en el orden geográfico. Porque, hablemos con franqueza, ¿no es cierto que de cien amistades nuestras, incluso en las gentes de cultura, noventa y nueve no serían capaces de enumerarnos sin vacilar todas las Repúblicas hispano-americanas? Pues eso da la medida de nuestro conocimiento de aquellos países. ¿Y qué costaría (todo es cuestión de tino, de prudencia, de tacto), qué costaría, digo, introducir estas cosas, no en el tipo de una nueva asignatura que recargase el estudio de los alumnos sino en el de una obra inteligente de cultura bien distribuída, que procurase las noticias fundamentales del orden geográfico, el histórico, el económico, etc., etc., con relación a los países americanos? Y realmente si no lo hacemos en los establecimientos oficiales, y de aquí se difunde a los establecimientos privados de enseñanza por un movimiento lógico de transfusión, careceremos de aquella preparación

necesaria para poder relacionarnos sólidamente con América.

Eso no quita que Sociedades como ésta, como la Unión Ibero-Americana y la constituída en Barcelona, transformada ahora en Casa de América, para que todos, en fin, los Centros hispano-americanos o americanistas que se han fundado en España, tengan una misión que cumplir. Al contrario, yo creo que la tienen muy alta, porque claro es que la medida, la amplitud con que todos estos conocimientos se pueden plantear en los establecimientos oficiales de enseñanza, no pueden ser iguales a las que cabría darles aquí, por ejemplo. Si fundamos la enseñanza americanista en nuestros Centros oficiales, tendríamos, además, público preparado para venir aquí a ver, desde otro punto de vista, con cierta profundidad, los mismos problemas, y a capacitarse para conocerlos y atenderlos cada día mejor.

Pues bien; yo entiendo que el Centro de Cultura Hispano-Americana se ha fundado especialmente para enseñar a los españoles que quieran saber de estas cosas, y llamar la atención de todos hacia lo que es América, hacia lo que significa para nosotros; y yo quiero contribuir a esta obra, como os decía, principalmente con datos de la experiencia propia, con datos adquiridos en mis viajes y en mis comunicaciones con los hombres que en América representan algo en el orden

de la cultura. Ahora bien: para juzgar de la cultura de un país es preciso colocarse en un punto de vista muy amplio y tan complejo como la vida misma, en vez de colocarse en el punto de vista estrecho que ofrece la cultura de un país solamente por la existencia en él de un factor. Me explicaré. Es perfectamente cierto que la expresión más alta de la cultura de un pueblo consiste en la creación, en la obra nueva. Un pueblo que ha llegado a la madurez de espíritu, que tiene fuerza bastante para crear alguna cosa que no se ha dado todavía en la historia de la civilización, o que ha mejorado algo de lo ya producido, ese es pueblo culto. Porque el hecho de que haya producido alguna obra nueva, de que haya creado algo, significa que existe en él un medio capaz para que florezca un espíritu suficientemente formado para esta creación. Mas el poder de crear en un pueblo, el poder de hacer obra nueva, el poder de dejar en la historia de la Humanidad alguna huella indeleble que marque una etapa, que sea como un faro y como un modelo en la serie de los tiempos, eso no depende sólo de la voluutad del hombre: es obra del hombre *más* el tiempo.

Todos recordaréis aquella anécdota, que tanto se ha repetido, de un millonario yanqui que contemplaba no recuerdo si un edificio de la época ojival o del Renacimiento italiano, y hablando de él con un inglés de cultura, le

decía "que ellos, con dinero, también podrían lograr monumentos como aquél." Y el inglés le contestó: "Sí; pero le advierto a usted que esto se ha conseguido mediante dos cosas; dinero, que ustedes tienen, y tiempo, que ustedes no pueden improvisar, porque cada uno de estos monumentos es la florescencia de toda una cultura que ha necesitado muchos siglos para poder desarrollarse y producir estas manifestaciones exteriores."

Pero si nosotros, apreciando esto nada más, dijésemos que pueblo que no crea que no ha llegado ya a tener su carácter propio, que no ha impreso su huella original en la cultura, no es un pueblo culto, cometeríamos un error y una injusticia. ¿Por qué? Indudablemente, aun en la historia de los pueblos que entran en aquella categoría, hay muchos períodos en los cuales la creación se debilita; se produce una especie de cansancio una especie de agotamiento de energías, quizás una especie de transfusión del poder creador de unos a otros, como alguien ha supuesto. Sea lo que fuere, el hecho es que pueblos que han tenido períodos de gran efervescencia en la creación, que han realizado algunas cosas originales que ya no se borrarán de la historia de la civilización, dejan de tener esa representación iniciadora, y entonces siguen viviendo, no fuera de la cultura, sino en un orden de cultura que se limita a repetir, a aprender lo que otros

hacen de nuevo, a realizarlo ellos mismos, asimilándolo, y a seguir el movimiento natural de la civilización, aunque no añadan de su parte ninguna nota nueva. Ahora bien; a un pueblo que hace esto, no cabe borrarlo del campo de la cultura; es un pueblo que estará, o en un período de descanso o en un período de asimilación, porque el ideal a que responde su vida se ha agotado y está elaborando sorda y noblemente los ideales nuevos, o porque aún es demasiado joven para tener definida y en acción su originalidad.

Hay otra posición del espíritu de los pueblos que para mí es representativa de un grado de cultura de importancia, muchas veces, quizás, superior a aquel a que acabo de referirme, y es la que representa el hecho de ver claramente, y en todo su valor, el problema mismo de la cultura, y sentir la inquietud de resolverlo. Ver cuáles son nuestros defectos, cuáles son nuestras deficiencias, cuáles son nuestras necesidades, aunque no las hayamos resuelto todavía, aunque estemos en el período del empuje para ir a resolverlas, significa una visión tan clara de lo que cada pueblo es en el momento histórico presente y de lo que puede y debe hacer en el mundo, que, ciertamente, muchas veces el progreso rápido de naciones asombro de la Historia ha respondido pura y sencillamente a que han visto con claridad meridiana cuáles eran los defectos que tenían, y cuáles los

medios para deshacer esos defectos; a que han sentido la inquietud de su estado de cultura, y por eso se han agitado enérgicamente para salir de él. Quizás una de las notas de atraso más grande que tengamos en España está en que no vemos los problemas, en que nos resistimos a darnos cuenta de nuestros propios problemas de cultura, y decimos muy fácilmente ante las advertencias que nos llaman la atención hacia los defectos y vacíos, esta frase que no será muy española, pero que se repite muchas veces: "¿Qué más da? bien está." Cuando yo he oído en tantas ocasiones calificar, con un optimismo verdaderamente desconsolador, de pasaderos, de aceptables, tantos edificios, tantos locales donde se albergan muchachos y donde dicen que hay una escuela nacional, y he pensado en lo que significa ese contentamiento, ese desconocimiento absoluto del problema, esa tranquilidad respecto de la situación presente, me he echado a temblar, porque si este estado perdurase, es cuando tendríamos que desesperar del porvenir de España.

Pues bien; América tiene los tres factores citados: en América hay hombres y hay corrientes de cultura que crean, que han creado; en América hay en toda la masa una similación constante, una posesión de lo que hacen los demás pueblos, y una repetición de ello amoldada a las condiciones

de cada uno de los países; y en América hay, sobre todo, la inquietud por su problema de cultura, en los dos aspectos fundamentales que puede tener esta inquietud: uno, el estado de cultura misma y el de los establecimientos donde ha de recibirla la juventud; otro, la preocupación del espíritu propio. Yo he visto cómo, con esas palabras en que sale lo más profundo que tenemos en el alma y que a veces parecen sollozos, cómo, digo, la juventud americana lanza con ansiedad, con tristeza, estas preguntas (se las lanza a sí misma, y se las lanza a los extranjeros para ver si pueden darle contestación inspirada en la visión imparcial que puede tener quien va a un país y no se mezcla en sus luchas): "Y ¿cómo somos nosotros? ¿Dónde está nuestro espíritu? ¿Nos lo van a pertubar estas influencias que vienen de afuera? ¿Harán que dejemos de ser lo que somos?"

Esto significa, en muchas ocasiones, lo más hondo, lo más íntimo del problema espiritual de que un pueblo puede preocuparse: la esperanza o, por lo menos, el deseo de hacer, por medio de la cultura, ciudadanos que lleven hondamente impreso el espíritu de la nación a que pertenecen.

Pues bien, señores; yo deseo tratar en estas conferencias de esas tres expresiones de cultura a que me he referido, y daros algunos ejemplos de ellas.

Y antes de entrar en esa parte de mi conferencia, quiero recordaros una cosa que seguramente todos los que estáis aquí sabéis: que nuestra América, la América de lengua española es, en primer lugar, mucho mayor de lo que nos figuramos desde aquí, muchísimo mayor. Nosotros estamos acostumbrados a ver América en los mapas, y en los mapas la proporción se pierde para la observación de la mayoría de las gentes. Luego, como oímos hablar tantas veces a los que vienen de allí, de la Argentina, de Chile, de Venezuela, y otros diversos países, nos parece que han de estar tan próximos unos de otros como en España lo están Galicia, Andalucía, etc. Es preciso medir exactamente en los mapas, o ir allí, para ver la distancia geográfica enorme que hay entre unos y otros países, y la serie de problemas que plantea esa separación. Empezando por el de las relaciones comerciales y turismo, baste este dato: para ir a Méjico desde la Argentina, hay que venir a Europa; los mismos americanos del Norte tienen una difícil comunicación con la última de dichas Repúblicas. Este dato basta, porque responde a la distancia inmensa, y previene respecto de la complicación enorme que supondría el establecimiento de una comunicación que no tendría de momento un provecho considerable; y sabido es que como no suelen establecerse estas comunicaciones

por obra de patriotas, sino de gentes de negocios, éstas no arriesgan capital mientras no ven claro y próximo el provecho.

En segundo lugar, tengamos presente este otro dato: la América española es muy varia. Sus distintas naciones no son iguales en muchas cosas importantes de la vida, y hasta países que están en una misma parte de América, en la América del Sur, verbigracia, ofrecen desemejanzas muy notables. Quien haya estado allí sabe perfectamente, solo con tratar a unos cuantos individuos, que el alma argentina, por ejemplo, no se parece al alma uruguaya, y que el alma chilena es distinta de las dos. Eso hay que tenerlo en cuenta. Es preciso que conozcamos esas diferencias, porque ellas hacen que los problemas nacionales se planteen diferentemente en cada uno de los sitios. No podemos, pues, dar reglas generales ni sentencias firmes en blanco para toda América. Necesitamos estudiar de manera concreta las circunstancias particulares de cada uno de esos países, para que nuestras soluciones se amolden a las condiciones específicas que tiene cada uno de ellos. Claro es que por encima de esta variedad, por encima de esta diferenciación del alma nacional en los países de lengua castellana, hay muchas notas comunes. Esas notas comunes proceden, de una parte, de la comunidad de origen europeo, porque, al fin

y al cabo, son hijos nuestros en su inmensa mayoría. El tinte europeo que fundamentalmente, originariamente, tienen los pueblos hispano-americanos, es el nuestro, y ello representa — no necesito recordároslo — una serie de lazos de orden antropológico y de orden espiritual que, además de originar cierta orientación en la vida, no tiene más remedio que hallarse difundido de una manera esencial en todas las naciones hispano-americanas.

Hay otra cosa que les acerca también, y es la igualdad fundamental de las influencias europeas — digo europeas, y son también americanas — que reciben, porque en todos los pueblos hispano-americanos, aunque en un grado variable, naturalmente, se encuentran estas influencias: la alemana, la inglesa, la yanqui, la francesa y la italiana; estas tres últimas principalmente. Todo ello, pues, contribuye, como digo, a establecer cierta comunidad de espíritu sobre la base de una tradición y unas influencias comunes que tienden a corregir las diferencias nacionales, haciendo que se fundan en un orden superior de orientación y de sentido de vida. Por esto es posible — a lo menos hoy por hoy — hablar de hispano-americanos como algo genérico, y referirse a problemas comunes a todos los países aquéllos, aparte los problemas particulares y las conveniencias e interés de cada uno de ellos.

Tengamos presente este dato para explicarnos ciertas cosas y estar alerta en punto a nuestras resoluciones y actitudes en cada cuestión americanista que se nos puede plantear.

Los ejemplos que deseo presentaros en ésta, y quizás en otras conversaciones del mismo carácter, no digo yo que sean los más salientes de cada uno de los países. Quiero adelantar esta advertencia, para que nadie entienda que, por hablar yo de tales o cuales establecimientos de cultura, de estas o las otras corrientes de ideas, quiero decir que son los primeros en su orden. No pretendo establecer gerarquías ni formular juicios de prioridad. Tomaré sencillamente fenómenos, hechos o nombres *representativos*, y he de procurar tomarlos de todos los países que he visitado, unas veces de la Argentina, otras del Uruguay, de Chile, del Perú, de Méjico, de Cuba, y a veces será de todos ellos, porque he encontrado movimientos comunes a todos esos países.

Comenzaré hablando de aquel establecimiento de enseñanza en que primeramente puse los pies, por un deber de gratitud que todo el mundo reconocerá. Me refiero a la Universidad de la Plata. En la Argen-

tina, como sabéis, hay varias Universidades nacionales: la Universidad de Córdoba, la madre de todas ellas, que conserva el carácter español; la Universidad de Buenos Aires, la de la Plata y la de Santa Fe, que comienza ahora a tomar carácter nacional y a desarrollarse en ese sentido.

La Universidad de la Plata es la más joven (descartando la de Santa Fe, a cuyo nacimiento he podido asistir), y ofrece ciertos caracteres que pueden señalarse propiamente como representativos de las instituciones de este orden en la Argentina, porque con un poco más o menos de prelación, con una intensidad mayor en ciertos órdenes de la vida universitaria y menor en otros, en ese camino van todas ellas. De modo que, en rigor, cuando yo hable de la Universidad de la Plata, aunque le dé a ella todo lo que merece y todo lo que es de ley que de ella se diga, en cierta manera hablaré también de las demás, porque, por ejemplo, en la Universidad de Buenos Aires, las Facultades de Medicina y Derecho (ésta es la que más frecuenté) ofrecen hoy las mismas orientaciones que la Universidad de la Plata constitucionalmente tiene.

Pues bien; la Universidad de la Plata es sencillamente una Universidad de tipo moderno, una Universidad que se separa completamente de las viejas Universidades euro-

peas que al principio se copiaron en América; y es así, por varias cosas fundamentales: primera, la del *programa*. Sabéis que nuestras Universidades son, cuando más, un complejo de cinco Facultades (antiguamente, seis, con la de Teología): la Facultad de Derecho, la de Medicina, la de Filosofía y Letras (diversificada ahora en varias Secciones), la de Ciencias y la de Farmacia: ese es, fundamentalmente, el tipo clásico europeo. El tipo moderno de la Universidad ya no es este, sino el que abraza en su seno la totalidad de las disciplinas científicas, rompiendo con aquella jerarquía que consideraba como superiores ciertos estudios que servían para lo que se llamaba "las carreras liberales", y apartaba la atención de todos aquellos problemas que la vida moderna ha puesto sobre el tapete y en primera fila. Por eso las Universidades modernas del Norte de América, y aún algunos establecimientos de corte universitario de Europa (por ejemplo, de Suiza) tienen, al lado de las Facultades clásicas, otras como las de Agricultura o de Agronomía, de Ciencias Industriales o de Ciencias aplicadas a la Industria, la de Ingeniería, la de Comercio y otras varias referentes a los problemas de la vida material o económica, respecto de las cuales se ha comprendido el peligro que había en dejarlas fuera de la Universidad, suponiendo que son menos importantes que la Ciencia del Derecho, o de la Medicina,

o de la Historia, y no merecen codearse con éstas.

Pero, al propio tiempo, la Universidad moderna se ha percatado de esto otro, de que nosotros especialmente parece que nos hemos enterado ya, a saber: que la Universidad es un Centro educativo, el cual trabaja con un personal de alumnos que no forma ella misma, que procede de formaciones anteriores, de la llamada segunda enseñanza y de la escuela; y que, por tanto, la Universidad jamás podrá dar los frutos apetecidos si se desentiende del problema pedagógico concebido en toda su amplitud, y no mira con cariño, con amor, y no cobija bajo sus alas la enseñanza secundaria y la enseñanza primaria. Por eso la Universidad moderna tiene, o procura tener también, su Escuela y su Centro de segunda enseñanza.

La Universidad de la Plata contiene las Facultades tradicionales: Derecho y Ciencias Sociales, con su Sección de Historia y Literatura (lo que diríamos nuestra Facultad de Filosofía y Letras); de Ciencias físicas y naturales [1]; de Ciencias matemáticas y astronómicas; de Agronomía y Veterinaria; una Sección especial de Pedagogía, y una Sección secundaria, con un Colegio que llamaríamos nosotros Instituto general y téc-

(1) La de Medicina no existe aún; mas parece que se piensa en crearla.

nico, en el cual no sólo se preparan los muchachos que nutrirán la Universidad, sino que se aborda por primera vez en la Argentina este otro problema que nosotros nos hemos planteado y no resuelto: el problema del internado. Para ello ha construído un edificio que se inauguró estando yo allí; y en vez de apartarlo de la Universidad, está amorosamente atendido por profesores universitarios, que no se desdeñan en ir a tratar con muchachos de edad no universitaria, y que se preocupan de los problemas de higiene física y espiritual que la juventud y la adolescencia plantean, y de cuya resolución dependerá la salud de aquellas almas el día de mañana, y su provecho en el orden de la vida nacional.

Decidme si una Universidad que hace todas estas cosas, y que tiene además implantada la extensión universitaria, no es una Universidad de tipo moderno que ya quisiéramos nosotros para los días de fiesta.

La Universidad de la Plata muestra también su carácter moderno en esta otra nota: en su sentido internacional; pues siguiendo el ejemplo de las Universidades norteamericanas, ha creído que no podía ni debía encerrarse en los límites de la vida nacional, con ser ésta tan extensa, y ha procurado la colaboración directa de profesores de otros países, no en conferencias sueltas que dejan escasa huella, sino en cursos prolongados

durante varios meses. Así, ha llamado a profesores italianos, norteamericanos y españoles, y se ha abierto completamente, sin recelo, no pensando en que aquello traiga perturbaciones a su espíritu ni empequeñezca su obra, porque solo temen ser absorbidos aquellos que carecen de fe bastante en las fuerzas de su propia espiritualidad. Ha abierto, pues, sus aulas a todo el mundo; ha hecho que su juventud se diese cuenta de otros factores y otras orientaciones espirituales distintos, a los que no les han pedido más que aquello que se debe pedir lógicamente a todo profesor: que en su cátedra no hagan más que ciencia, que no hagan propaganda de ningún género, puesto que desde que la hicieran dejarían de cumplir la augusta misión que tiene el profesorado y que reposa en un exquisito respeto a la originalidad y a la independencia del espíritu de los que están puestos bajo su custodia, a quienes deben, por tanto, comunicar lo cierto como cierto y lo dudoso como dudoso, absteniéndose de ejercer ninguna presión dogmática ni de imponer ninguna dirección científica que no esté perfectamente comprobada.

En tercer lugar, la Universidad de la Plata tiene otra nota, para mí quizás de más importancia que ninguna de las que ya os he dicho — y dejo a un lado el valor que significa el disponer de veintitantos edificios universita-

rios, con un Museo de Historia Natural que en ciertos ramos es el primero del mundo, porque posee ejemplares únicos, y un Observatorio astronómico dotado de todos los aparatos necesarios, etc. — Esa nota a que aludía y que yo coloco en primer lugar, es la de que sabe que no lo ha hecho todo, que tiene conciencia de sus imperfecciones. Sus fundadores saben, lo saben bien — y esto tiene más valor que cien realidades —, cual es el camino que les queda por andar; y en vez de mostrar las cosas que hacen como insuperables y definitivas, las enseñan considerándolas sencillamente como pasos dados en un camino largo y espinoso, y aspiran todos los días a rectificarse a sí mismos, a perfeccionarse, convencidos de que un organismo se mantiene vigoroso mientras se nutre de nuevas fuerzas y se remoza en continua variación y mudanza; pero cuando permanece en reposo, es porque ha cristalizado y tiene agotada ya su finalidad.

Quisiera hablaros todavía hoy de otra porción de cosas; pero la hora es sumamente avanzada, y no tengo derecho a abusar de vosotros ni puedo prolongar esta conferencia más de lo que me proponía al principiarla. Si vosotros queréis que continuemos ésta que yo considero como una simple conversación (ya véis que he huído del tono de discurso, en primer lugar, porque no sé hacerlos, y en segundo, porque para contar

lo que uno ha visto o llamar la atención hacia ciertos problemas no hay necesidad de hacer párrafos o de pegar puñetazos en la mesa), en ese mismo tono la continuaremos otro día. Entonces os hablaré de otras Universidades hispano-americanas y de tres puntos de que quería hablaros en este día, y sólo iniciaré ahora ligeramente. Uno es el de la Oficina de decoración escolar que he visto en Buenos Aires, una de las fundaciones de cultura más interesante de aquel país. La preocupación de que la escuela sea alegre, de que la escuela sea un encanto para los muchachos, de que el niño encuentre allí a cada paso la educación de su vista y de su gusto estético por la reproducción de las grandes obras de arte, ha producido la formación, de una manera sistemática, de material estético para las escuelas, acompañada de una gran difusión de otro elemento que es, a mi juicio, altamente educativo: las flores. No he visto, en efecto, una escuela argentina donde no hubiera flores, y rara vez las he encontrado en una escuela de niñas de España.

Otro asunto también pensado para hoy era el de la orientación de espíritu de la juventud universitaria hispano-americana. No quiero desflorarlo. Tiene tanta importancia para nosotros el saber cómo piensan aquellos estudiantes (allí, como en todas partes, hay, por supuesto, malos estudiantes;

pero eso no nos importa, lo que nos importa es la corriente general), que merece capítulo aparte.

Y, por último, quería hablaros también esta tarde — e igualmente lo dejo para otro día — de la difusión en todas las Repúblicas hispano-americanas de ese movimiento de extensión universitaria que significa una orientación social de los establecimientos de enseñanza superior y de las gentes que viven en ellos, empezando por los alumnos mismos.

De esto, y de algunos de los hombres que, a mi entender, merecen ser conocidos en España, y cuya obra no ha llegado a nosotros todavía (y entre ellos, singularmente, a los que, por una razón muy natural, yo tengo que dirigir principalmente mis miradas ahora, o sea a los maestros y a los que se preocupan de la obra de la educación), hablaré otro día. Entre esos hombres incluiré al profesor de Pedagogía y de Moral de la Universidad de Montevideo, Carlos Vaz Ferreira alguno de cuyos libros conoce alguien en España, pero la totalidad de cuya obra es desconocida aquí o no está difundida en el público. Bien vale la pena de que vosotros y yo le dediquemos una tarde, porque Vaz Ferreira, es la representación más alta, a mi entender, de la pedagogía del buen sentido y del rigor lógico y el sentimiento humano a la vez; de la pedagogía iluminada

por una alta cultura general, la cual, por ser ante todo una obra de *arte*, necesita tener muy despierto el sentido que, según cuentan, decía Sagasta ser el complemento de nuestro espíritu: el sentido de «hacerse cargo».

SEGUNDA CONFERENCIA

SEÑORAS Y SEÑORES:

El día anterior, al entrar ya en la parte substancial de estas conferencias, es decir, en la exposición de ejemplos (tomados unas veces de instituciones, otras veces de personas de posición y relieve) para explicar cuál es la característica de la intelectualidad y, en general, de la cultura hispano-americana, no tuve tiempo de trazar con detalle más que las líneas referentes a la organización y el sentido de una de las Universidades de la Argentina: la Universidad de la Plata.

Rocordaréis que la Universidad de la Plata la caracterizábamos con estas notas fundamentales: es una Universidad de tipo moderno, es decir, no es una Universidad que repita el tipo clásico perpetuado en las Universidades históricas de Alemania, de Francia, de Inglaterra (aunque en Inglaterra son ya

notables las derivaciones hacia el sentido moderno), sino una Universidad de las que están en Europa representadas por la nueva Universidad de Londres, por el Politécnico de Zurich o por las Universidades comerciales e industriales de Alemania, que, no obstante llamarse así, incorporan a la formación que llamamos "técnica" en España la cultura general universitaria de sus alumnos, pensando que esa cultura es absolutamente necesaria para que el comerciante sea un buen comerciante y el industrial un buen industrial.

Decíamos también, que la Universidad de la Plata no es sólo "nueva" por su programa, sino a la vez por su sentido internacional y por lo que podríamos llamar la conciencia de su misma vida orgánica, de las condiciones que necesita para ser un organismo que prospere y viva, en vez de ser una cosa rígida, y por rígida, muerta, hecha de una pieza desde el primer momento y que ya no puede cambiar, porque se considera como el prototipo de las cosas perfectas obtenidas desde el primer instante.

Como demostración de que en el programa era una Universidad moderna, os mencionaba la lista de sus Facultades y de lo que se llaman allí Secciones, pero que no tienen ninguna diferencia interna con una Facultad. La Universidad de la Plata tiene Facultad de Ciencias naturales, con un museo admirable, único en algunas piezas en el mundo entero;

Facultad de Ciencias matemáticas, físicas y astronómicas, en la que, uniendo lo que solemos llamar (en el juego de palabras que constantemente nos lleva al error, pero que seguimos usando para podernos entender) lo teórico a lo práctico, no sólo se dan los que diríamos estudios de Ciencias, sino que se forman ingenieros en aquellas especialidades que responden al cuadro de asignaturas de una Facultad de Ciencias físico-matemáticas y astronómicas; por ejemplo, ingenieros electricistas. Es decir, que esto, que se halla en España y en algunas naciones europeas, apartado de las Universidades, fuera de ellas como si no fuesen estudios propiamente universitarios, en la Plata se ha unido con muy buen acuerdo al cuadro de lo que se llama enseñanza superior. Tiene también la Facultad de Ciencias jurídicas y sociales, que se dirige principalmente a la formación de estos tres grupos de personas: de abogados, de sociólogos, y de lo que diríamos hombres de Estado, la carrera de Administración y de Política propiamente dicha. Posee además una Sección pedagógica, que es como una Facultad de Pedagogía, con su laboratorio de Paidología, con un buen laboratorio de Psicología experimental y una serie de enseñanzas que tienden a dar a los alumnos y a las alumnas el conocimiento del factor espiritual y físico del niño, como uno de tantos elementos que concurren a la obra de la educación o

por lo menos, que deben tenerse en cuenta para guiarla de una manera racional. Tiene también la Plata una Sección derivada, Facultad de Ciencias jurídicas y sociales, que lentamente se va constituyendo como Facultad plena, que será de Filosofía, Historia y Letras, y que responde a nuestra antigua Facultad de Filosofía y Letras. La Facultad de Agronomía y Veterinaria está perfectamente instalada, con una granja experimental de primer orden, donde los alumnos viven en pleno campo y hacen todos aquellos menesteres necesarios para poder después dirigir las labores, vistiendo desde un principio la blusa obrera, y no desdeñando recoger la hierba y ejecutar manualmente lo que el día de mañana habrán de ordenar en las grandes y extensas granjas que dirijan. Decía igualmente en mi conferencia anterior que la Universidad de la Plata muestra en su programa la nota moderna con la anexión a ella de un grupo de estudios secundarios, que es, de una parte, instituto de preparación del personal con el que ha de trabajar la Universidad el día de mañana; de otra, como una expresión exterior de la atención que hacia el problema educativo (que es *uno* absolutamente en todos los grados) pone aquel que se ha considerado durante mucho tiempo como el grado superior, el privilegiado, que puede mirar por encima del hombro a todos los demás. Estos estudios secundarios para los dos sexos, con determinación

especial hacia la cultura de la mujer, posee un internado, primer ensayo fundamental de este género que se hace en la República Argentina en unión con una obra universitaria. Y por último, tiene la Plata la institución de la Extensión universitaria, establecida de una manera normal y corriente, en dos formas: como un movimiento del profesorado, y como un movimiento de los alumnos de la misma Universidad, los cuales trabajan independientemente de aquélla: pero con su ayuda, con su protección y con su tutela.

La segunda nota que fija ese carácter de la Universidad a la moderna, dije que era el sentido internacional de sus enseñanzas. Allí se ha entendido que la obra científica y, en general, la de cultura, no es una obra estrecha de nacionalidad, sino una obra que salta por encima de las fronteras que dividen a los pueblos, y que, dejando a cada uno todo el valor de su propia individualidad, tiende a producir un resultado común que esparza beneficios iguales para todos los hombres y que procure deshacer muchos de los recelos y prejuicios que nos separan en aquella acción común civilizadora a que todos tenemos obligación de concurrir.

Y, por fin, decía que quizás donde se nota más que la Universidad de la Plata es una Universidad de hoy y de mañana, que es una Universidad tal como la han soñado tantos hombres durante muchísimo tiempo, es

en el alto, en el profundo, en el modesto sentido que tiene de sus vacíos e imperfecciones. Ella no ha pensado ni por un momento que al fundarse se establecía ya con un molde para toda la vida, sino que ha querido ser como un organismo que va creciendo de dentro a afuera, y que cuando ha encontrado condiciones en los medios o en el personal para crear un servicio nuevo dentro de ella, lo ha creado, y mientras no ha reunido esas condiciones, se ha abstenido prudentemente de figurar en el papel lo que no podía tener realidad. Así se va enriqueciendo con nuevos grupos de estudios, con nuevas Facultades, y camina sólidamente, con la vista fija en el cuadro de lo que falta por hacer, mirando mucho más a los vacíos de su obra actual que a sus éxitos, porque cree que de este modo podrá avanzar con paso más seguro y rápido que si se detuviera ante la vanidad de lo hecho, por muy excelente que fuera. Y en esto acierta plenamente, pues cuando creemos haber realizado a la perfección una obra, nos inclinamos a mantenerla perpetuamente en aquella manera que ha satisfecho al principio.

Como hablé el otro día (y ahora he recordado brevemente) de la Universidad de la Plata, hablaré en otras conferencias de otras Universidades de diferentes naciones, dentro de las cuales cada una de aquéllas tiene su

nota especial, que muchas veces es imposible apreciar a través de los libros. No basta, efectivamente, para juzgar de un establecimiento de enseñanza en general (como tampoco basta para juzgar de nada de lo que hacen los hombres), la lectura de estatutos, reglamentos, memorias o discursos. Es preciso ver a los hombres trabajando, y observar todas esas pequeñas cosas (aparentemente pequeñas), todas esas insignificancias de la vida en que a veces se refleja mucho mejor que en lo que llamamos grande (probablemente en esto de lo pequeño y de lo grande hay siempre un punto de vista muy relativo y personal), lo que constituye la enjundia y el jugo real de una idea puesta en práctica. Pero por el carácter que yo deseo dar a estas conferencias, no quiero sujetarme a un plan en virtud del que ahora, por ejemplo, puesto que he comenzado tratando de una Universidad, hubiese de seguir hablando de todas las Universidades hispano-americanas, o, a lo menos, de aquellas Universidades que pueden considerarse como tipos para que los españoles se formen una idea de lo que es la intelectualidad en las diferentes naciones hispano-americanas. Quiero, por el contrario, mantener, en esto que llamamos conferencias, pero que en rigor, como ya habéis visto el día último, son conversaciones, el juego libre, no de mi capricho ni de mi fantasía, pero sí del recuerdo y de la relación espontánea entre las

ideas, que en un momento dado traigan a mi memoria una imagen con vivacidad bastante para dar calor a la frase. De instituciones hablaré unas veces, y de hombres otras. Y claro es que si yo hubiese de seguir aquel sistema rígido a que me referí, no podría hablar de la República Argentina sin hablar de otras instituciones, de otros centros universitarios y de muchos hombres, ya de los que podemos estimar como cimas dentro de la intelectualidad argentina, ya de otros que no llegan a esta categoría, pero que considero tan interesantes en su esfera como los primeros. Hay, efectivamente, en esto de la apreciación de la obra personal en el mundo, un error a que nos inclinamos con mucha frecuencia todos, y es el de creer que no tienen importancia más que las obras de aquellas personalidades que se han señalado por encima de todas las demás, y que siguen brillando a través de los siglos como un modelo, como una aspiración apetecida por todos los que trabajan en el orden intelectual; y digo que éste es un error, porque, en primer lugar, el número de los hombres que llegan a esta categoría es muy escaso, y porque si no juzgamos en cada momento de la historia mas que por la existencia de uno de estos hombres, verbigracia, de un Goethe o un Kant, en Alemania, encontraríamos muchos períodos en que las naciones no los producen iguales, y po-

dríamos incurrir en una equivocación y en una injusticia al deducir que el pueblo a que nos referíamos se encontraba por solo este hecho en una depresión, en una curva hacia abajo. Y en segundo lugar, porque la fructificación de la obra de estos que llamamos genios o cimas de inteligencia sería imposible si no viniera una legión de obscuros y modestos trabajadores que no siempre se limitan a repetir, y cada uno de los cuales representa una interpretación personal (y original, por tanto) del pensamiento que lanzaron por primera vez al mundo aquellos genios, así como la realización, en las diferentes direcciones de la vida práctica, de toda la substancia que llevan dentro de sí aquellos pensamientos: realización imposible, incluso por ley física de energía, a un solo hombre. Por esto cuando se quiera trazar el cuadro de la intelectualidad de un país, no debe uno limitarse a contar los genios o los hombres excepcionales, porque muchas veces no se les encuentra, y otras veces son muy pocos; y en todo caso sería injusto borrar, ante el brillo de esos gigantes, el trabajo, la colaboración, la obra de todos los demás.

Creo precisamente que nosotros los españoles estamos a dos dedos de caer en este error que combato, con relación a nosotros mismos, y de dar a ese error una aplicación y una gravedad suma en el problema de nuestras relaciones con América; y como la

cosa es congruente, quiero hacer la observación con aquella lealtad y sinceridad que aspiro a poner en todos mis actos, y que me parecen mucho más exigidas en problemas como éste de carácter nacional. El error consiste aquí en creer que si nosotros hemos de colaborar en la vida intelectual americana (y ya vimos el día anterior que es absolutamente necesario que colaboremos, so pena de un suicidio, que sería algo más que eso, porque no sólo nos mataría, sino que heriría de muerte aquello que es superior a nosotros mismos, el sentido de la civilización de nuestra raza), que si hemos de contribuir, digo, a la vida intelectual hispano-americana, no podemos ni debemos aportar a esa obra más que la espuma escogida de nuestra ciencia y nuestro arte, la media docena de nombres que podemos poner al nivel de las grandes intelectualidades del Extranjero; y como el número es reducido, más reducido entre nosotros que en otros países, porque no tenemos bastante base abajo para hacer posible el despertar de muchas inteligencias que si tuviesen un medio ambiente apropiado a esta función florecerían, se nos acabará pronto el personal, y, por tanto, nuestra colaboración en América terminaría en breve. Esto es un error que cualquiera que haya ido a América ha podido comprobar perfectamente, porque en la obra de

la enseñanza y, en general, en la de la cultura americana, han colaborado y colaboran muchísimos extranjeros, y la inmensa mayoría de ellos, habiendo hecho obra fundamental, obra de una cuantía extraordinaria en las distintas Repúblicas hispano-americanas, no son, sin embargo, ni hace falta que sean, hombres que puedan colocarse, por ejemplo, en el campo de las ciencias químicas al lado de Pasteur, o en el campo de las ciencias filosóficas al lado de Hegel, ni siquiera al lado de Cousin. No; han sido modestos trabajadores, bien orientados, con un fondo grande de cultura, con un amor extraordinario a su misión, que han llevado allí lo que ellos representaban de asimilación y de florecimiento de la cultura de su país, y lo han reflejado en aquéllos; y no por esto ha sido menos fructífera, menos valiosa la obra.

Ahora bien; es indudable que nosotros tenemos, como toda nación civilizada, muchos de esos modestos trabajadores, muchos de esos hombres que no brillan en primera fila, y que quizás no brillarán nunca en ella pero que, sin embargo, pueden realizar trabajos de un valor grande y pueden colocarse perfectamente en el mismo nivel que aquellos extranjeros que la han realizado hasta ahora, sin necesidad de llamarse con esos nombres gloriosos a que me he referido antes o cualquiera otro análogo. Es necesario, por tanto, que nosotros reaccionemos y volvamos a fiar

en nuestro haber intelectual, sin pensar que necesitamos enviar todos los días para enseñar Filosofía del Derecho a un Giner de los Ríos; para enseñar Historia literaria, a un Menéndez Pelayo; para enseñar Matemáticas, a un Echegaray, etc. Por otra parte, esa porción de hombres de menor renombre o jerarquía intelectual que pueden hacer allí obra útil, son precisamente los que tienen mayor facilidad, por su edad y menores ocupaciones, para hacer el viaje y ponerse en contacto con la sociedad hispano-americana, y producir una convivencia que no debe ser rápida y fugaz.

Apuntaba en mi conferencia última que otra institución representativa de la cultura de la Argentina era la Oficina de decoración escolar, y que la había escogido por dos razones: primera, por su originalidad (sobre todo, para nosotros) y por el ejemplo que ofrece de una obra relativamente fácil; y después, por el alto sentido que representa tocante a la función de la escuela. Decía, si mal no recuerdo, que una de las impresiones más gratas entre las que he recibido en América (y esta impresión ha podido ser, naturalmente, más extensa y más intensa en la Argentina, porque el tiempo que he permanecido allí ha sido mayor que en las demás Repúblicas), fué la de ver cómo se cuida en la escuela

de la nota de arte, mejor dicho, de la nota estética, de la nota de belleza, procurando llevar al local en que van a trabajar los niños y el maestro o maestra, todos aquellos elementos que pueden producir ideas risueñas y agradables y que rompen un poco la preocupación de que se está en un lugar cerrado, en un sitio que tiene cuatro paredes, por introducir en él, hasta donde es posible, la Naturaleza, para que el pensamiento vuelva hacia aquellos sitios donde sería el ideal que pudiéramos hacer constantemente la educación de nuestros hijos, hacia el pleno aire, hacia el campo. Al mismo tiempo, se procura educar el gusto y el sentido de la belleza en las niñas y en los niños, haciendo que ellos y ellas decoren cada una de las clases en que trabajan, las diferentes secciones de las escuelas, aportando la nota original, la nota propia, sugiriendo lentamente esta idea que empiezan ya a comprender nuestras mujeres, a saber: que lo que da más encanto a un hogar no es el tener muebles lujosos ni el mandar comprar a los criados todos los días un ramo que cueste caro, si no el saber colocar las cosas, dejando en cada sitio una expresión de la gracia, del gusto, del sentido personal de la belleza, una huella de la mano que las ha colocado; el saber dejar, en cada lugar donde ha de posarse en los momentos de reposo la mirada de los hombres que trabajan todo el día, alguna nota que recuerde aquellas cosas

con que estamos soñando diariamente los prisioneros del bufete y del sillón.

Pues bien; esto lo han entendido de una manera admirable los maestros argentinos, y por eso he encontrado en todas las escuelas flores y cintas, he encontrado decoración de estatuas, he encontrado esa huella personal y graciosa de que hablaba antes y en la que colabora también la música, realizando algo que muchas veces he apetecido para España: el tipo ideal de la escuela con muchas flores y un piano, reuniendo así aquellas tres cosas, flores, música y niños, ante las cuales sería necesario tener un corazón muy duro para no sentirse dulcemente conmovido.

Pues bien; la Oficina de decoración escolar concurre a esta obra en la forma siguiente. Sus fundadores pensaron en la conveniencia de que el niño se halle en contacto con la representación de las grandes obras de arte, que hasta ahora se han reproducido, por lo común, de una manera industrial, muy imperfectamente o en condiciones económicas inasequibles, y juzgaron que era preciso buscar un sistema rápido de reproducción, utilizando todos los progresos de las ciencias aplicadas, para que las escuelas, con poco dinero, poseyeran en plazo breve representaciones lo más perfectas posibles de las grandes obras pictóricas y escultóricas. Para lograrlo, han escogido la aplicación de la fotografía, estableciendo un taller de ampliaciones fotográficas

de aquellas obras. Hacen, pues, la ampliación, y de ella sacan gran número de copias, que se entregan a las escuelas. El procedimiento es bien sencillo: no se necesita más que un laboratorio pequeño de fotografía, con una o dos personas peritas en el arte, y luego una serie de auxiliares para el objeto de ir reproduciendo la cantidad necesaria; todo ello sobre la base, claro es, de las observaciones precisas para determinar cuál es el tamaño apropiado para que los cuadros sean bien vistos desde cierta distancia por los niños, sin perder ningún detalle fundamental. El servicio se completa mediante un grupo de personas que sepan escoger, como pedagogos y como artistas, aquellas obras que pueden ser interesantes para los niños, y que dirijan de una manera sistemática y discreta esta obra de educación. Después de ver cómo funciona aquella Oficina y cómo ha resuelto a la vez otro problema capitalísimo con el que hemos tropezado todos los que nos ocupamos de la educación histórica, a saber: la falta de cuadros históricos nacionales, porque los editores que los producen hasta ahora bien son extranjeros que, naturalmente, acuden de un modo exclusivo o preferente a las necesidades de su historia nacional, y no se preocupan de la nuestra; cuando he visto, digo, cómo las escuelas argentinas, con la reproducción de retratos auténticos de los grandes próceres de la Independencia y de la formación nacio-

nal de la Argentina, y con la representación de los lugares históricos en que se han desarrollado sucesos importantes, han resuelto aquel importante problema, me he dicho: "Esto también lo podíamos hacer nosotros. ¿Qué haría falta para ello?"

Ordinariamente, señores, para hacer las cosas en la vida se suele decir que hace falta dinero. Sí, hace falta, y precisamente yo, ahora, en el cargo que desempeño, en la función que estoy cumpliendo, tengo razones y datos para convencerme de ello todos los días. Hay muchas cosas para las cuales es absolutamente necesario el dinero; pero el dinero es de por sí una cosa muerta. Por mucho que hinchemos con dinero el bolsillo de una persona, si la mano que ha de sacarlo, que ha de distribuirlo, no tiembla un poco con el temblorcillo de un ideal, ese dinero será absolutamente perdido. Lo que hace falta es que tengamos amor a la cultura del país, que un grupo de personas verdaderamente interesadas en esta obra pidan las pesetas que hacen falta para implantar un taller de ampliaciones fotográficas, y estoy seguro que ese amor, como todo amor, será fecundo, y al poco tiempo tendremos realizada la obra.

Saltando ahora de una cosa de carácter nacional a otra de carácter general, quiero

hablaros de la juventud universitaria hispanoamericana, es decir, la de todos aquellos países que he visitado.

Ya podréis comprender con qué interés me acerqué al espíritu de los jóvenes de aquellos países. El que ha pasado algún tiempo en la educación de la juventud, no puede sustraerse a ese interés grandísimo, el primero de todos.

Confieso que cuando empezé a ser profesor, lo que me interesaba sobre todo era mi asignatura. Nadie me había enseñado a enseñar, porque aquí tenemos la pretensión de lograr profesores sin hacerlos, y lanzamos de repente a jóvenes dotados, en el mejor de los supuestos, de un gran deseo, de una gran vocación, de un gran interés por una especialidad científica, a la cátedra, frente a un grupo mayor o menor de espíritus, cada uno de los cuales es un conjunto de problemas. Pues bien; digo que en los primeros tiempos de ser profesor, lo que me importaba era la asignatura: explicar el programa, saber bien su contenido, y no miraba a los alumnos, a pesar de que me había ejercitado ya en la educación de niños, si no como seres receptivos que estaban esperando que yo les diese la mayor cantidad de ciencia asimilable del mejor modo posible para que no fuera difícil la recepción por parte de ellos. Pero poco a poco me fuí percatando de que la misión principal del profesor es estar atento, no a su

propio saber, sino a la inteligencia y a la voluntad de los que dirige, y recibir de ellos la verdadera formación experimental de su obra educativa. Quien tiene aptitudes docentes, sabe recoger esas lecciones. Aquel, por el contrario, en cuyo espíritu no hagan mella, puede dedicarse sin remordimiento a otra cosa, porque es que no sirve para la enseñanza. Esa lección, pues, que yo iba recibiendo todos los días de los que estaban en los bancos, me hizo ver que había planteado mal el problema; que allí no había más que una cosa interesante, por encima de la Historia del Derecho, y era el alma de cada uno de aquellos muchachos, de la cual yo respondía en una parte de su cultura intelectual no reducida al puro saber de la Historia del Derecho, sino referente a su entera educación; porque, al fin y al cabo, yo debía ser constantemente un ejemplo, el mejor posible, en todas las direcciones de mi conducta y en la total formación espiritual de los jóvenes, para quienes esto será siempre más importante que el saber más o menos Historia.

Y desde entonces empecé a preocuparme menos de mi asignatura y más del espíritu de los alumnos, porque, en último resultado, se comprende bien lo secundario que es el que un licenciado en Derecho salga sabiendo más o menos del contenido de las asignaturas, y en cambio es fundamental que no salga con vicios intelectuales, con una mala orien-

tación en este orden de su vida, sin amor a la cultura y sin la conciencia honda de que será, el día que abandone las aulas, y aun mientras que esté en ellas, un factor activo, importante, de la obra nacional, y, por tanto, que le cabe una parte de responsabilidad hondísima en lo que su patria sea en el mundo. Eso sí que importa; y realmente, como eso fué lo que llegó a importarme ante todo con respecto a mis alumnos, ¿cómo no había de interesarme igualmente en otros, cuando registré el espíritu de otras naciones diferentes de la mía, respecto de las cuales se me planteaba un doble problema: el de enterarme de cómo eran ellas, y el de ver, una vez conocido el medio ambiente, cómo nosotros podríamos contribuir a la obra de su cultura por encima de las singularidades nacionales, pero partiendo de ellas, no digo ya con un hondo respeto político internacional, sino también psicológico, por que sin eso sería completamente imposible fundar ninguna acción humana duradera?

Pues bien; yo procuré acercarme a los jóvenes hispano-americanos; procuré hablar mucho con ellos, y hallé, como en todos los países, estudiantes a quienes les importaba muy poco el estudio, estudiantes que buscaban ocasiones para no trabajar, estudiantes que iban detrás del título como de una ganzúa que abre situaciones y posiciones en el mundo, estudiantes esclavos de su propia

vanidad de saber mucho para que las gentes los admiren; pero al lado de todo eso me encontré una cosa interesante: una juventud estremecida ya con la inquietud de estos dos problemas: "¿Qué soy yo en la Universidad? Y ¿se limita mi deber a lo que hago en la Universidad?"

Lo primero lleva, a grupos muy importantes de la juventud hispano-americana, en todos los países que he visitado, a pensar que la Universidad no es una simple oficina de títulos, sino que es una institución en la cual se está fraguando la espiritualidad de la patria para el día de mañana, y que en esa obra el elemento más activo de todos no es el profesor, si no el alumno, por dos razones fundamentales: la primera, que conocen muy bien todos los que han educado algo (y no es necesario ser un profesional; basta ser padre), que como el educando no quiera, será perfectamente inútil, siempre, todo lo que haga el educador, porque para educar es necesaria la entrega sincera y franca del espíritu de aquel que debe educarse; y la segunda razón estriba en el hecho de sentirse como algo *activo,* como algo que colabora fundamentalmente en una obra, produce amor y sentido de responsabilidad, sin los que sería imposible toda empresa. Esa preocupación ideal que he observado en muchos jóvenes de la América española, es rarísima, confesémoslo con franqueza, entre nosotros; pero no

siempre debemos censurar por ello a los jóvenes. En general, es indudable que no se puede censurar a nadie, en el sentido duro que la palabra tiene, por defectos de que no sea responsable. Ahora bien; si los jóvenes españoles son indiferentes, y aun hostiles, a la Universidad, es, la mayoría de las veces, porque no hemos sabido educarlos de otra manera ni han hallado en el medio ambiente ese respeto y ese amor a la enseñanza que a ellos les pedimos. Sin duda, el reconocimiento de este origen de su estado de opinión respecto de la Universidad, no excluye el deber de corregirlo, llamando la atención sobre los errores perjudiciales en que reposa; pero esa corrección habrá que hacerla, no sobre la base de la autoridad que da el estar por encima en la jerarquía, si no apoyándose en el hecho firme de que los alumnos sepan que aquel que les habla les quiere, se preocupa por ellos, no corrige como censor duro de faltas ajenas, que quizás en el fondo de su alma comparte, sino como padre que quisiera ver a su hijo con todas las perfecciones imaginables, pero sabe bien que no puede llegarse a la perfección si no se van corrigiendo los defectos que ponen trabas en el camino. Entendida así la censura, he dicho a todos los que alguna vez me han preguntado acerca de sus deberes como estudiantes: "Ustedes entienden ordinariamente que la colaboración de un alumno en la cátedra se

limita a estudiar el programa, a escuchar cuando habla el profesor, y que, cumpliendo esta congrua indispensable, ya no tienen ustedes nada que hacer ni con qué contribuir a la obra universitaria; pero se equivocan completamente, porque no hay profesor, por mucho tiempo que dure su enseñanza, por muy intensa que ésta sea, que les pueda decir a ustedes todo lo necesario para su cultura, ni siquiera en lo referente a la especialidad que le está confiada, porque como todas las cosas están enlazadas en la realidad, cada uno de los conocimientos que se van añadiendo en cada materia supone una base de relaciones con otras muchas que es preciso conocer, y que, mientras no se poseen, dejan completamente en el aire el conocimiento especial."
Ahora bien; ese complemento de lo que se trabaja en la cátedra no puede hacerse en ella, y es preciso confiarlo a la labor personal del alumno, que añade, a lo que recibe directamente de su profesor, todo lo que por sí mismo busca para *saber,* no para rellenar preguntas de examen; y esa colaboración, típica en los estudiantes alemanes, constituye (lo he dicho alguna vez dirigiéndome a estudiantes españoles) una de las claves de la excelencia de la Universidad alemana.

El hecho de plantear el problema universitario como se lo plantea una parte de las juventudes hispano-americanas (por una minoría han empezado todas las reformas, y ya

nos contentaríamos en muchos problemas nacionales con tener una minoría activa), supone una posición de espíritu muy nueva y útil respecto de la representación que tienen los estudiantes en la Universidad, inclinándoles a aportar la mayor suma de voluntad, de deseo, de entusiasmo a la obra del profesor, sin lo cual ésta, repito, quedaría completamente baldía e infructífera. Consiguientemente, esa posición les ha llevado a procurar el contacto entre todos aquellos que tienen un mismo sentido del problema, y así se han formado Asociaciones y Federaciones, y se han celebrado Congresos de estudiantes, que tienen allí una vitalidad muy superior a la de los Congresos, Federaciones y Asociaciones que hemos visto esporádicamente formarse y desvanecerse con deplorable rapidez en España y aun en otros países europeos. Aparte su continuidad, es típico, en los Congresos estudiantiles hispano-americanos, que no sólo se reúnan para deliberar sobre aquellas cosas que importan a la dignidad y al bienestar de los estudiantes (toda la serie de instituciones cooperativas o de gasto en común frecuentes en Europa, que hacen más cómoda y fácil la satisfacción de necesidades primordiales y crean un espíritu de solidaridad y de comunidad entre los compañeros de aulas), sino también para preocuparse de los problemas propiamente universitarios y discutir puntos que hasta ahora no se han

discutido aquí más que en los Congresos de profesores. Esos puntos de organización y enseñanza los han discutido los estudiantes hispano-americanos en los Congresos de Montevideo, la Argentina y Chile, y los tienen constantemente sobre el tapete; lo cual quiere decir que su interés por la Universidad es algo vivo, que les lleva a preocuparse por ella, incluso en lo que hasta ahora se había considerado como problema especial de los profesores.

Tiene esto otra ventaja también, y es que existiendo un ideal, un interés que está por encima de las individualidades, de lo personal, las Asociaciones no se hacen y deshacen cada día; que se tiende a jugar en ellas cada vez menos al juego peligroso de las juntas directivas y de las presidencias, y que van adquiriendo continuidad y sentido de verdaderas personas sociales, en las que pueden variar y desaparecer los individuos, pero la institución perdura y va dejando un sedimento cada vez mayor en la obra universitaria.

Sería muy largo que leyese aquí programas o conclusiones de Congresos o estatutos de Federaciones y de Asociaciones universitarias. Como en rigor no quiero en esta conferencia más que presentar hechos y excitar el deseo de conocerlas más hondamente, con pormenores que ahora no puedo dar, creo innecesario insistir en lo dicho.

Pero sí quiero detenerme un poco en aque-

lla otra nota característica, a que ya me referí, de la juventud hispano-americana, de la juventud universitaria principalmente, que es a la que yo más frecuenté. Esa nota es el sentido social de aquellos jóvenes, para muchos de los cuales (lo he comprobado en el Uruguay, en la Argentina, en Chile, en Perú) ser estudiantes no suprime su condición de hombres, quiero decir, de factores de la vida social entera, no sólo de la universitaria, y por ello les corresponde cierto papel en todas las empresas sociales compatibles con su preparación y sus medios y, singularmente, en las que se refieren de modo directo al orden de la cultura. Sin duda, el estudiante podría colaborar también en obras sociales de género económico, político, etc.; pero esto tendría sus peligros. Ellos, instintivamente (y sería de desear que perdurasen en este camino), se han dirigido hacia la obra intelectual y educativa, considerando que es aquella respecto de la cual se encuentran con mejor preparación, y, por tanto, la que podrán realizar sin que nadie diga que se apartan de su propia esfera. Limitados a la de cultura, su acción viene a ser como un desparramarse de toda la actividad y de todo el bagaje de saber que van adquiriendo en la Universidad, a favor de aquellas gentes que no pueden adquirirlo; y claro es que el movimiento se ha dirigido con preferencia hacia aquellos que en todas partes han sido el primer objeto de las ex-

pansiones universitarias, de la obra social de las Universidades: hacia los grupos obreros, hacia la masa de trabajadores manuales. Por eso la Extensión universitaria, si procede del profesorado en muchas partes de América, es en todas también, al mismo tiempo, obra de la juventud universitaria; y en ese orden he hallado en varios sitios iniciativas verdaderamente consoladoras y animadoras. He encontrado, verbigracia, en Santiago de Chile una clase nocturna de obreros, cuyos profesores son muchachos de la Universidad y del Magisterio primario, que no cuenta con subvención alguna, o las tiene sumamente escasas, y que de todas maneras exige gasto grande de tiempo y de energía intelectual; y hay que ver la alegría, la sanidad de corazón con que aquellos jóvenes, que están trabajando todo el día, al llegar la noche se ponen al frente de sus respectivos grupos de obreros. Lo que allí palpita de amor humano y de interés nacional bien entendido; lo que significa el deseo de levantar a la masa a una más alta conciencia de lo que representa y de lo que debe hacer en el mundo, con todo lo que esto supone (a saber: con la visión clara de todos los derechos y todos los deberes y responsabilidades que lleva anejos el propio conocimiento de lo que a cada uno le corresponde en la vida), constituye un espectáculo de los más edificantes y consoladores que cabe ver; porque un país donde

la juventud roba de la noche horas que suelen ser de disipación, cuando no son de descanso, para entregarlas a una labor que no da honores, ni títulos, ni dinero, expresa que hay en él un fermento de alta idealidad, y que ese país se salvará, si es que atraviesa algún día una crisis grande.

Y lo que he visto en Chile lo he visto en la Universidad de la Plata, como antes os dije; lo he visto en la fundación de Universidades populares en Buenos Aires; lo he visto en las iniciativas de los jóvenes peruanos, que se reflejan bien en esta Memoria del Centro Universitario del Perú, que he traído como un ejemplo del sentido a que me refiero. El párrafo que voy a leer puede servirnos para conocer los propósitos de esa juventud en todas partes, porque, en realidad, las agrupaciones de educación popular en las diferentes Repúblicas hispano-americanas son idénticas. He aquí el párrafo:

(Le leyó.)

Esto, señores, que dicen los estudiantes peruanos, es, como dije, lo mismo que en substancia piensan todos los jóvenes que responden a esa orientación; y así recuerdo ahora aquel encuentro fugaz, aquel momento rapidísimo, ya en los últimos instantes de mi viaje a Montevideo, cuando estaba próxima mi partida, aquellos instantes rápidos, digo, durante los cuales pude conversar con los jóvenes de aquel Centro universitario. Lo

apretado del tiempo, el número grande de conferencias que di en Montevideo, algunos actos públicos que hubieron de celebrarse también, me quitaron la ocasión, que yo hubiese deseado, de estar horas, todas las horas posibles, con los estudiantes; así es, que hube de limitarme a subir brevemente, una mañana, a su casa social, para hablar con ellos. Afortunadamente, no hubo discursos de recepción, y, por tanto, no tuve que contestar; pero ahora con unos, luego con otros, en conversaciones breves, que por lo mismo eran más intensas, ya que el apremio de tiempo hace poner en pocas palabras un tropel de pensamientos, iba viendo yo, en fulguraciones interesantes, cómo el espíritu de aquellos muchachos estaba preocupado no sólo con el problema de dar cultura al obrero de su país, sino con el problema de lo que significa el pueblo trabajador en la vida nacional y de lo que ellos podían hacer para que se convirtiese en una fuerza útil de colaboración civilizadora, con lo cual penetraban en la entraña misma de la cuestión. Y al ver aquellos jóvenes preocupados con esto, sintiendo, por lo menos, la necesidad de estudiarlo y de trabajar en su solución, cualquiera que ésta haya de ser, recordaba cuántas veces se me han dirigido muchachos españoles de aquellos que sentían también la inquietud de espíritu respecto de su conducta en la vida a decirme: "¿Qué haríamos nosotros para ser

útiles en el mundo?" Y les he tenido que dar siempre esta contestación: "¡Pero si la dificultad está en escoger entre lo muchísimo que nos ofrece la vida!... Ustedes suelen ponerse el problema de tal modo, que no juzgan fructífera la obra si ella no da por resultado la construcción de algo grande, como las pirámides de Egipto; y no es así. La vida está llena de pequeños problemas que todos los días nos salen al paso, y en los cuales la colaboración de un espíritu alerta, poseedor de un gran sentido ético, de una gran conciencia de la responsabilidad que a todos nos incumbe en el mundo, tiene siempre su parte que hacer. Miren ustedes un poco menos hacia dentro de su espíritu, un poco menos a los libros y un poco más afuera, y advertirán cómo en las calles, en el espectáculo que nos proporcionan, en los problemas que ven ustedes en sus casas, en todos los hombres con quienes se rozan, en la vida de ustedes mismos, el problema está surgiendo a cada momento, y la necesidad de la intervención de ustedes se hace evidente; y con sólo una de esas cosas que ustedes resuelvan al cabo del día, han hecho más labor social que si pronunciaran veinte discursos o escribieran otros tantos libros sobre el problema."

Salto de aquí, o mejor dicho, no salto, me voy naturalmente, hacia un nombre que ya sonó en la conferencia anterior, hacia el nombre de un pedagogo uruguayo: Vaz Ferreira.

No quisiera tener que repetir (no en el sentido material de la palabra, sino en el espiritual; es decir, como necesidad de insistir en una cosa que no haya sido bien comprendida) aquello que dije en la conferencia anterior, y que he vuelto a decir hoy con relación a la Universidad de la Plata. El escoger la Universidad de la Plata como ejemplo, no significaba, de mi parte, un juicio de superioridad absoluta respecto de las demás. La tomé como tipo representativo, y me fijé en ella por una razón perfectamente natural: porque es la institución de enseñanza de la Argentina en que he trabajado más, y aquella de que puedo hablar con más conocimiento de causa. Lo mismo digo de Vaz Ferreira; hablar de él no quiere decir que le considere como el más grande intelecto del Uruguay, porque no querría siquiera establecer el problema del más y el menos. Yo creo que esto del más y el menos es, en muchos casos, como lo grande y lo pequeño: un espejismo de nuestra inteligencia, pues realmente, en el mundo, en el orden intelectual y en casi todas las actividades humanas, no hay *más* ni *menos;* lo que hay son modalidades. Cada uno es *más* en aquello que llega a ser dedicación profunda e intensa en su vida, y lo es de manera diferente a como, en el mismo orden de cosas, lo sería otra persona. Escojo, pues, a Vaz Ferreira, sencillamente, porque entiendo, como os decía en la conferencia

anterior, que su figura intelectual tiene para nosotros muchos motivos de interés.

El primero de ellos consiste en que Vaz Ferreira es muy poco conocido. Creo poder decir, sin que se me tache de exagerado, que quizás no hay cinco o seis españoles que hayan leído alguna obra de Vaz Ferreira, mientras que obras de Rodó y de otros intelectuales uruguayos sí las han leído muchas gentes. Rodó, por ejemplo, de quien hace poco hablaba un periódico madrileño, es un autor muy conocido en España, a lo menos, por una de sus obras: *Ariel*. Tuve yo la suerte de ser el primero que en España diese a conocer este libro; luego, la circulación de él se ha difundido en una edición española, y muchos han gozado del contacto con la alta idealidad de Rodó, cuyo jugo, cuya intensidad de pensamiento, cuya riqueza de concepción, exceden a las mismas cualidades advertidas en autores europeos con quienes se le podría comparar. Pero Vaz Ferreira es, repito, muy poco conocido, y, por tanto, hace más falta que hablemos de él.

Además, Vaz Ferreira tiene un interés singularísimo para nosotros, y es que, aparte de ser un filósofo como Rodó, pero de otra manera completamente distinta, es un pedagogo, y, por tanto, la orientación central de su pensamiento va derechamente hacia lo que yo considero, y muchos conmigo, nuestro problema fundamental: el problema de nues-

tra educación. En tanto que Rodó puede tener un valor de fecundación honda en espíritus ya formados, Vaz Ferreira puede ser — y en este respecto la difusión de sus obras realizaría un servicio nacional grande — un fecundador de las inteligencias que están por hacer, y singularmente de las de aquellos que tienen que dirigir otras inteligencias.

¿Qué es Vaz Ferreira? Vaz Ferreira, en primer lugar, es un profesor de Filosofía de la Universidad de Montevideo. Yo le conocí, no sólo por el cuadro de profesores, sino actuando como tal. He asistido a una de sus clases, y recuerdo el efecto grandísimo que me causó. Entre los varios asuntos que trató, fué uno el comentario a un autor que Vaz Ferreira maneja mucho, y que es leído en el Extranjero bastante más que en España: Balmes. Vaz Ferreira comentaba un párrafo de *El Criterio,* y era de ver, no sólo el hondo respeto con que hablaba del pensador a quien iba a criticar inmediatamente (poniéndose, por tanto, por encima de las gentes que creen que no se puede diferir del pensamiento de una persona sin zaherirla en seguida y echarla bajo la mesa), sino también el riguroso sentido lógico con que iba descubriendo los lados flacos del razonamiento de Balmes; cómo le seguía con fidelidad extraordinaria mientras el pensamiento de Balmes caminaba lógicamente, y cómo en el momento en que se quebraba el razonamiento y

se introducía en el espíritu del autor otro motivo distinto del que había iniciado la idea, lo advertía a los discípulos: "Aquí se desvía; y se desvía por esto, que Balmes calla, pero que se ve a través de sus expresiones." La hermosa lección de lógica y de crítica de pensamiento que hizo Vaz Ferreira, me dió la medida del hombre. "Es — me dije — un filósofo de veras, y también una cosa que él quizás no sabe todavía: es, sobre todo, un maestro."

Además, Vaz Ferreira, como pensador dedicado a las cuestiones filosóficas, es fundamentalmente un lógico y un moralista, a quien le preocupan mucho los problemas de esta índole. Vaz Ferreira ha publicado hasta ahora las siguientes obras: un tomo de *Ideas y observaciones,* que es un conjunto de estudios, unos de carácter pedagógico y otros de carácter filosófico; dos volúmenes sobre *Los problemas de la libertad* (entiéndase de la libertad como algo psicológico, espiritual); un tomo de *Miscelánea filosófica;* otro muy interesante sobre *La exageración y el simplismo en Pedagogía,* que es ya un verdadero tratado de educación; otro sobre *El pragmatismo,* una de las exposiciones más claras y lógicas, más exactas y contundentes que conozco en la crítica del pragmatismo; un tomo (que sería aquel que yo recomendaría más para su divulgación en nuestro país, aparte del de Pedagogía que he citado), relativo a la *Moral*

para intelectuales, y del que he de ocuparme de una manera especial en alguna de las conferencias futuras; y, por último, un tratado de *Lógica* muy breve, de 200 páginas, publicado en el último número de *Los Anales de la Universidad,* de Montevideo, y que supongo se tirará aparte (1).

Este es el bagaje externo de Vaz Ferreira; con ser muy interesante, aún lo es más verle trabajando en la clase, donde puede advertirse la totalidad de su pensamiento y de su aptitud profesional.

A Vaz Ferreira no se le puede clasificar como filósofo de la derecha o de la izquierda. Creo que la característica de su posición filosófica es no pertenecer a ninguna escuela, en el sentido rígido de la palabra, y mantener libre su espíritu. A tal punto, que si fuera posible — dada la tendencia humana, irresistible, a sistematizar —, encajonar su pensamiento, ponerle una etiqueta y colocarle en el estante A o B, lo probable es que Vaz Ferreira se saliese en la primera ocasión en que le fuera posible hablar.

Me fijaré primeramente en algo que para mí es principalísimo: en el aspecto de la obra intelectual de Vaz Ferreira que le caracteriza como *espíritu científico.* Señores, ordinariamente, cuando empleamos el adjetivo "cien-

(1) Se ha publicado ya, efectivamente, con el título de *Lógica viva.*

tíficos", barajamos juntas tres cosas muy distintas: el saber, o sea la cantidad de conocimientos atesorados; el poder de la inteligencia (que solemos designar con el nombre de *ingenio* o de *genio),* y el verdadero espíritu científico, que son tres cosas perfectamente distintas. Un hombre puede saber mucho, y en ese sentido decimos: "es un sabio", aunque verdaderamente, como no ignoran la mayoría de las personas que me escuchan, la palabra "sabio" no significa esto, en rigor; pero, en fin, solemos decir que sabio es un hombre sabedor, que sabe muchas cosas. Pero si de esto dedujéramos otras cualidades, correríamos riesgo de equivocarnos, tanto como si llamáramos artista u hombre de buen gusto a quien tuviese en su casa muchos cuadros o muchas estatuas; porque, verdaderamente, para juzgar del grado de orientación estética de esa persona, lo que haría falta es ver si esos cuadros o esas estatuas valen artísticamente, o son cromos más o menos costosos y estatuas de carácter industrial que no representan ninguna nota de educación artística en quien los compró.

La potencia intelectual grande, que permite apoderarse rápidamente de los problemas y dar soluciones o puntos de vista, a veces originales, respecto de ellos (con lo que se caracteriza la vivacidad del ingenio o del genio de las gentes), es otra cosa muy distinta; porque puede un hombre tener esa

cualidad y ser poco sabio, es decir, saber poco del asunto aquél, porque la potencia natural de su intelecto exceda a la base de cultura representada por el saber ajeno que ha ido acumulando el que es simplemente un "sabio". Por último, puede muy bien un hombre saber muchas cosas y tener un ingenio grande que le permita dar soluciones, al primer momento deslumbradoras y que hasta satisfagan y convenzan a las gentes, o interpretaciones nuevas, originales, de los problemas de la vida, y, sin embargo, no ser un *espíritu científico.* ¿Por qué? Porque el espíritu científico es otra cosa: está en el rigor con el cual se resiste la inteligencia a sentar afirmación ninguna que no esté, a su juicio, perfectamente probada; en la honradez con que se halla dispuesta siempre a rectificar su opinión, y en la sinceridad con que confiesa si lo que dice es para ella cosa comprobada, segura, o meramente hipotética o respecto de la cual tiene duda, para no dar motivo, en ningún caso, ni a la más ligera equivocación respecto de sus aseveraciones. Cuando no se ha llegado a esa situación de espíritu, no se puede decir que se posee verdadero sentido científico. Se podrá tener más o menos facilidad para dar solución verbal a todas las cosas; pero esas soluciones no irán inspiradas por el rigor crítico que atiende antes a la verdad que al lucimiento y la brillantez; serán cosas que se desvanecerán

como las pompas de jabón, expuestas todos los días a caer, por otra interpretación ingeniosa del mismo que las dió vida en una improvisación sin fundamento.

Pues bien; Vaz Ferreira es un verdadero espíritu científico. Y como demostración de ello, voy a leer un párrafo muy breve de un artículo suyo, que, como decía él con muchísima gracia a sus alumnos, si se leyese sin comentarios, parecería la obra de un loco, cuando es la expresión más clara de un verdadero espíritu científico. El párrafo dice así (está todo lleno de puntos suspensivos que yo marcaré):

"... Al llegar a este punto del análisis, ya no puedo pensar con claridad... La simetría me inclinaría aquí a sostener que...; pero... Ahora, sobre la otra cuestión sí me parece evidente... De los dos argumentos que se me han hecho sobre este punto, el primero me parece completamente improcedente. En efecto... Punto es éste sobre el cual no tengo una opinión fija. A veces me parece que..., porque...; otras veces, en cambio, pienso más bien..."

Para entender el párrafo que seguirá, es preciso saber que aquí supone Vaz Ferreira leer fragmentos de un libro escrito dentro de dos o tres siglos, y que el libro hace alusión a fines del siglo XIX o comienzos del siglo XX. Así continúa:

"... En este punto debo confesar que la

manera de discutir de mi crítico me trae el recuerdo de las antiguas épocas, cuando... la vanidad... Es cierto que la Humanidad no había acabado de comprender todavía que desde los tiempos de Aristóteles había estado confundiendo durante más de veinte siglos el lenguaje con el pensamiento. Pero, aún así, parece imposible que a los autores de aquel tiempo no se les ocurriera, por lo menos, comparar sus obras con las anotaciones que les servían para prepararlas; notar cómo en el paso de éstas a aquéllas se habían desvanecido todas las dudas, las obscuridades, las contradicciones y las deficiencias; y como, por consecuencia, un libro de los de entonces, esto es, una sistematización conceptual cerrada, con una tesis inconmovible, argumentos ordenados como teoremas, un rigor de consecuencia y una convicción que parodiaban artificialmente el pensamiento ideal de un sér superior que jamás ignorara, dudara o se confundiera o se contradijera, era un producto completamente falso o ficticio... Además, aunque los químicos de aquellas épocas ya sabían utilizar los residuos de preparación de las substancias, a los escritores no se les ocurría hacer otro tanto; no se les ocurría utilizar los residuos de fabricación de sus libros, ese fermento riquísimo, y desperdiciaban lo más precioso de su pensamiento... Y como lo que expresamos no es más que una mínima parte de lo que pensamos,

que es una mínima parte de lo que psiqueamos, resultaba que cada escritor y la Humanidad toda daban una producción inferior a los propios alcances, y muchísimo menos de lo que..."

Aquí terminan los fragmentos. Convendrán ustedes conmigo en que, sin estar en antecedentes, esto parece una extravagancia sin sentido; y, no obstante, todo ello quiere decir en su primera parte lo siguiente: que cuando razonamos sinceramente y con verdadero espíritu científico, debemos huir de la cristalización del pensamiento, y decir con toda llaneza, respecto a cada cosa: "esto lo creo fundadamente por tales y cuales razones; en esta cuestión, quizás la hipótesis tal pudiera ser una explicación satisfactoria; aquí tengo una porción de dudas; en lo otro vacilo extraordinariamente", etc., para reflejar así con absoluta honradez cuál sea el estado real de nuestro espíritu frente a los problemas, y no empeñarnos por vanidad (que siempre se trasluce en el fondo del lenguaje) en dar solución a todos los interrogantes de la ciencia y en cumplir con aquella obligación que creen tener muchos profesionales: la de saber todas las cosas que se refieren a su profesión. A veces, al preguntarme respecto de algún punto de Historia del Derecho, he contestado: "Pues no la sé"; y al decir esto me reía interiormente, porque pensaba: "Si este que pregunta es un espíritu

vulgar, irá diciendo: "¡Vaya un profesor de »Historia del Derecho, que no sabe cosas de »su asignatura!"; y si es un hombre sensato, discreto, dirá: "Es un hombre honrado que »no me quiere engañar, porque fácilmente »me podría decir tal o cuál cosa para salir del »paso y no me lo ha dicho"; y es, señores, que aún en la especialidad más concreta, si se la abraza en toda su amplitud, hay unas veces puntos respecto de los cuales no se ha podido aún comprobar la verdad; otras, en que no ha llegado la ocasión de estudiar el problema; otras, en que sinceramente se duda y se carece de opinión firme, y por tanto, sería faltar a un principio de moral intelectual decir que se sabe una cosa que no se sabe todavía.

La segunda parte de la cita del párrafo de Vaz Ferreira marca otro aspecto de su espíritu científico, y significa que no basta tener rigor crítico para no dar por comprobado sino aquello que ha obtenido comprobación científica, y en lo demás hablar claramente a los que interrogan nuestro pensamiento, diciéndoles cuál es su posición respecto de los problemas, sino que es necesario también exponer por qué dudas, por qué incertidumbres ha pasado nuestro espíritu hasta llegar a la interpretación que adopta, y que quizás no es la única, y además estar siempre franco y abierto a renovar la investigación y dispuesto a rectificar las propias opiniones,

como el autor del libro supuesto por Vaz Ferreira dice. Pero todavía hay más. Por esa tendencia humana de que hablaba antes, a sistematizar nuestro pensamiento (porque el anhelo de todo hombre es buscar explicación a las cosas, y la explicación significa ya un sistema), por muy advertidos que estemos, por muy en guardia que nuestro espíritu científico se ponga respecto de la conclusión posible en los problemas planteados ante nuestra inteligencia, corremos siempre el peligro de caer en una afirmación rígida, tanto más fácil, cuanto más condensemos y cribemos la riqueza de nuestra vida espiritual para llegar a fórmulas concretas con que, de ordinario, exponemos nuestro pensamiento al público; porque si la palabra escrita tiene un valor grande sobre la palabra hablada, puesto que sujeta y fija y burila y da una nota precisa, exacta, inconmovible, al pensamiento, tiene a la vez todos los inconvenientes correlativos a esas cualidades: lo inmoviliza a fuerza de querer expresar con claridad y exactitud, le hace perder aquella preñada vaguedad que conserva antes de ser formulado, hasta llegar muchas veces a términos de afirmación que solo lejanamente se parecen a lo que realmente hay en el fondo de nuestro espíritu. Como con los libros, ocurre con la enseñanza. Para advertir toda la vitalidad de una obra educativa, no bastan los cuadernos de clase y los exámenes, expresión

muy deficiente de lo que aquélla es, sino que conviene ver cómo ha trabajado el maestro durante los días del curso con los alumnos, para originar una porción de resultados relativos a la inteligencia y a la conducta que no se traslucirán jamás en un cuaderno de clase, ni menos en los exámenes.

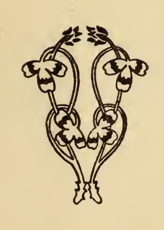
Con esto veréis que Vaz Ferreira es un espíritu rigurosamente científico, preparado contra todas las sorpresas que puede tener la investigación, contra las cristalizaciones o sistematizaciones de que con tanta gracia critica en ese capítulo suyo que he citado.

Quería hablar hoy de otros aspectos de Vaz Ferreira, y ya no puede ser. No ya este año, porque llevamos muy avanzado el curso, pero en el próximo, si el señor presidente del Centro de Cultura Hispano-Americana sigue otorgándome su confianza y continúo teniendo un grupo de oyentes como vosotros, interesados en estas cosas, seguiremos hablando de Vaz Ferreira y de otras muchas cosas, porque esto no ha sido más que el comienzo del bucear en uno de los aspectos más interesantes de aquel pensador, respecto del cual añadiré una nota que en su día tendrá la explicación necesaria, a saber: que es uno de los más parejos con el sentido de la alta espiritualidad española moderna, que he encontrado en los hispano-americanos.

Y os hablaré también, después de esto, como os prometí, de cosas y hombres de

Chile, del Perú, de Méjico, de Cuba, es decir, de todo lo que he visto en América, en la mayor cantidad posible.

(Por el agobio de ocupaciones oficiales que durante tres años han ocupado todo el tiempo del autor, estas conferencias se interrumpieron; pero el autor tiene el propósito de continuarlas en el próximo curso.)





APENDICES



I

Fragmentos del Informe presentado al Ministro de Instrucción Pública por el Claustro de la Universidad de Oviedo, en Mayo de 1910.

5. - Auxilios a las Delegaciones de la clase escolar española para asistir a los Congresos de estudiantes hispano-americanos.

Comienzan a organizarse y reunirse en Congresos hispano-americanos los estudiantes de los países de habla española y a invitar, para que concurran a ellos, a los estudiantes de la Península.

La conveniencia de atender a esta invitación es notoria, tanto por lo que significa

el establecimiento de relaciones directas y personales entre la juventud de una y otra parte, como por el peligro que representaría para la raza y para el porvenir de nuestra civilización que desamparásemos esa forma de cohesión, que los estudiantes norteamericanos se apresuran a aprovechar.

Por tales razones, la Universidad de Oviedo cree de necesidad nacional que se auxilie con créditos especiales a los estudiantes españoles que, elegidos por los Centros en que verifiquen sus estudios y con la garantía de éstos, se ofrezcan a acudir al llamamiento de sus colegas hispano-americanos.

Predicando con el ejemplo, el Rectorado de esta Universidad ha remitido hace pocos días al señor Ministro de Instrucción pública una instancia, favorablemente informada, de los alumnos de aquélla que solicitan auxilio oficial para asistir al Congreso de estudiantes argentinos que se celebrará en Julio próximo, y para el que han sido invitados.

La Universidad recomienda que sea atendida esa petición y se provea para las futuras de igual índole.

6 - Intercambio de trabajos escolares y material de enseñanza.

El Delegado de la Universidad, Sr. Altamira, ha logrado que varias Escuelas e Institu-

ciones docentes de las naciones hispano-americanas visitadas por él, remitan muestras de los trabajos escolares y del material de enseñanza que emplean, a la manera como, de acuerdo con el Rectorado, lo inició la Escuela primaria del Fontán de Oviedo.

Conviene a todas luces fomentar esos envíos y corresponder a ellos con otros análogos, procedentes de las Escuelas Normales y de las Primarias españolas. La Comisión entiende que el Rectorado podría circular una comunicación encareciendo a las Escuelas del distrito universitario y a los Centros de enseñanza que, como la Estación de biología marina de Santander, mantienen relaciones íntimas con la Universidad, la importancia de ese intercambio y lo necesario que es, para responder a él por nuestra parte, que se formen y remitan al señor Rector colecciones escogidas de trabajos escolares, con objeto de reunirlas en el Museo pedagógico que ha organizado la Universidad de Oviedo, y desde aquí disponer los envíos oportunos a América.

Esa circular, que se puede imprimir y difundir en los Centros docentes hispano-americanos, servirá para estimular en éstos el cambio de los indicados trabajos y material de enseñanza.

Oviedo 10 de Mayo de 1910.

Gerardo Berjano, Decano de Derecho. — Justo A. Amandi, Decano de Filosofía y Le-

tras. — José Mur, Decano de Ciencias. — Rafael Altamira, Catedrático. — Oviedo 19 de Mayo de 1910. — Es copia. — El Rector, *Fermín Canella Secades.*

Este informe fué presentado y aprobado por unanimidad en el Claustro que al efecto se celebró el día 19 de Mayo de 1910, y cursado inmediatamente a la Superioridad.

II

7 - Envío de pensionados para estudiar los diferentes aspectos de la vida social, económica e intelectual de América. (1)

Por iniciativa del Excmo. Sr. Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, en Real orden fecha de 16 de Abril de 1910, ha quedado resuelto este punto con la natural aplicación de una parte de las pensiones que concede, previo concurso, la Junta para ampliación de estudios creada en Madrid bajo la dependencia de aquel Ministerio.

Dado que en los presupuestos próximos

(1) Esta novedad fué gestionada por el autor del presente libro; pero no obstante todos sus esfuerzos, sólo logró la R. O. de 16 de Abril, incumplida. Véase *Mi viaje a América,* págs. 579-807-619-21. Para otras iniciativas análogas, págs. 583, 584 y 589.

ha de ampliarse considerablemente el crédito relativo a ese servicio, será posible enviar a las naciones hispano-americanas un regular número de pensionados; pues debe tenerse por seguro que el Profesorado y la juventud universitaria que normalmente solicitan ese auxilio, responderán al llamamiento especial que para aquel objeto se supone ha de hacer en breve la referida Junta, y que repetirá todos los años.



FE DE ERRATAS

Págs.	Líneas	Dice	Debe decir
77	7	en	de
77	8	el	al
143	9	de	suprímase esa palabra
146	19	ceñudo	ceñido
148	21	los	nos
150	9	debes	debas
156	24	veneno	venero
165	24	lan	las
167	15	de	suprímase
167	16	fundamental vida.	fundamental de vida.
167	17	las la atención de	la atención de las
251	4	ocupaciones	quehaceres

Gonzalo Mota.

ÍNDICE

